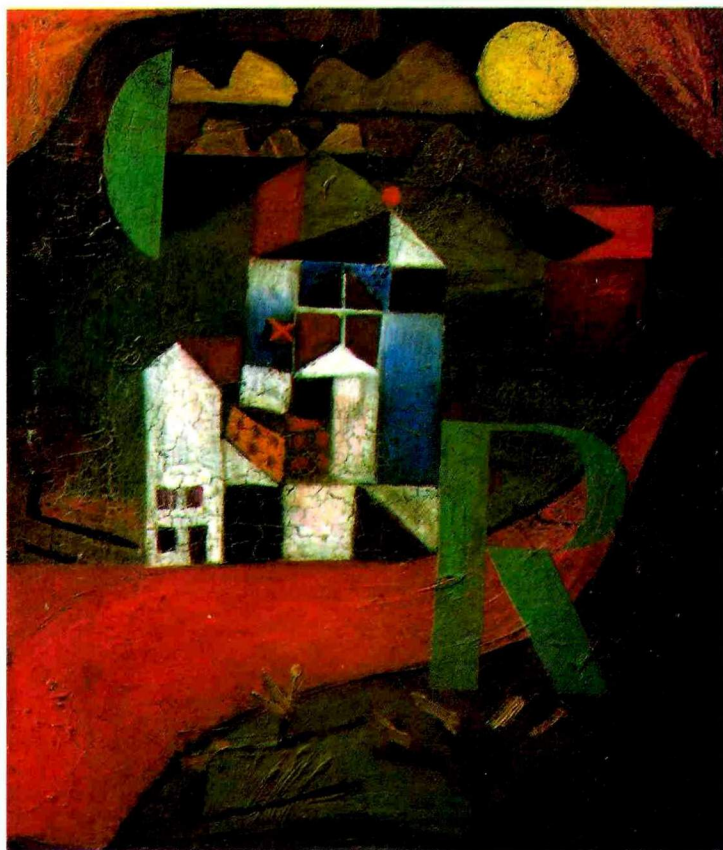


Jaime Osorio

Despolitización de la ciudadanía y gobernabilidad



Universidad Autónoma Metropolitana - Xochimilco
División de Ciencias Sociales y Humanidades
Departamento de Relaciones Sociales



Otros títulos publicados por el DRS

- *Gobierno y empresarios, el sexenio de Luis Echeverría*
Jesús Favela Rodríguez
- *Formación de profesores universitarios en México: 1970 - 1985*
Alberto Padilla Arias
- *La educación primaria en la formación social mexicana 1875 - 1965*
Alejandro Martínez Jiménez
- *Teorías sociológicas contemporáneas*
Javier Ortiz Cárdenas, Rogelio Martínez Flores, Patricia Gascón Muro, José Luis Cepeda Dovalá (coords.)
- *Productividad y fatiga laboral*
Mario Ortega Olivares
- *Globalización, capital y Estado*
Joachim Hirsch
- *Investigación sociológica*
José Luis Cisneros, Rutilio Hilario Pérez, Celia Pacheco Reyes (comps.)
- *Sociología y ciencias sociales en el umbral del siglo XXI*
Martha Eugenia Salazar Martínez (coord.)
- *Realidades, fantasías y ensueños*
Rogelio Martínez Flores

En prensa

Las comunidades artificiales en la aldea global

Hugo Enrique Sáez

Morelia y Tepoztlán: dos aproximaciones sociológicas

Jorge Munguía Espitia, Margarita Castellanos Ribot (coords.)

Guía para realizar prácticas de campo

Roberto Gallegos Ruiz

Investigación sociológica II

AAVV

2/11/98
H. Miguel Jr

*departamento de
relaciones sociales
UAM-Xochimilco*



Despolitización de la ciudadanía y gobernabilidad

JAIME OSORIO

Universidad Autónoma Metropolitana
rector general, doctor Julio Rubio Oca
secretario general, maestro José Luis Rodríguez Herrera

Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco
rector, químico Jaime Kravzov Jinich
secretaria de la unidad, maestra Marina Altagracia Martínez

División de Ciencias Sociales y Humanidades
director, doctor Guillermo Villaseñor García
secretario académico, licenciado Gerardo Zamora Fernández de Lara

Departamento de Relaciones Sociales
jefe del departamento, doctor Alberto Padilla Arias

edición: Rutilio Hilario Pérez
corrección: Germán Méndez Lugo
diagramación: Hilario Pérez Gabriel
diseño de portada: Hilario Pérez G/R
Villa R, 1919, Paul Klee (1879-1940)

Primera edición, octubre de 1997

Derechos reservados © 1997, Universidad Autónoma Metropolitana

Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Colonia Villa Quietud, Coyoacán
04960, México D. F.

ISBN 970-654-172-1

printed and made in Mexico
impreso y hecho en México

Contenido

Presentación	13
LA DESPOLITIZACIÓN DE LA POLÍTICA Y DE LA CIUDADANÍA	15
¿Revalorización de cuál política?	15
La despolitización de la política	18
Los límites de la consulta electoral y la concentración de las decisiones políticas	18
Problemas de la representación política	19
Las frustraciones con la democracia	20
La política como “realismo” político	20
Las rupturas entre política y economía	21
¿Reforma del Estado o reforma de la sociedad y del Estado?	22
Descentralidad social y centralidad política	24
Integración externa-desintegración interna	25
Ciudadanización y ciudadanías restringidas	26
LO GOBERNABLE E INGOBERNABLE DE LA DEMOCRACIA EN AMÉRICA LATINA	29
Los tiempos de la gobernabilidad	29
La gobernabilidad democrática	31
¿Cuál eficacia? ¿Cuál democracia?	34
Legimitimidad, eficacia y estabilidad	34
El conflicto entre gobernabilidad y democracia	37
El sesgo conservador de un discurso modernizante	39
LA CONSTRUCCIÓN (O DESCONSTRUCCIÓN) DE AMÉRICA LATINA COMO PROBLEMA TEÓRICO	43
Dos vías para olvidarse de América Latina	44
América Latina: un problema práctico	44
Capital y capitalismo	46
La globalización y América Latina	48
¿Cuál tipo de interrelación?	48
De rupturas y continuidades	49
Las unidades de análisis	50

De totalidades y partes	52
Nociones de realidad y totalidad	52
Redefinición de totalidades y partes	53
Holismo o fragmentación del conocimiento	56
Estructura, coyuntura y mediaciones	57
La dimensión vertical: “espesores” o niveles de análisis	57
La dimensión horizontal y la periodización	59
CIUDADANÍA Y EXPLOTACIÓN: LA RUPTURA ENTRE ECONOMÍA Y POLÍTICA	63
La autonomización de la economía	63
La autonomización de la política	65
Nuevas dicotomías: mercado-Estado y sociedad civil-Estado	67
EL DESARROLLO COMO UTOPIA Y LOS DILEMAS DE UN PROYECTO ALTERNATIVO	71
Los clásicos como historia presente	72
Proyecto alternativo y proyecto político	76
Crisis de proyectos civilizatorios y de paradigmas	79
Paradigmas y política	81
El desarrollo como utopía	84
NEOLIBERALISMO Y GLOBALIZACIÓN	89
Los rostros del neoliberalismo	89
La fuerza del neoliberalismo	92
Globalización: civilización y barbarie	94
Neoliberalismo y globalización	95
La política en tiempos de globalización neoliberal	96
ACTUALIDAD DE LA REFLEXIÓN SOBRE EL SUBDESARROLLO Y LA DEPENDENCIA	99
Cuestiones teóricas y metodológicas	100
América Latina como problema teórico	101
El análisis de América Latina en el contexto de la economía internacional	103
Hacia una teoría del capitalismo periférico	104
El desarrollo como preocupación central	104

La necesidad de una perspectiva interdisciplinaria	106
Residuos sustantivos	106
Los aportes del paradigma del subdesarrollo	107
El paradigma de la dependencia	109
Las limitaciones teóricas y metodológicas	117
Críticas al paradigma del subdesarrollo	117
Críticas al paradigma de la dependencia	119
Conclusiones	121
EL GRAMSCIANISMO EN AMÉRICA LATINA	123
Gramsci en América Latina	124
¿Cuál Gramsci?	127
Consideraciones finales	132
ESTADO, PODER, DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN: VIEJOS PROBLEMAS Y NUEVOS DEBATES	133
El Estado como centro del poder	133
Fronteras difusas entre el Estado y la sociedad civil	134
La dilución del poder	138
La autonomía del Estado y su extensión	140
REFERENCIAS	145
BIBLIOGRAFÍA	147

*a la memoria de Ruy Mauro
Marini, maestro y amigo*

Presentación

Uno de los ejes de los ensayos aquí reunidos tiene la intención de poner en evidencia el sesgo conservador que predomina en las ciencias sociales latinoamericanas, lo que oscurece los problemas de la región. Muchos análisis, amarrados a ese cordón umbilical, a pesar de proponer un avance en la modernización, terminan por lo general avalando modelos restringidos de democracia, a los cuales se les demanda algunos ajustes, así como fórmulas menos inequitativas en materia de desarrollo.

Otro eje es la preocupación por proponer vías alternativas de análisis de la realidad latinoamericana, así también develar algunos núcleos que hagan comprensible las tendencias que se presentan en los campos social, político y económico.

Volver a retomar los grandes problemas del desarrollo y la búsqueda de fórmulas políticas que permitan una real y efectiva participación social, exige revisitar los avances alcanzados en estos temas por las ciencias sociales latinoamericanas entre los años cincuenta y mediados de los setentas. Sólo la orgullosa ignorancia que cada cierto tiempo se hace presente en el mundo intelectual, con generaciones que creen iniciar una tarea fundacional, puede avalar el olvido que hoy se hace en la academia latinoamericana de la producción de autores como Prebisch, Marini, Furtado, Cardoso, Dos Santos, Quijano, Bagú, Pinto, Stavenhagen, González Casanova, Frank, Cueva y tantos otros.

Vistos en su conjunto, los ensayos que conforman el libro rompen con la camisa de fuerza de las visiones disciplinarias, e intentan una reflexión que integre la unidad de las ciencias sociales. Dejo al lector el juicio sobre los logros alcanzados en estos esfuerzos.

J.O.

Tepepan, D.F., octubre de 1997

La despoltización de la política y de la ciudadanía

Frente a las promesas de una entrada al reino de la política, luego de una larga y azarosa travesía por el desierto del populismo, de los regímenes autoritarios, de las utopías y de las gestas heroicas, la población latinoamericana manifiesta su decepción ante una realidad demasiado alejada del paraíso y de las expectativas creadas. El malestar con la política realmente existente expresa el desencanto frente a un proyecto que busca hacer compatibles la exclusión social que generan los modelos económicos en marcha con una democracia que integra poco, por la vía de despoltizar la política y la ciudadanía. En este ensayo nos detendremos en algunos procesos que ponen de manifiesto lo anterior.

¿Revalorización de cuál política?

Se ha señalado que asistimos a una revalorización de la política.¹ Aceptando inicialmente esta afirmación, podríamos preguntarnos, ¿revalorización de *cuál* política? Porque como bien se señala “crear una definición socialmente aceptada de lo que entendemos por política es, por así decir, una cuestión de poder”, ya que “la lucha política es siempre una lucha por definir lo que es la política”²

Definir la política de una manera determinada significa dibujar actores, espacios en dónde relacionarse y maneras de relacionarse, lo que nos remite al campo de las representaciones políticas. Significa también definir lo que es legítimo de lo que no lo es. En pocas palabras, supone construir una visión del Estado, de quienes hacen política, de la arena en donde operarán y de los instrumentos y reglas con las que actuarán. Es, en definitiva, un asunto

1 Norbert Lechner, *Los patios interiores de la democracia*, FCE, Chile, 1990, p. 27.

2 N. Lechner, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI de España Editores, Madrid, 1986, p. 1.

demasiado importante y con implicaciones que atraviesan la forma de mirar la realidad y de analizarla.

Hay por lo menos dos formulaciones que nos ofrecen una aproximación al problema. Por una parte tenemos el planteamiento contractualista, particularmente la visión hobbesiana, en donde sólo a partir del momento del contrato, en donde los hombres construyen el orden estatal, es que se funda la política. La delegación de soberanías, el consenso y el logro de un orden serían, por tanto, algunos de sus signos centrales. En esta visión, la etapa previa al contrato, la de la guerra de todos contra todos, el estado natural, sería la negación de la política misma.³

Son estas premisas las que están presentes cuando desde el Estado se convoca a fuerzas que no respetan las reglas políticas establecidas a "incorporarse a la política", lo que supone asumir que dichas fuerzas se encontrarían en la etapa previa, el estado natural hobbesiano.

Frente a este planteamiento que privilegia los aspectos consensuales de la política en torno al orden estatal, existe otro en donde se asume que la política es fuerza, dominación o, para decirlo invirtiendo la conocida fórmula de Clausewitz "la continuación de la guerra por otros medios".⁴ En este caso el Estado no es sino otra forma de expresión de los conflictos sociales, del dominio y de la fuerza.⁵

Aquí conviene señalar que no estamos delineando el mundo que nos gustaría tener o construir, sino instrumentos conceptuales para aprehender lo que realmente existe. Hay demasiados signos en la historia política de América Latina que obligan a no desechar esta última perspectiva. Aún en un periodo de acuerdos y consensos como los que podrían suponer las innumerables consultas electorales realizadas en los últimos años en América Latina, en el marco de una llamada "tercera ola" de democratización mundial,⁶ el escándalo de desnutrición y degradación social que genera la agudización de la pobreza es un cuadro que se asemeja más a los saldos de una

3 Véase de Thomas Hobbes, *Leviatán*, FCE, México, sexta reimpresión, 1994. Norberto Bobbio ha escrito diversos trabajos sobre el tema. Véase en particular del libro *Thomas Hobbes*, FCE, México, 1992, el capítulo I, El modelo iusnaturalista.

4 "... la guerra no es simplemente un acto político, sino un verdadero instrumento político, una continuación de la actividad política, una realización de la misma por otros medios". K.V. Clausewitz, *De la guerra*, Libro I, Editorial Diógenes S.A., México, 1977, p. 24.

5 Una buena síntesis de estos planteamientos puede verse en Michelangelo Bovero, "Lugares clásicos y perspectivas contemporáneas sobre política y poder", en *Origen y fundamentos del poder político*, de N. Bobbio y M. Bovero, Grijalbo, México, 1985.

6 Huntington, Samuel, *La tercera ola. La democratización a finales del siglo xx*, Paidós, Buenos Aires, 1994.

verdadera guerra que a disputas sociales civilizadas. Todo esto obliga a una reflexión distinta de los llamados procesos de democratización.

El análisis de la política, así como del Estado, también se puede realizar desde una perspectiva horizontal o una vertical.⁷ En el primer caso, lo que predominará es el sesgo igualitario de la política, una actividad entre ciudadanos, es decir, entre iguales, que se dan a la tarea de pensar y construir el “buen gobierno”, la “buena sociedad” y de alcanzar el bien común.

En el análisis vertical, por el contrario, serán la fuerza, la desigualdad social y el dominio de unas clases, fracciones, sectores o élites sobre el resto de la sociedad lo que tenderá a predominar.

La política es ambas cosas a la vez. Pero el rasgo estructural de desigualdad presente en nuestras sociedades hace que los aspectos igualitarios incorporados a la condición ciudadana (cada cabeza un voto) tiendan a perder peso ante los aspectos desiguales. En la medida que la política no apunta a —o pierde la capacidad de hacer creer que es posible— modificar estos rasgos estructurales pierde sentido y provoca conductas sociales diversas, como apatía y rechazo, cuando no respuestas por afuera de las instancias y espacios reconocidos, todo lo cual puede generar distintos tipos de crisis de representación.

En el debate en la academia latinoamericana por definir qué es la política, sobresale la visión horizontal de la política y del Estado, lo que junto al auge de los supuestos contractualistas ha provocado un sesgo particular en el análisis de los procesos políticos de la región: se da por entendido que asistimos a un creciente proceso de politización y de participación ciudadana.

En estos elementos se encuentra la explicación del enorme atractivo que ha ejercido en ciertas capas intelectuales latinoamericanas el discurso de Norberto Bobbio. El autor turinés ha tenido la virtud de modernizar los viejos planteamientos contractualistas, estableciendo parámetros para esta suerte de legitimación de los nuevos órdenes estatales creados al calor de los llamados procesos de transición democrática o de consolidación de la democracia.⁸

7 Tomo la idea de Giovanni Sartori en “¿Qué es política?”, en el libro *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. FCE, México, 1992 (segunda reimpresión).

8 Desde las propias filas de los teóricos de la transición democrática o de la consolidación han surgido voces críticas con sus planteamientos iniciales, los que tuvieron un fuerte ascendiente en la literatura política de la región. Véase, por ejemplo, de Guillermo O'Donnell, “Ilusiones sobre la consolidación” en *Nueva Sociedad*, núm. 144, Caracas, Julio-agosto de 1996.

La despolitización de la política

Junto a la emergencia de signos que permiten hablar a Lechner de una revalorización de la política, también se hacen presentes en América Latina tendencias de signo contrario, que apuntan a la despolitización de la política.⁹ Entre estas tendencias podemos mencionar:

Los límites de la consulta electoral y la concentración de las decisiones políticas

Una parte sustancial de la política, —podríamos decir incluso que la parte más importante—, no se dirime en los espacios institucionales establecidos para la consulta ciudadana. Un dato nos pone frente al problema: en los mismos momentos en que se expanden los procesos electorales y, supuestamente, la capacidad de la población de incidir en la cosa pública, los nuevos gobiernos aplican agudos procesos de ajuste económico que lanzan al desempleo, a la informalidad y a la pobreza a millones de personas y generan elevados niveles de descontento social.

¿Qué hace posible esta paradoja? Una respuesta posible camina por una triple propuesta: a) las campañas electorales se han despolitizado, poniendo cada vez más atención a los efectos propagandísticos y de consumo, que en la discusión de los grandes problemas y sus posibles soluciones; b) la distancia entre consultas electorales y gestión gubernamental se ha ensanchado, como resultado de la inexistencia o debilitamiento de los mecanismos de control y de sanción de la población sobre las ofertas políticas no cumplidas; y c) a pesar de los cambios políticos definidos como de democratización, se ha mantenido la estructura autoritaria básica de reparto de poder entre los diversos instituciones estatales, la cual sigue privilegiando al Poder Ejecutivo. O'Donnell ha intentado dar cuenta de este proceso —en donde se combinan rasgos democráticos con rasgos autoritarios—, con el concepto de “democracias delegativas”.¹⁰

9 En un texto ya antiguo Lechner habla de la “despolitización de la política” refiriéndose a la negación de la actividad política por el régimen militar en Chile y a una politización a través de los mecanismos económicos de mercado. Véase “¿Qué significa hacer política?” en el libro *¿Qué significa hacer política?*, editado por el propio Lechner. Desco, Lima, 1982. Aquí nos referimos a la despolitización que se presenta en terrenos por excelencia de la política en condiciones de democracia o democratización: la ciudadanía, la consulta electoral, etc.

10 Véase “Estado, democratización y ciudadanía” en *Nueva Sociedad* núm. 128, Caracas, noviembre-diciembre 1993. Allí O'Donnell indica que “con el término ‘delegativa’ señalo una concepción y práctica del poder ejecutivo que presupone que éste tiene el derecho, delegado por el electorado, de hacer lo que le parezca adecuado para el país”. Y continúa: “También afirmo que las democracias delegativas son inherentemente hostiles a los patrones de representación normales en las democracias establecidas, a la creación y fortalecimiento de instituciones políticas y, especialmente, a lo que denomino ‘responsabilidad horizontal’”, p. 64, pie de nota, núm. 5.

El resultado de todo esto es que la población queda excluida de –o incluida débilmente a– las decisiones en torno a qué hacer frente a la crisis, a qué sectores sociales afectar, cómo crecer, entre otras.

Decisiones tan sustantivas como las anteriores han sido expropiadas a la población, o siguen confinadas a ciertos reductos del Estado, siendo minimizada la participación política de los ciudadanos a decisiones secundarias en lo que se refiere al proyecto de país que se busca construir y a cómo distribuir los costos de esa decisión.

La literatura política nos habla de una población que se politiza y que reclama mayores espacios para la acción política, factor que ha incidido en el regreso o ensachamiento de la democracia electoral. Pero –salvo algunas experiencias excepcionales– *en lo que se refiere a las cuestiones sustantivas, la política, más que societalizarse, sigue estatalizada. Es en los núcleos centrales del Estado y no en la sociedad en donde se procesan y deciden los acuerdos fundamentales.*

De esta forma pueden convivir los procedimientos de la democracia liberal representativa con una despolitización ciudadana creciente. Joachim Hirsch da cuenta de esta situación cuando señala: “aunque las instituciones y los procesos democráticos siguen más o menos funcionando tienen cada vez menos significado para el verdadero desenvolvimiento social”¹¹

Problemas de la representación política

La despolitización de la política también es resultado de una serie de procesos que afectan el proceso de la representación. El antiguo cuestionamiento de la vocación representativa de los partidos políticos se acentúa en condiciones de un incremento de la diferenciación social, de demandas de participación ciudadana y ante la incapacidad de la política de incidir favorablemente en la gestación de cambios a favor de mejores condiciones de vida. Todo esto ha incidido en gestar una crisis de representación.

No vamos a repetir aquí análisis que ya abordaron estos problemas.¹² Señalemos tan sólo que las posiciones ganadas en la estructura política,

11 Véase *Globalización, capital y Estado*. Departamento de Relaciones Sociales, UAM-Xochimilco, México, 1996, p.101.

12 Véase, por ejemplo, los diversos ensayos que conforman el libro *Los sistemas políticos en América Latina*, de Lorenzo Meyer y José Luis Reyna (coord.). Siglo Veintiuno editores y Universidad de las Naciones Unidas, México, 1989.

reduce muchas veces la capacidad de crítica de los partidos políticos sobre los límites impuestos a la política.

Amplios sectores sociales presentan dificultades de representación cuando se produce un estrechamiento del campo de acción de la política, de la constitución de actores sociales y de incidencia de la política electoral en asuntos sustantivos. Esto provoca un vaciamiento de las instancias de representación, ya que parte sustancial de la actividad política de los sectores no representados se tiende a desarrollar en las calles y bajo modalidades extrañas al ordenamiento establecido.¹³ Todo parece indicar que amplias franjas sociales han quedado marginadas por los estrechos espacios que requiere una política de exclusión.

Las frustraciones con la democracia

Las esperanzas que despierta el discurso que convoca a la democracia no logran ser cubiertas por los magros resultados alcanzados. La “democracia realmente existente” en América Latina está demasiado lejos de las expectativas creadas y de los problemas que reclaman solución. El déficit opera en contra de la visión de la política y de la democracia.

Frente a sociedades con disparidades sociales tan marcadas, la democracia reclama algo más que simples reglas de procedimiento, y adentrarse en la idea de la organización societal, a fin de hacer posible el logro de una “buena sociedad”. Pero aún en el propio campo de los procedimientos, las abismales diferencias sociales constituyen un obstáculo para que aquellos puedan operar efectivamente como reglas generales.

Al quedar reducida a la posibilidad de optar entre alternativas que no modifican favorablemente las condiciones de vida, la “democracia realmente existente” se convierte en lo contrario a lo que proclama el discurso democrático: instrumento de decepción y de despolitización, poniendo en evidencia los límites de una forma de hacer política y las dificultades de incidir en los asuntos reales del poder.

La política como “realismo” político

La crítica a la política como vocación utópica busca la justificación para un “realismo” político que reconoce “lo deseable”, pero que privilegia “lo posi-

13 Ejemplos de esta situación son las protestas civiles en diversas ciudades argentinas bajo el segundo gobierno de Carlos Saúl Menem.

ble". Las supuestas bondades de este planteamiento se diluyen cuando la crítica a la visión utópica se trastoca en una reducción de la política a simple administración de las barbaridades del mundo real, para hacerlo, además, gobernable.

También esa crítica propicia una *sobrepolitización de la pequeña política*, de la lucha y organización por metas restringidas, locales, parciales, en tanto la política con vocación nacional, la política de los proyectos de nación, la política que afecta a los grandes conglomerados sociales, se evapora.

Hay un cierto aire posmodernista que es altamente funcional a la idea de la política como instrumento pertinente sólo para los pequeños pasos.

La política como "construcción permanente de un orden" presenta así su doble cara: una, la idea de que está permanentemente cambiando; otra, que propicia una transformación en donde todo finalmente seguirá siendo igual.¹⁴

Las rupturas entre política y economía

El discurso político se alimenta de visiones generadas en las ciencias sociales que favorecen la despolitización de la política.

En su reclamo por poner de manifiesto la autonomía de la política, el discurso ha llevado este supuesto a suponer la inexistencia de interrelaciones societales, dejando convertido a la política en una actividad ininteligible.

Desde otra esfera, el discurso conservador intenta presentar a la economía como una actividad con una legalidad que reclama rupturas con la política. La actual ofensiva antiestatista en el campo económico no sólo busca deshacerse de un Estado obeso, sino levantar una barda en torno a la economía y protegerla de los embates sociales.

Por esta vía la política pierde capacidad de acción, en tanto la economía se supone regida por el mercado, lugar en donde las clases quedan encubiertas como átomos dispersos de productores y consumidores.

La fuerza de estas rupturas permea discursos diversos. Así, por ejemplo, no es difícil encontrarse con planteamientos que señalan que la democracia no puede resolver el problema de la pobreza, dando por sentado que política y economía se mueven en territorios excluyentes y que la economía no debe politizarse.

14 Este planteamiento se aproxima a la "tesis de la futilidad" señalada por Albert O. Hirschman. Véase *Retóricas de la intransigencia*. FCE, México, 1991.

Iguals efectos propicia el discurso que intenta "economizar la política", esto es, asignarle a la política las leyes de la economía y en particular del mercado. Así se habla de mercado político, con consumidores que reconocen ofertas políticas y a los cuales se les asigna racionalidades que poco o nada tiene que ver con una realidad en donde millones de personas buscan no morir de hambre y se alejan por completo de la utopía de un consumidor que conoce todas las ofertas disponibles para elegir.¹⁵

Politización de reductos estatales, despolitización de la sociedad: tales son las lógicas de la despolitización de la política en nuestro tiempo. Ello también se hace presente en el debate sobre la transformación estatal.

¿Reforma del Estado o reforma de la sociedad y del Estado?

En un texto publicado recientemente en español, Norberto Bobbio señala que para Marx "el Estado no es el reino de la razón, sino de la fuerza; no es el reino del bien común, sino del interés parcial; no tiene como propósito el bienestar de todos, sino el de quienes detentan el poder".¹⁶

Las dicotomías que presenta Bobbio son importantes de considerar porque permiten poner en evidencia ciertas sesgos en el actual análisis del Estado y su reforma.

Cualquier análisis del Estado de alguna manera se mueve entre las polaridades señaladas por el filósofo turinés. El problema es que el Estado es los dos extremos al mismo tiempo (razón y fuerza; reino del bien común y del interés parcial, etcétera.), y uno de los asuntos a dilucidar en el análisis es cuándo es más una cosa que otra.

Esto no significa negar que desde el plano estructural el Estado es predominantemente uno de los extremos: fuerza; reino del interés parcial; tiene como propósito el bienestar de los que detentan el poder. Pero lo anterior no puede hacernos perder de vista que en situaciones específicas esta verdad se vea matizada, presentándose el Estado también como razón y como reino del bien común.

Lo anterior viene a cuento porque en la discusión sobre la reforma del Estado en América Latina tiende a predominar uno de los extremos: el Estado que propicia la buena sociedad y que ante los avances de la modernización

15 Los supuestos del *rational choice* se mueven en esta línea. Véase por ejemplo, de J. Buchanan y G. Tullock, *El cálculo del consenso*. Editorial Planeta-Agostoni, Barcelona, 1993.

16 N. Bobbio, "Marx, el Estado y los clásicos", en *Norberto Bobbio: el filósofo y la política* (antología), compilado por José Fernández Santillán, FCE, México, 1996, p. 82.

y la falta de reajustes ha ido perdiendo esa vocación. Así, más que una reforma política, lo que se necesita es una reforma en donde predominen los aspectos administrativos.

Los problemas, desde esta perspectiva, son resultado de inadecuaciones frente a un mundo que se globaliza. Junto con la renovación institucional, los mecanismos gerenciales deben predominar en las relaciones del Estado con la sociedad.¹⁷

En otros casos se reclama una reforma *política* del Estado. Sin embargo, al asumirse la política en su dimensión horizontal (en tanto gestión y actividad entre iguales, los ciudadanos), y se relega su dimensión vertical (en tanto relaciones de dominio entre desiguales), la parte política de la reforma estatal queda reducida a la utopía de alcanzar racionalidad en el Estado, pero sobre la base de una sociedad articulada irracionalmente.¹⁸

En ambos casos lo que tenemos es una suerte de despolitización del análisis del Estado y su reforma. En este proceso también destacan los análisis que privilegian el *cómo* se gobierna, en atención a las modalidades de la democracia o en general de los regímenes políticos. Pero la importancia de estos problemas parece constituir una carta justificatoria para olvidar otro problema igualmente crucial: el *quién* gobierna o *para quién* se gobierna, *preguntas que obligan a una caracterización de los intereses sociales presentes en el Estado en un momento particular.*

Cabría subrayar que ambos aspectos del problema (el cómo y el quién) no pueden ir desligados y el olvido de uno u otro conduce a errores que tienen un elevado costo en el análisis político.¹⁹

Plantear una reforma política del Estado supone primero que nada plantear una reforma de la sociedad. Es difícil exigir racionalidad a la instancia estatal cuando la sociedad está organizada y regida por serias irracionalidades. En este sentido la reforma estatal debe ser entendida como un paso de la reforma societal. De lo contrario, los énfasis estarán dados en cómo administrar sociedades que presenten elevados niveles de pobreza, desigual-

17 Véase, como un ejemplo de lo anterior, de Bernardo Kliskberg (comp.), *El rediseño del Estado*. FCE-Instituto Nacional de Administración Pública de México, México, 1994.

18 Véase de Norbert Lechner, "La reforma del Estado y el problema de la conducción política" en *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 7, Flacso-México, diciembre de 1995. Cabría señalar que en el capitalismo la política sintetiza las dos dimensiones, sin olvidar, sin embargo, que es la dimensión vertical la que predomina estructuralmente.

19 Un análisis de los intereses sociales presentes en la actual reforma del Estado puede verse en el ensayo de Carlos Vilas, "La reforma del Estado como cuestión política", en la revista *Política y Cultura* núm. 8, 1997, Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco, México.

dad social, politizaciones excluyentes, etcétera., o cómo sociedades de esta naturaleza procesan sus conflictos y se pueden hacer gobernables.

Descentralidad social y centralidad política

El tema de la descentralidad social puede ser entendido de diversas maneras y ha servido para conclusiones políticas variadas. Para algunos expresa la presencia de actores sociales heterogéneos y la pérdida de centralidad de la clase obrera, así como de los ordenamientos sobre la base de las antiguas clases. La sociedad presenta diversos centros ante movimientos sociales que hacen difícil una jerarquización de agrupamientos sociales.²⁰

Para otros, la economía, la cultura, la política y la ciencia, ganan en autonomía y sus racionalidades específicas propician una multiplicación de núcleos que ponen nuevos obstáculos a la conducción política, ante una sociedad que se ha hecho policéntrica.²¹

En cualquier caso, lo que sugieren estos análisis es que los antiguos ordenamientos societales han perdido el peso que tuvieron y se reclama una nueva comprensión de la sociedad. En versiones posmodernistas, también se señala que nos enfrentamos a realidades que por su complejidad y falta de ordenamientos, carecen de articulaciones que las hagan inteligibles. En este cuadro no hay política posible o sólo existe espacio para la pequeña política, la de los pasos cortos. Para visiones menos complacientes con el posmodernismo, el Estado es la única instancia que puede salvarnos de las incertidumbres y su tarea central es ofrecer reglas de juego.²²

La descentralidad social también puede ser leída desde la relación sociedad civil-Estado.²³ En algunos casos se afirma que asistimos a una diversificación de la sociedad civil, la cual multiplica sus modalidades de organización, se fracciona, pero al irrumpir en la política, terminaría reconstituyendo su unidad.²⁴

20 Véase de Alain Touraine *El regreso del actor*. Eudeba, Buenos Aires, 1987.

21 Véase el planteamiento de Lechner al respecto en "La reforma del Estado y el problema de la conducción política", *op. cit.*

22 Al igual que en Hobbes, el nuevo *Leviatán* nos salvará del caos. Véase Lechner, *op. cit.*

23 Recojo algunas ideas ya desarrolladas en el ensayo "La sociedad civil y el asunto del poder", en J. Osorio, *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*. Triana Editores, México, 1995.

24 Muchos de los estudios sobre los movimientos sociales en los años setenta y ochenta estuvieron impregnados de esta visión. Para un itinerario de estos trabajos véase de Fernando Calderón y Elizabeth Jelin, "Clases sociales y movimientos sociales en América Latina". *Proposiciones*, núm. 14, Sur Ediciones, Santiago, 1987. También puede consultarse el núm. 28 de *Sociológica*, mayo-agosto de 1995, que continen varios artículos sobre la temática.

El fraccionamiento social de la sociedad civil sería acompañado por un fraccionamiento también del Estado: algo así como su “feudalización”, provocando la dispersión y la presencia de diversos centros de poder. Todo el tejido societal estaría atravesado por la descentralidad. La conclusión que se deriva es simple: frente a una sociedad civil que logra reconstruir su unidad política, el Estado se debilita.

Sin embargo, las tendencias caminan en otra dirección. Es posible que asistamos a nuevas diferenciaciones sociales puestas de manifiesto por los estudios de los movimientos sociales. Pero es discutible que algo similar ocurra en materia estatal. Por el contrario, es más aceptable la tesis contraria: asistimos a una fuerte centralidad del poder político.

La necesidad de negociar los nuevos términos de inserción de las economías latinoamericanas al mercado mundial, el peso económico, —en tanto ventaja comparativa— de la paz social de las diversas naciones para convocar inversiones, el disciplinamiento social necesario para la construcción de la nueva economía, son algunos de los ingredientes que reclaman de una fuerte centralidad y presencia del poder político en nuestros días.

La politización de la sociedad civil dibuja en el horizonte las posibilidades de una nueva organización societal basada en la autorganización y en el autogobierno de la población. Pero *la actual politización de la sociedad civil no despolitiza al Estado*. Por el contrario, éste continua jugando un papel clave en la centralidad del poder.

En materia de poder político, los procesos no siguen el mismo curso en la sociedad civil y en el Estado latinoamericano: en unos dispersa, en otros centraliza. Los aspectos positivos de la diversificación social de la sociedad civil se convierten así en un agudo problema político si no alcanzan una respuesta al problema anterior. Nada mejor para un poder centralizado que propiciar que las fuerzas centrífugas que operan en el plano social cristalicen también en el plano político.

Integración externa-desintegración interna

Una de las características de las sociedades latinoamericanas en el último tiempo es que se han organizado y disciplinado para favorecer procesos de integración de la economía, con formas más intensas, al mercado mundial. Su correlato en el plano social es la desintegración y la atomización.

En este enunciado pueden incorporarse problemas como los procesos de diferenciación al interior de las clases sociales, particularmente las asalaria-

das, como consecuencia de la segmentación de los procesos productivos, la precariedad del empleo y los varios rostros de la informalidad.

Algunas expresiones de esta situación tienen que ver con una suerte de pérdida de perfil de las clases sociales, la emergencia y multiplicación de nuevos actores sociales, la pluralización de la sociedad civil y los efectos desintegradores de la pobreza.

No cabe duda que hay tendencias ciegas en los movimientos de la economía y de la sociedad que apuntan a la dispersión social. Pero no puede olvidarse que también se hicieron presente –bajo las dictaduras militares y otros regímenes autoritarios– procesos en donde de manera consciente se buscó romper con antiguos lazos sociales, llámense partidos políticos, agrupamientos sindicales u otras formas de organización derivadas del trabajo y la vida comunitaria.

Dejemos de lado el sesgo de cómo estos procesos han sido pensados por las ciencias sociales²⁵ y pongamos atención en problemas como los siguientes: los procesos económicos y sociales ligados a la nueva economía globalizada rompen antiguos lazos de agrupación, que atomizan y multiplican la diferenciación de segmentos sociales. Pero en medio de los procesos de dispersión social aparecen, sin embargo, tendencias a la articulación de nuevas unidades sociales.

En la lógica de los intereses que le dan su signo a los actuales movimientos económicos y políticos cabe preguntarse: ¿qué formas y grados de desintegración social son inherentes a esta modalidad de integración externa?, ¿qué mecanismos de integración societal recrea?, ¿es posible constituir algo así como una “comunidad de ciudadanos”?, ¿qué clase de sociedad civil y de ciudadanía necesita la nueva organización societal?, ¿qué clase de conflictos pueden generar las nuevas tendencias?

Quizá encontremos más preguntas que respuestas. Por lo pronto adelantemos que una ciudadanía mínima y desintegrada parece ser el denominador común de los proyectos políticos dominantes. Pasemos al análisis de este proceso.

Ciudadanización y ciudadanías restringidas

Existen diversos procesos que apuntan a fortalecer la constitución de movimientos sociales y de ciudadanización en América Latina. El mayor peso de la población urbana; el incremento en la masa de estudiantes y de los años de

25 Asunto que realizamos en el libro *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, op. cit.

estudio; el aumento del peso absoluto y relativo de la población joven; el papel de las luchas antidictatoriales e incluso —a pesar de su papel contradictorio en este terreno— la mayor cobertura de los medios de comunicación, son elementos que de maneras diversas inciden en multiplicar las fuerzas que dinamizan los nuevos procesos de activación social.

Los movimientos sociales, hemos dicho en otra parte, se constituyen en verdaderas escuelas de ciudadanía.²⁶ Sin embargo, frente a las tendencias que llevan a ensanchar la cantidad y la calidad de la participación social, desde la demanda local o sectorial hasta el interés por la cosa pública, también se hacen presente otras que constriñen, sino la cantidad, a lo menos su calidad, permitiendo sólo ciudadanía restringidas, más que ciudadanía plenas.

La sociología política privilegia el análisis de los factores que apuntan a la ciudadanía, en aras de enfatizar la tesis de la transición democrática, poniendo escasa o nula atención a los elementos que la restringen y devalúan.²⁷

En la literatura conservadora se muestran las bondades de ciudadanía despolitizadas o apáticas. En América Latina se ha puesto de manifiesto las dificultades del sistema político de poder operar con ciudadanía plenas, lo que impulsa a la conformación de democracias —y ciudadanía— de baja intensidad.²⁸

De acuerdo al análisis anterior, la despolitización de la política y de la ciudadanía son el denominador común de los principales procesos políticos de nuestro tiempo en América Latina. La lucha por la ciudadanía, por la democratización y por la reformas del Estado reclaman de una politización distinta a la que hoy prevalece en la región. Es hora de ubicar en sus justas dimensiones la política y la democracia mistificadas por los teóricos de la transición y consolidación democráticas.

26 Véase "Movimientos sociales y ciudadanía" en *Las dos caras del espejo. op. cit.*

27 Luego de un entusiasmo desmedido por los procesos de transición democrática, autores como Guillermo O'Donnell y Adam Przeworsky moderan sus puntos de vista y ya entrados los años noventa estudian las limitaciones existentes a la condición ciudadana. Véase *Sustainable Democracy* de A. Przeworsky et al. También de O'Donnell, "Estado, democratización y ciudadanía", en *Nueva Sociedad*, núm. 128, Caracas, noviembre-diciembre, 1993.

28 Sobre esta noción puede verse de Edelberto Torres-Rivas "Centroamérica: democracias de baja intensidad", en el libro *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina*, de Agustín Cueva (compilador). Conaculta, México, 1994. También véase de G. O'Donnell "Estado, democratización y ciudadanía" en *Nueva Sociedad* núm. 128, Caracas, noviembre-diciembre de 1993.

H. H. H. H.

Lo gobernable e ingobernable de la democracia en América Latina

Los orígenes teóricos y políticos de un determinado tema en ciencias sociales no constituyen un dato menor, en aras de comprender los horizontes de reflexión que propone. Esta idea viene a cuento porque la mayoría de los autores que han analizado el problema de la gobernabilidad en América Latina dan poca importancia a la carga teórica y política conservadora con que emerge esta noción. De una manera general se reconoce este aspecto, pero se supone que con el añadido de algunos ingredientes –como el de pensar en una gobernabilidad “democrática”–, el problema queda resuelto, abandonándose la tarea de la reconstrucción conceptual.

Como veremos, esta despreocupación no es casual. Los rasgos progresistas que presenta el tema de la gobernabilidad –desde una perspectiva democrática– no permiten ocultar, sin embargo, su compromiso con el *statu quo*, lo que –con diferencias que no se pueden menospreciar– lo liga con aquel discurso que puso en escena el tema de la gobernabilidad.

Los tiempos de la gobernabilidad

Fue en la primera mitad de los años setenta cuando irrumpe en las ciencias sociales y el discurso político el tema de la gobernabilidad.¹ Son momentos de crisis económica del capitalismo en el mundo desarrollado, de incapacidad de mantener la gestión del Estado de bienestar, de emergencia de movimientos sociales diversos y de multiplicación de la demanda de ciudadanía. En este cuadro, la participación de la población en los asuntos públicos comienza a

1 La formulación que institucionalizó el problema fue la de Michel Crozier, Samuel Huntington y Joji Watanuki en *The Crisis of Democracy. Report on the Governability of the Democracies to the Trilateral Commission*. New York University Press, 1975. Una versión en español, publicada con el título “La gobernabilidad de la democracia”, puede verse en *Cuadernos Semestrales Estados Unidos*, núm. 2-3, 1977, CIDE, México. Nos referiremos a este material como el Reporte de la Comisión Trilateral.

ser un impedimento para los requerimientos de reorganización del capitalismo, al igual que los derechos a educación, salud, vivienda y otras conquistas sociales. En pocas palabras, *la modalidad de democracia que combina participación electoral y beneficios sociales se convirtió en un obstáculo para los nuevos tiempos del capital*. Es así como se postula que la democracia está amenazada por la sobrecarga de demandas.

Esta propuesta cumplirá un papel teórico y político significativo en las tareas de justificación del nuevo curso que asumirá el capitalismo en los años posteriores, ahora bajo las banderas del neoliberalismo,² barriendo, por ejemplo, con muchos programas sociales.

En América Latina el tema de la gobernabilidad gana espacios a partir de la segunda mitad de los años ochenta, una vez que la mayoría de los gobiernos militares dio paso a gobiernos civiles, con lo cual —se señala— la tarea política y teórica por excelencia ya no es pensar la “transición a la democracia”, sino cómo “gobernar democráticamente”.³ De allí en adelante, y ya avanzados los años noventa, el tema sigue ganando atención, alentado también por la preocupación de diversos organismos internacionales.⁴

En un cuadro de regímenes que presentan una larga lista de tareas pendientes en materia de democratización y de deuda social, no deja de llamar la atención que gane creciente audiencia en los gobiernos de la región un discurso que pondrá el acento en la necesidad de la estabilidad política y en la responsabilidad en el manejo de la economía y de los presupuestos, cuestiones que terminan por traducirse en una convocatoria a cerrar —o estrechar— las puertas a las demandas de mayor y mejor participación ciudadana y a asumir los programas de ajuste que se siguen aplicando. Todo en aras de la gobernabilidad.

Pero aquí no nos preocupa cualquier discurso sobre gobernabilidad, sino aquel que pretende hacer gobernable a la democracia. Veamos algunos puntos centrales que caracterizan a esta propuesta.

2 Una lúcida exposición del camino histórico recorrido por la ola neoliberal puede verse en el ensayo de Perry Anderson “Balanco do neoliberalismo”, en el libro *Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado Democrático*, de Emir Sader (coordinador). Paz e Terra, Sao Paulo, 1995.

3 Según Antonio Carnou, este paso fue descubierto tarde y mal en las experiencias conosureñas de transición. Véase “Gobernabilidad y democracia en México”, en *Nueva Sociedad*, núm. 128, noviembre-diciembre 1993, Caracas, Venezuela.

4 Véase, por ejemplo, de Luciano Tomassini, *Estado, gobernabilidad y desarrollo*. Series de monografías del BID, núm. 9, Washington, 1993

La gobernabilidad “democrática”

La nueva discusión sobre la gobernabilidad remite a un viejo problema de la filosofía política y de la teoría política: la relación entre gobernantes y gobernados. Esto le da legitimidad y relevancia, porque apunta a un tema clave, que no puede desdeñarse.

En la reflexión sobre aquella relación, por lo general ha predominado la preocupación por uno de los polos: cómo los gobernantes consiguen mantenerse en el poder⁵ y cómo logran ganar legitimidad. Es, por lo tanto, una forma particular de mirar aquella relación, privilegiándose el interés de los que gobiernan, por sobre el interés de los gobernados.

En las primeras formulaciones sobre el tema, este sesgo se hace manifiesto. El Reporte de la Comisión Trilateral antes citado mostraba las preocupaciones, desde el poder, por el exceso de demandas sociales frente a las dificultades de gobiernos democráticos para responder a ellas. En lo general, su visión apunta a que en la ecuación entre democracia y gobernabilidad sea la primera la que se reduzca en aras de ganar terreno para la segunda.

En la propuesta por una gobernabilidad “democrática” se trata de hacer frente a estos problemas planteando un mayor equilibrio: “la responsabilidad por mantener condiciones adecuadas de gobernabilidad no es cuestión que recaea, de manera unilateral, en el gobierno o en la sociedad”, por lo que “gobierno y oposición, partidos y organizaciones ciudadanas han de comprometerse de manera conjunta a la hora de mantener un nivel aceptable de gobernabilidad”.⁶

Ni los gobiernos deben caer en la tentación de prometer más de lo que se puede cumplir (asunto en donde hay criterios sociales diferenciados), ni realizar acciones indebidas en materia de gastos, en aras de ganar en legitimidad, por que ello afecta la efectividad, ni los ciudadanos deben demandar más de lo que se puede y debe solicitar (puntos en donde persisten los criterios sociales diferenciados). Por ello es que la cuestión de la ciudadanía requiere ser calificada. No se trata de cualquier ciudadanía, sino de una que sea “responsable”.⁷

5 Asunto que preocupa a Maquiavelo y que le permite sentar las bases de la política moderna. Véase de Giovanni Sartori, *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. FCE, México, 1984.

6 Camou, A., “Gobernabilidad y democracia”. *Cuadernos de Divulgación de la Cultura Democrática*, núm. 6. IFE, México, p. 15.

7 Esto recuerda al Reporte de la Comisión Trilateral cuando indica que “aquellos que han adquirido nuevo poder, como son los medios de comunicación, los sindicatos, los intelectuales y los tecnócratas, deben ser inducidos a usar ese poder en una forma responsable”. *op. cit.*, p. 386. No deja de ser paradójico que en una región en donde una tarea central sigue siendo la constitución de ciudadanía, el discurso de la gobernabilidad democrática, al reclamar una ciudadanía “responsable”, está enfatizando los rasgos que

En el fondo, lo que tenemos es la propuesta de una sociedad autocontrolada, que por la vía de la autoconcientización de sus diversos sectores sociales y representantes, lleguen a la convicción de que es mejor “acordar” en diversos terrenos (económicos, sociales y políticos), por que de lo contrario será peor para todos no hacerlo, ya que la ausencia de acuerdos llevará a situaciones de ingobernabilidad. El temor al regreso al estado natural, a la época en que el hombre se convierte en un lobo para los otros hombres, constituye el principal estímulo para la negociación.

No es difícil percibir aquí —reformuladas— viejas ideas del contractualismo social.⁸ Y al igual que aquellas, éstas también pecan por su ahistoricismo y su ingenuidad. ¿Cómo es posible acordar en sociedades con grupos tan desiguales en términos sociales? Este dato clave, punto central en cualquier propuesta que busca la concertación, no aparece como problema, o cuando aparece se buscan soluciones que ponen en evidencia los límites del modelo.

La democracia —se nos dirá— es sólo una forma de gobierno, nunca una fórmula de organización societal. Por tanto, “no resuelve todos los problemas”.⁹ El punto no es que resuelva todos los problemas, sino que se la reduzca a expresiones que impiden pensar en la posibilidad de resolución de algunos problemas elementales.

Vaciada de “todo contenido normativo (referido a las formas de vida concretas), liberándola de una pesada carga que impide su coexistencia con una sociedad plural, desigual (económica y socialmente) y sobre todo sumamente conflictiva”,¹⁰ la democracia “sólo da respuesta al muy importante (problema) de cómo elegir a la gente que nos gobierna. Pero no resuelve por sí misma los problemas de injusticia, del atraso, del empleo o de la movilidad social”. Su campo de operaciones es la política, pero además sólo un espacio restringido dentro de la política. Por ello, “su eficacia es en el ámbito de la representación política y de la forma cómo se elige a quienes gobiernan”.¹¹

limitan ese proceso, por sobre su ampliación. Pero, ¿qué significa el calificativo “responsable”? Aquí entramos a lecturas sociales diferenciadas de los problemas. Para algunos demandar trabajo e ingresos puede ser una irresponsabilidad, un factor de ingobernabilidad. Para otros, simplemente comenzar a poner los cimientos de la construcción ciudadana y de gobernabilidad.

8 Véase de Norberto Bobbio, *Thomas Hobbes*. FCE, México, 1992, cap. I, El modelo iusnaturalista.

9 Héctor Aguilar Camín, “Lectura de la democracia mexicana. Una entrevista”. *Nexos* núm. 137, 1989, México, citado por Rafael Farfán, “Del paradigma político de la transición. Estudio crítico de un modelo de análisis político”, en *Sociológica* núm. 30, enero-abril 1996, México, p. 20.

10 Farfán, R., *op. cit.*, p. 20.

11 Aguilar Camín, *op. cit.*

El privilegio de una visión puramente procedimental de la democracia refleja que los nuevos liberales siguen amarrados al viejo temor liberal que buscó impedir que desde la política se cuestionara el orden de la economía,¹² y a los mecanismos que sancionaron la separación entre productores (reino de la desigualdad) y ciudadanos (reino de la igualdad).

En definitiva, aunque no se diga explícitamente, asumen que la organización de la economía es ajena a la política, por lo que la intervención de ésta sobre aquélla sólo puede ser para enfrentar los desórdenes más serios, aquellos que dejados a su suerte pueden alcanzar niveles que interfieren con la gobernabilidad.

La nueva propuesta de contratos o acuerdos —a pesar de que defiende el “realismo político” contra las planteamientos utópicos¹³— tampoco entra de manera seria y realista a considerar el problema de la fuerza diferenciada de los diversos agrupamientos sociales a la hora de buscar el establecimiento de acuerdos. ¿A título de qué los grandes grupos económicos latinoamericanos van a alterar las reglas que les permiten obtener grandes ganancias en una mar de pobreza? ¿Por simple concientización de que ello puede generar ingobernabilidad? ¿No estarían más dispuestos a propiciar gobernabilidad (entiéndase gobiernos más autoritarios) aunque ello reduzca la democracia? ¿Generando alianzas sociales y políticas para —de alguna manera— obligarlos a concertar? ¿Cómo generar esa fuerza social y aplicarla sin asustar a los grandes capitales y entrar en agudos conflicto de desinversión, fuga de capitales, etcétera, es decir, sin propiciar nuevos mecanismos de ingobernabilidad?

Desde esta ausencia de referencias sociales e históricas concretas que muestren su viabilidad, la propuesta de la gobernabilidad “democrática” aparece como un manifiesto de buenas intenciones, pero irreal. Es así la cara política de otra utopía, la de la “transformación productiva con equidad”, formulada por CEPAL hace algunos años,¹⁴ en donde uno nunca termina por descubrir en dónde se encuentran los empresarios latinoamericanos que buscarán producir grandes ganancias y que, además, propiciarán la equidad, o que estarán dispuestos a sujetarse a ciertas normas establecidas desde el

12 Tema que provocó las reticencias de los liberales ante el sufragio. Sólo cuando se establecieron “los candados” que impidieron pasar de las consultas electorales a un cuestionamiento de la organización societal, los liberales pudieron hacerse democráticos. Véase Macpherson, C. B., *La teoría política del individualismo posesivo*. Fontanella, España, 1970. Algunas pistas sobre este proceso también pueden encontrarse en G. Sartori, *Teoría de la democracia*, Vol. 2, cap. XIII, Alianza Universidad, Madrid, 1988, y en N. Bobbio, *Liberalismo y democracia*, FCE, México, 1989.

13 Véase de Norbert Lechner (comp.), *¿Qué es el realismo en política?*. Catálogos, Buenos Aires, 1987.

14 Véase *Transformación productiva con equidad*. CEPAL, Santiago, 1990.

Estado al respecto, sin generar toda suerte de presiones económicas y políticas para “disciplinar” al gobierno que sólo amenace con el intento de disciplinarlos.

Barriando del escenario las visiones utópicas (“lo deseable”), la nueva sociología política latinoamericana creyó dejar resuelto el problema de construcción de “lo posible”. Sin embargo, aún los pequeños pasos que se arriesga a formular se muestran como sueños irrealizables, por lo menos mientras prevalezca el actual estado de cosas.

El realismo político no sólo exige constatar que “un problema fundamental que ha aquejado a América Latina ha sido la de construir un orden político (democrático) a la vez legítimo y eficaz”,¹⁵ sino explicar las razones de por qué ello no ha sido posible y cómo, a partir de la historia concreta, con actores específicos, y a la luz de la experiencia de sus conductas sociales, tal orden podría realizarse. Mientras esto no ocurra, los teóricos de la gobernabilidad “democrática” (y de la “transformación productiva con equidad”), los nuevos sociólogos (y economistas), continuarán formulando “contratos” equitativos, pero que terminan siendo pasto para una política que reproduce la desigualdad (y la ingobernabilidad).

¿Cuál eficacia? ¿Cuál democracia?

En la discusión de qué hace gobernable o ingobernable a una sociedad por lo general se olvida poner a debate algunas premisas fundamentales, que son las que permiten que el indicador de gobernabilidad se mueva en una u otra dirección.¹⁶

Legitimidad, eficacia y estabilidad

La eficacia, la legitimidad y la estabilidad se establece que constituyen los tres componentes fundamentales de la gobernabilidad.¹⁷ Los que gobiernan deben

15 Camou, A., “Gobernabilidad y democracia”, IFE, *op. cit.*, p. 12.

16 Puntos que también ayudan a descifrar qué es lo que se quiere hacer gobernable: ¿la democracia?, ¿esta democracia?, ¿el capitalismo?, ¿este capitalismo?

17 “La gobernabilidad, en definitiva, depende de la existencia de relaciones entre el Estado y la sociedad civil que hagan posible la legitimidad, la eficiencia y la estabilidad del gobierno, en un sentido amplio”. Tomassini, L., *Estado, gobernabilidad y desarrollo. op. cit.*, p. 4. Camou —modificando eficiencia por eficacia— también considera estos elementos. Véase *Gobernabilidad y democracia*, IFE, *op. cit.*, p. 15. Xavier Arbos y Salvador Giner ponen el acento sólo en los dos primeros componentes. Véase *La gobernabilidad. Ciudadanía y democracia en la encrucijada mundial*. Siglo XXI, España, 1993.

cumplir de manera adecuada con mandatos sociales y los de abajo otorgan su anuencia y su consenso.

Un gobierno debe ser eficaz, esto es, debe tener la capacidad de alcanzar logros o metas prefijadas. Pero, también debe ser eficiente y obtener dichos logros al menor costo posible.¹⁸ Estos son elementos que se destacan para la gestión de un “buen gobierno”.

Pero aquí comienzan los problemas. Porque *las nociones de eficacia y eficiencia no son socialmente neutras*. Esto significa asumir que en la sociedad existe más de un proyecto de sociedad y que, además, algunos de ellos pueden ser contrapuestos entre sí. En ese cuadro cabe preguntarse, ¿eficacia para lograr qué metas?, ¿eficiencia para reducir los costos para quiénes?¹⁹

Formulemos las siguientes preguntas, a fin de mirar más de cerca el problema: ¿Cómo se definen metas y cómo se decide sobre qué sectores sociales se deben descargar los costos para ser eficientes en materia política y económica en América Latina?²⁰

No deja de ser paradójico constatar que muchos de los programas de ajuste económico que se han aplicado en la región, y que acentuaron procesos crónicos de marginación y exclusión, se han puesto en marcha en lapsos en que se “transita” a la democracia, bajo la mano de gobiernos entronizados por medio de elecciones. Suena un tanto extraño que la población, teniendo la posibilidad de hacerlo, opte por alternativas que deterioran de manera significativa sus condiciones de vida.²¹

Para algunos, el reclamo de democracia busca alcanzar, en el campo de la política, la reconstitución de una comunidad perdida (ante la desintegración que

18 Véase de Amitai Etzioni, *Organizaciones Modernas*, Uteha, México, 1964. Citado por A. Camou en “Gobernabilidad y democracia”, IFE, p. 16.

19 Si bien es importante en política precisar el *cómo* se gobierna, también lo es preguntarse para *quién* se gobierna. La preeminencia de uno u otro aspecto ha conducido a equívocos importantes en la filosofía y en la teoría política.

20 Agreguemos nuevas preguntas: ¿A quién se ha consultado en América Latina para saber que la meta, por ejemplo, era reestructurar las economías de la manera que se ha hecho y a quién se consultó en América Latina para determinar que los costos serían los márgenes de desempleo, subempleo y pobreza que actualmente se viven en la región? ¿Alguién puede afirmar que en los procesos electorales llevados a cabo en América Latina desde el inicio de las “transiciones democráticas” estos temas han sido realmente consultados? Para sólo señalar un referente: ¿no hay una brecha enorme entre las ofertas de campaña de las fuerzas que triunfaron y “la política realmente existente” a nivel de gobiernos?

21 En el libro *Modernización económica, democracia política y democracia social*, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, México, 1993, se encuentran varias ensayos que abordan este problema. Véase en particular los trabajos de Atilio Borón, Norbert Lechner y Edelberto Torres Rivas.

se genera desde la economía).²² Para otros, la irrupción de vastos sectores informales en la política permite la creación de “mayorías volátiles”, construidas con modernas técnicas de mercadeo, con las cuales se realiza un verdadero “tráfico” con sus esperanzas de mejor vida, por lo que –dadas sus precarias condiciones de sobrevivencia y culturales– “votan pero no eligen”.²³

La paradoja anterior también puede explicarse indicando que *una parte sustantiva de la política en América Latina no se define ni se dirime en los espacios institucionales establecidos para la consulta ciudadana*. Las disputas electorales, bajo las modalidades actuales, no significan una participación efectiva de la ciudadanía en la definición de los temas centrales referidos al rumbo de nuestras sociedades y mucho menos en el reparto del poder político.²⁴ No permiten, por tanto, incidir en la definición de metas sociales y de los costos para alcanzarlas.

Por otra parte, también está presente el problema en donde ciertas metas y costos se hacen explícitos a la hora de las campañas electorales, pero se trastocan en el momento de hacer gobierno. Así, por ejemplo, la población puede votar azul, para que no triunfe rojo y que el candidato azul, una vez triunfante, implemente el programa de rojo y no existan condiciones institucionales para que se le llame a cuentas.²⁵ ¿Cuál es la legitimidad de un gobierno que actúa en el sentido contrario de la voluntad ciudadana que lo eligió?

La incapacidad de controlar a quienes se elige y la oscuridad que prevalece entre propuestas electorales y lo que esto supone efectivamente en prácticas gubernamentales (en materia de metas y costos, por ejemplo), son

22 Lechner, N., “La búsqueda de la comunidad perdida. Los retos de la democracia en América Latina”. En *Sociológica*, núm. 19, mayo-agosto, 1992, UAM-Azcapotzalco, México.

23 Torres Rivas, E., “La democracia latinoamericana en la fragua”. En *Modernización económica, democracia política y democracia social*, op. cit.

24 El problema rebasa a nuestras democracias “inciertas”, si bien aquí alcanza signos originales y acentuados. Con crudeza, Michel Crozier pone de manifiesto los límites del fenómeno electoral en su incidencia en los problemas del poder político cuando indica que “el sufragio universal da derecho a gobernar, pero dentro de los estrechos límites de los convenios libres entre los hombres. Ese sufragio no puede consagrar el derecho de cambiar de sociedad, ni tampoco de cambiar la sociedad”. Véase *Estado modesto, Estado moderno. Estrategia para el cambio*. FCE, México, 1992 (segunda edición), p. 261.

25 Esto fue lo que ocurrió, por ejemplo, en la primera elección de Alberto Fujimori en Perú. El electorado repudió el programa de ajuste de Mario Vargas Llosa y otorgó su voto a Fujimori. Este, instalado en la presidencia, terminó aplicando el plan económico del escritor. Véase al respecto de Carlos Iván Degregori “Etnicidad, modernidad y ciudadanía. El aprendiz de brujo y el curandero chino”, así como el comentario de Jorge Nieto a esta ponencia, en el libro *Modernización económica, democracia política*. op. cit.

aspectos de cómo operan las elecciones en esta modalidad de democracia por la que hoy transitamos,²⁶ para no hablar de los problemas referidos a la constitución de ciudadanías.²⁷

El conflicto entre gobernabilidad y democracia

La noción de gobernabilidad está asociada de manera conflictiva a la noción de democracia en razón de que responden a lógicas distintas: una a la estabilidad y el poder, otra a la igualdad.²⁸ También se ha indicado que el conflicto entre democracia y gobernabilidad está signado por los cortocircuitos inherentes a la diferenciación institucional como se toman decisiones en un sistema democrático, y al surgimiento de formas de representación que escapan a los instrumentos tradicionales,²⁹ todo lo cual dificulta la toma de decisiones con efectividad (en el primer caso) y resta legitimidad (en el segundo caso).

Pero el problema tiene más aristas. No existe una única visión de qué entender por democracia y, por lo tanto, existen lecturas distintas de lo qué es gobernable o ingobernable. Para una visión procedimental de la democracia, por ejemplo, los límites de lo gobernable son más estrechos que para una visión de la democracia sustantiva, en donde la lectura de lo que es ingobernable se inicia en fronteras más lejanas.

Mientras para este último discurso lo ingobernable tiene que ver con insuficiencias en la democratización, para el discurso procedimental la demanda de más y mejor democracia para impedir la ingobernabilidad es como intentar apagar el fuego con gasolina.

26 Lechner atisba estos problemas cuando destaca la pérdida de contacto del sistema político con la vida ciudadana. Así señala que "la política se diluye en múltiples microdecisiones, tomadas en la penumbra de alguna comisión, que afectan la vida cotidiana de los ciudadanos sin que éstos se enteren. Por el otro, las instituciones democráticas legitiman ritualmente una toma de decisiones que ya no radica en ellas". Véase "Las transformaciones de la política". *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 1996, p. 12.

27 El tema comienza a ganar interés en los últimos años. Véase de Guillermo O'Donnell, "Estado, democratización y ciudadanía", en *Nueva Sociedad*, núm. 128, noviembre-diciembre 1993. También de E. Torres Rivas "La democracia latinoamericana en la fragua", *op. cit.*

28 "La gobernabilidad y la democracia están basadas en principios antagónicos, y por lo tanto se hallan en inevitable conflicto. La gobernabilidad requiere la representación efectiva de los grupos en proporción a su poder; la democracia requiere la representación de los grupos en proporción al número de adherentes que cada grupo tiene. La gobernabilidad respeta la lógica del poder, mientras la democracia respeta la lógica de la igualdad política". Michael Coppedge, "Institutions and Democratic Governance in Latin America", University of North Carolina, 1993, citado por Manuel Alcántara Sáez, *Gobernabilidad, crisis y cambio*. FCE, México, 1995, p. 41.

29 Son las "tensiones internas" y las "limitaciones externas" consideradas por Camou. Véase "Gobernabilidad y democracia" *IFE, op. cit.*, p. 37 y ss.

En el tablero de una democracia restringida, los “focos rojos” –para usar un lenguaje caro a los medidores de gobernabilidad– se encenderán más pronto y más veces de lo que ocurre en el tablero de un proyecto democrático sustantivo.

Pero existe un problema más de fondo. Podríamos formularlo en estos términos: ¿Cómo lograr la estabilidad de sociedades divididas desde sus cimientos? O, ¿cómo lograr que los conflictos que tienen su raíz en la desigualdad económica no alcancen expresión en el campo político o puedan ser procesados gobernable y democráticamente en el campo político?

La desigualdad es estructural y atraviesa los espacios institucionales y las formas de hacer política. Esta última se construye sobre el imaginario de igualdad que proyecta la figura ciudadana (cada cabeza un voto), pero sobre la realidad de productores socialmente desiguales y sobre condiciones generales que reproducen la desigualdad.³⁰

Desde este nivel de análisis, la democracia en nuestra sociedades es estructuralmente ingobernable.³¹ La incorporación de la población a los asuntos públicos se convierte en un elemento que desborda los escenarios restringidos que el capitalismo reclama en materia política. No es casual que se hable de “excesos” en materia de democracia y que se reclame como funcional ciertos niveles de despolitización de la ciudadanía.³²

En América Latina los planteamientos anteriores alcanzan mayor validez dada la tendencia de las economías de la región de caminar con niveles más agudos de desigualdad social y, por tanto, haciendo más frágil el velo de la igualdad ciudadana.³³

30 ¿Por qué los factores que determinan la desigualdad social sólo constituyen un dato dado y no un problema a discutir para cierto análisis de la política? ¿Cuál es el límite teórico para eludir estos problemas? Un análisis de estos problemas puede verse en el ensayo “Ciudadanía y explotación: la ruptura entre economía y política”, incluido en este libro.

31 Entendida la gobernabilidad no sólo como “paz social” (gobernabilidad a secas) o como “paz social con elecciones y equidad” (gobernabilidad democrática), sino como elemento constitutivo de una “buena sociedad”.

32 “Un exceso de democracia significa un déficit de gobernabilidad; una gobernabilidad fácil sugiere una democracia deficiente”. Reporte de la Comisión Trilateral. *op. cit.*, p. 385. Este tema es caro al pensamiento conservador. Pero cabe preguntarse: ¿desde qué horizonte puede pensarse en “excesos” en materia de democracia?

33 En un estudio de 46 países, con base en información del Banco Mundial para 1989, los países latinoamericanos se ubican en los últimos lugares en materia de distribución del ingreso. Argentina en el lugar 33, Chile en el 35, Costa Rica 39, Venezuela 41, México 42, Perú 45 y Brasil 46. Véase de Rodrigo Vergara “Nuevos modelos de crecimiento: una revisión de la literatura y algunos elementos para una estrategia de desarrollo”, en *Estudios Públicos*, núm. 43, invierno 1991, Santiago, Chile, p. 275.

El sesgo conservador de un discurso modernizante

El discurso predominante sobre la gobernabilidad “democrática” integra en una síntesis contradictoria ingredientes del discurso democrático y del liberal.³⁴ Pero, por lo general, es este último el que sale mejor librado de la conjugación.

Frente a las propuestas neoliberales (que reclaman una intervención estatal sólo para asegurar las garantías y derechos individuales y que supone que no existen más que racionalidades individuales), o del pensamiento neoconservador (el cual privilegia la gobernabilidad, sin importar si con ello afecta la democracia), este planteamiento constituye una posición progresista.

Sin embargo, como ya hemos comentado, carece de realismo político. Reclama consensos, pero sin cuestionar las bases del conflicto, con lo cual, aunque no se lo proponga, su reclamo de gobernabilidad termina abonando el camino para que otros proyectos, de gobernabilidad no democrática, terminen imponiéndose.

Además, este discurso puede presentarse como una propuesta progresista porque convoca a la política, a reformar el Estado y a democratizar, poniendo en evidencia una serie de aspectos de las formas de dominio en la región que es necesario modificar, como la corrupción, la falta de reglas claras en los procesos electorales, los déficits en materia de justicia, prácticas políticas viciadas, ausencia de equilibrios entre poderes y de real autonomía entre ellos, entre otros. No cabe duda que éstos –y otros problemas–, constituyen aspectos que deben tener solución³⁵ y muchas propuestas formuladas por el discurso de la gobernabilidad democrática constituyen un paso adelante.

Pero –y esto es lo que nos interesa destacar– no es un paso adelante cualquiera. Se apunta a una convocatoria de la política, a una reforma del Estado, a una ciudadanía y a una democratización que termina cuestionando los rasgos menos civilizados del proyecto de dominio de un capital globalizado, que necesita ser eficaz y eficiente y que requiere modernizar las estructuras políticas.³⁶

En el campo de la economía, este discurso manifiesta su malestar con las secuelas más agresivas de los nuevos modelos, pero en su realismo termina

34 Una caracterización de estas corrientes puede verse en los textos de C. B. Macpherson y G. Sartori antes citados.

35 Aspectos que, sin embargo, no son patrimonio de este discurso. También el discurso democrático y el neoliberal pueden adscribir muchas (si no todas las) demandas anteriores.

36 Asuntos que analizamos con mayor detalle en el ensayo “La despolitización de la política y de la ciudadanía” incluido en este libro.

aceptándolos,³⁷ y confunde la necesidad de la reinserción internacional, de la apertura de las economías y de la eficiencia, con las formas actuales como estos procesos son implementados, con lo cual se suma a las modalidades de globalización que se impulsan desde el paradigma neoliberal.

Se pueden encontrar críticas a la irracionalidad presente en los nuevos modelos de reinserción internacional y a los aspectos de ingobernabilidad que de ellos se desprenden. Pero el paso a un cuestionamiento de fondo se salva con el fácil expediente de señalar que en el horizonte no aparecen alternativas a las formas neoliberales.³⁸ De esta forma, esta modalidad de “malestar” con el mundo real –en las versiones más conservadoras, como la recién señalada– termina abonando el conformismo político.

¿Puede haber algo más irracional que economías que comienzan a operar eficaz y eficientemente, pero que mantienen sin trabajo y sin salario a un porcentaje tan elevado de la población? ¿Y qué decir de las elevados niveles de pobreza y pobreza extrema? ¿No es acaso la lógica de esta forma de crecer el factor principal para generar ingobernabilidad?³⁹

¿No es irracional y alimento de ingobernabilidad las fuertes transferencias de recursos al exterior para el pago de la deuda externa, en momentos de agudos costos sociales, de reducción o encarecimiento del crédito interno, del cierre de empresas?⁴⁰

37 Esta suerte de compromiso con el modelo económico puede percibirse en Lechner cuando señala que “el dinamismo de la economía choca con las rigideces de la institucionalidad política”. Y agrega unas líneas más adelante que “mientras la economía se rige con un conjunto relativamente compartido de criterios y un menú acotado de medidas, sabemos poco acerca de las instituciones y los procesos políticos requeridos en el nuevo contexto”. “La reforma del Estado y el problema de la conducción política”, *Perfiles Latinoamericanos* núm. 7, diciembre de 1995. Flaco, México, p. 152. Cabría preguntarse: ¿cuál es el “conjunto relativamente compartido de criterios” en esta materia?

38 Tal es lo que señala, por ejemplo, Aguilar Camín cuando indica que “el único proyecto de modernización de México (...) (era) el que empezaba a imponerse como una oleada por todo el mundo: recorte del Estado mediante privatizaciones, saneamiento de las finanzas públicas, apertura al comercio internacional, búsqueda de inversiones y tecnología extranjera, etcétera”. Más adelante agrega: “Yo he confesado aquí y vuelvo a confesarlo ahora que, con diversos ajustes (...), no encuentro un rumbo de modernización alternativo al que México ha emprendido”. Véase *Proceso* núm. 1005, México, 5 de febrero de 1996, p. 23. El planteamiento de Aguilar Camín, al no revestirse de exquisiteces teóricas, resulta diáfano. Su listado de políticas que definen el proyecto de modernización económica van por el lado del *cómo*, pero también se debe destacar el *para quién*. Es aquí en donde podríamos encontrar las mayores diferencias entre proyectos de modernización.

39 Para no hablar de las fugas de capital, los movimientos especulativos, las presiones sobre la moneda nacional, el cierre de mercados y tantas otras medidas “racionales” al liberalismo económico.

40 De acuerdo a datos de CEPAL, el año 1995 los países latinoamericanos pagaron 94 mil millones de dólares como intereses de la deuda externa, la cual, a pesar de todos los pagos previos, subió a 573 mil 690 millones de dólares. Véase, *Balance preliminar de la Economía de América Latina y el Caribe 1995*, Santiago, 1995. Para el año siguiente las noticias no son mejores. “Las proyecciones indican que al

Las reformas estatales en marcha y los sistemas políticos que se construyen admiten un espacio de representación demasiado estrecho para las ebulliciones sociales y para la magnitud de actores sociales que la propia modernidad capitalista ha ido creando. De allí la necesidad de una politización selectiva. Por ello, las crisis de representación (la incapacidad de los sistemas políticos de ofrecer espacios reales de expresión a la pluralidad de actores y demandas), constituirán uno de los aspectos recurrentes de ingobernabilidad en el plano político.

Llegados a este punto se puede afirmar que las fórmulas que ha descubierto el capital global en el plano económico y las soluciones políticas en torno a democracias gobernables (o restringidas), constituyen los principales factores de ingobernabilidad en la América Latina de nuestros días. Sobre esto es poco lo que puede avanzar el discurso predominante sobre la gobernabilidad "democrática", al sólo discutir las tendencias bárbaras de las lógicas económicas y políticas en marcha.

terminar 1996, la deuda externa total de los países de América Latina y el Caribe superaría los 620 millones de dólares, con un aumento nominal en torno al 6 por ciento con respecto a 1995". CEPAL, *Panorama económico de América Latina 1996*, Santiago, 1996, p. 13.

La construcción (o desconstrucción) de América Latina como problema teórico

De manera explícita o implícita, para confirmarlo o para negarlo, el problema sobre la originalidad o especificidad de América Latina está presente en los cuerpos teóricos de las diversas disciplinas que conforman las ciencias sociales de la región.

¿Existen diferencias estructurales entre el mundo desarrollado y el subdesarrollado o sólo hay diferencias de “grados de desarrollo”? ¿Nuestras originalidades respecto a aquel mundo obedecen a cuestiones folklóricas, culturales, étnicas, de idiosincracia o responden fundamentalmente a formas de organización económica, política y social? ¿Somos particulares porque producimos de manera predominante café, azúcar, cacao, cobre y petróleo o porque jugamos un papel específico en la producción y reparto de la riqueza mundial? ¿Nuestros problemas económicos se deben a que otras regiones y naciones nos expropiaron o a que junto a lo anterior existen estructuras que favorecen procesos específicos de explotación interna y de transferencia de recursos al exterior? ¿Nuestro atraso es por carencias en la modernización o es que nos modernizamos de una manera particular?

En preguntas como las anteriores (y sus respectivas respuestas) hay una postura sobre la originalidad latinoamericana. En este ensayo no nos detendremos en las diversas respuestas que se han dado a los interrogantes anteriores. Más bien nos ubicaremos en la fase previa: en ciertos supuestos teóricos y metodológicos que nos aproximan a la construcción de un problema. En las preguntas que se formulan y el camino para resolverlas se define un *horizonte de visibilidad* en donde se iluminan y, al mismo tiempo, oscurecen ciertas franjas de la realidad. Por ello existen posturas teóricas y metodológicas que favorecen u obstaculizan el pensar a América Latina como problema teórico. Por otra parte, en esas posturas también se define qué ángulo privilegiar en el análisis.

Las opciones muchas veces son conscientes. Hay problemas que nos interesan, otros no, por lo que se elige un montículo específico que se supone constituye la mejor atalaya para observar. Sin embargo, también puede ocurrir que se asuman posiciones sin tener en claro que esto significa, de antemano, una opción respecto a lo que se verá y se dejará de ver.

Dos vías para olvidarse de América Latina

América Latina: un problema práctico

El pensamiento reinante, alimentado por las visiones neoliberales, ha vuelto a convertir el desarrollo en un recetario con validez universal. Los supuestos de las viejas tesis sobre “las etapas del crecimiento”, aquéllas a las cuales pueden acceder todas las sociedades, a condición de cumplir con ciertas tareas,¹ vuelven a hacerse presente, ahora remozados, con una fase de ajuste y estabilización, que permita “sanear” los desequilibrios macroeconómicos, y una fase de crecimiento con estabilidad y redistribución del ingreso.² Estos supuestos y sus nuevas “etapas” predominan en las propuestas de organismos internacionales y gobiernos regionales.³

La estructura y la historia, en estos enfoques, son asumidas de una manera particular. Las diferencias (económicas) entre Suecia y Haití, por ejemplo, se deben a la presencia de ciertos elementos (innovación tecnológica, productividad, ahorro, disciplina, eficiencia, inversiones en capital humano, etcétera.), en el primer país, que no existen o existen insuficientemente en el segundo, y a una articulación de los mismos que da como resultado un “círculo virtuoso” de desarrollo en un caso, y de atraso en el otro.

La noción de estructura —entendida como un determinado número de piezas y articuladas de una manera específica— es homogénea. La heterogeneidad que

- 1 Su formulación correspondió a W.W. Rostow. Véase *Las etapas del crecimiento económico*. FCE, México, 1961.
- 2 No desconocemos que existen diferencias respecto a los actores del crecimiento, a los instrumentos y a las políticas económicas entre las propuesta rostowiana de las etapas de crecimiento y la neoliberal. Pero nos interesa destacar sus similitudes en su concepción de estructura e historia. Para una exposición de los fundamentos del neoliberalismo véase de José Valenzuela Feijóo, *Crítica del modelo neoliberal*. Facultad de Economía, UNAM, México, 1991.
- 3 Un buen ejemplo puede verse en el Informe sobre el desarrollo del Banco Mundial 1991, *The Challenge of Development: World Development Report 1991*. Oxford University Press, New York, 1991. Allí se establece una división de trabajo entre el Fondo Monetario Internacional, cuyas políticas irían orientadas a la fase de ajuste y estabilización, y las del Banco Mundial, orientadas al crecimiento. Para un lúcido desmontaje de los supuestos teóricos y de la información de este materia véase “Informe acerca del desarrollo mundial 1991. Evaluación crítica”, de J. M. Fanelli, R. Frenkel y L. Taylor, en *El Trimestre Económico*, núm. 234, FCE, México, 1992.

se presenta entre naciones es resultado de la ausencia de algunas piezas y a su mala articulación. Cada pieza puede ser alcanzada (o incorporada) por cualquier economía que haga los esfuerzos pertinentes con tal fin, con lo cual Haití, siguiendo con el ejemplo, si se lo propone, puede llegar a ser Suecia en materia económica.

De un plumazo desapareció el problema referido no sólo al número de piezas, sino a la gestación de piezas distintas, en tanto existen matrices estructuralmente diferenciadas, por lo que el rompecabezas haitiano, aun terminado de armar, producirá un resultado diferente del sueco.

También desapareció el dato de que junto a la historia de una Suecia aislada (si es que esto puede concebirse), hay una historia más global e integrada, que ha ligado y liga de maneras diversas las historias de los dos países.⁴ Y es en esa historia paralela y global donde se encuentran muchas claves para comprender el surgimiento de matrices estructurales diversas que producen desarrollo y subdesarrollo.⁵

Es así como se vuelve a los antiguos supuestos de la existencia de un camino único para alcanzar el desarrollo⁶ y se explica el porqué unas economías van más adelantadas (o desarrolladas) y otras más atrasadas (o subdesarrolladas).⁷

4 Con razón Eric R. Wolf se pregunta: "¿Si por doquier encontramos conexiones ¿por qué nos empeñamos en convertir fenómenos dinámicos e interconectados en cosas estáticas y desconectadas?". Véase *Europa y la gente sin historia*. FCE, México, 1987, p. 17.

5 En los siglos XVII y XVIII existía una organización específica de la economía mundial que hizo posible que muchos de los valores que las coronas española y portuguesa extraían de América Latina fueran a parar a Amsterdam y Londres. El desarrollo de estas ciudades (y regiones aledañas) no puede entenderse ajeno a este proceso. Habrá que responder por qué Sevilla y Lisboa, corazones de los imperios español y portugués, no pudieron retener esos valores. Pero esta pregunta no puede hacer perder de vista otro problema central: aquellos valores eran extraídos de otras economías, las colonias latinoamericanas. ¿Se puede explicar el florecimiento de Amsterdam y Londres en los siglos XVII y XVIII (o de Nueva York y Tokio en el XX) dejando en el olvido este dato y atribuyéndolo exclusivamente a razones "internas"? ¿No tienen este tipo de relaciones consecuencias estructurales diferenciadas en unos y otros casos? Véase sobre el tema, de Fernand Braudel, *La dinámica del capitalismo*. Breviarios del FCE, México, 1986, en particular el punto III.

6 Es así como el Banco Mundial afirma en su Informe de 1991 que "de manera gradual se llega al consenso en favor de un enfoque de 'mercado amigable' del desarrollo". De allí que "lo que queda por hacer es poner en práctica estas ideas en todas partes". Citado por J. M. Fanelli, R. Frenkel y L. Taylor en "Informe acerca del desarrollo mundial 1991. Evaluación crítica", *op. cit.*, p. 397 (subrayado J.O.).

7 En esta línea vale la pena volver a consultar materiales clásicos que desde América Latina critican a las teorías del desarrollo. Véase, de Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*. Siglo Veintiuno editores, México, 1970, en particular los capítulos I, II, IV y V de la Tercera Parte: La teoría del desarrollo económico. También de André Gunder Frank, *América Latina: subdesarrollo o revolución*, Editorial Era, México, 1973, en especial el punto 2 del capítulo II: Sociología del desarrollo y subdesarrollo de la sociología: un examen del traje del emperador.

Si se llega a plantear la pregunta porqué Haití no tiene algunas piezas (llámese una clase empresarial “empresarial”, innovación tecnológica, etcétera), las respuestas caminarán por el lado de su falta de modernidad, debido a la presencia de factores que “obstaculizan” la marcha. *Removidos esos obstáculos y apurando el paso* se alcanzarán los nuevos estadios, con suerte hasta en plazos inferiores al que requirieron las naciones ya desarrolladas.

O bien se responderá que Haití no sólo va atrasado en la modernidad, sino que, además, ha caminado desviado de la norma universal, por lo que junto con remover obstáculos y apurar el paso, se requiere *enderezar el rumbo*. La disciplina para no apartarse del camino correcto es la clave.

La posibilidad de que nunca surja en Haití una clase empresarial “empresarial” como la sueca, a pesar de que se haga lo que el recetario del desarrollo dice, o que esta clase no se plantee las mismas tareas de aquélla es algo que difícilmente se puede pensar desde esta perspectiva teórica.⁸

Desde estos supuestos *América Latina deja de ser un problema teórico para convertirse sólo en un problema práctico*: el subcontinente es una región atrasada que no ha realizado adecuadamente las tareas para ingresar al camino que lleva al desarrollo. O que ha realizado algunas, pero no todas, de manera coordinada. Por lo tanto, *el problema es sólo de ajuste*: se remite a poner a la región en la ruta correcta. Desde estos supuestos es difícil que se pueda formular el interrogante de si es posible que se recorra el camino de otras naciones y si es viable hoy la manera como ellas lo hicieron. La respuesta de entrada es que sí. Y punto.

Capital y capitalismo

Desde un extremo opuesto al enfoque recién expuesto, el asunto teórico del subdesarrollo y el de América Latina en particular también desaparecen del horizonte. En algunas interpretaciones que se reclaman marxistas se concibe

8 La relación entre los sectores exportadores latinoamericanos del siglo pasado y la tecnología es un buen ejemplo para graficar este punto. Para una oligarquía que producía preferentemente para los mercados europeos y estadounidense, con casi total despreocupación por la conformación de un mercado interno, sobre la base de una aguda explotación de abundante población trabajadora, hubiera sido irracional pedirle que sustentara su producción sobre avances tecnológicos, como sí tuvo que hacerlo la clase empresarial inglesa, necesitada de mercado interno para su producción, por lo que —a través de los avances tecnológicos y la elevación de la productividad— tuvo que congeniar incrementos en la explotación y la salvaguarda del consumo obrero. Las modalidades de inserción de las economías latinoamericanas al mercado mundial hacían que lo “irracional” en términos teóricos sobre el desarrollo (como una “vía oligárquica” de desarrollo capitalista que desprecia las innovaciones tecnológicas) fuese lo más “racional” en términos prácticos.

la realidad como la encarnación y la expresión geográfica y espacial de las leyes de la acumulación capitalista, mismas que generan riqueza en un polo y miseria en el otro. Es en *el capital* en donde reside la clave de toda explicación, por lo que basta estudiar su lógica para comprender, por ejemplo, el subdesarrollo y el desarrollo.

Aquí, al igual que en el planteamiento anterior, teoría e historia no se tocan. Conociendo a la primera se da por resuelto el conocimiento de todo lo sustantivo que puede acontecer en la segunda.⁹

El problema de este enfoque no está en la teorización, sino en su incapacidad para concebir la teoría como instrumento de diálogo con la historia, para interrogarla, aprehenderla y, a partir de allí, reescribirse.

En una versión más historizada, es *el capitalismo*, como proceso de desarrollo desigual, o como sistema mundial, el que explica y da sentido a todo proceso. Es la totalidad lo sustantivo en tanto las parcialidades quedan relegadas a posiciones secundarias, como simples encarnaciones o manifestaciones de aquélla.¹⁰ El camino que va de la totalidad a las parcialidades, para explicar las originalidades de éstas y cómo redefinen a la totalidad, pierde significación o relevancia. En el fondo aquí también se supone la presencia de una matriz homogénea (incluso en la forma desigual de desarrollarse) que reproduce en todo tiempo y lugar las mismas características y se rige por la misma ley: acumulación y desacumulación.¹¹ A partir del esquema metodológico asumido es la única y misma contradicción

9 La escuela "derivacionista", con matices entre sus integrantes, podría ubicarse en esta perspectiva. Véase su caracterización en M. Carnoy, *El Estado y la teoría política*. Alianza Editorial, México, 1993.

10 La relación totalidad-partes la desarrollaré páginas más adelante, por ello no insisto aquí sobre este punto.

11 El esquema en torno a la contradicción "expropiación-apropiación del excedente económico" y la contradicción de la "polarización metrópoli-satélite" formulado por A.G. Frank (*Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 1970), y que provocó una aguda polémica a fines de los años sesenta y comienzos de los setenta, se ubica en esta línea. Véase las críticas que le formuló T. Dos Santos desde el campo de los dependentistas en *Imperialismo y dependencia*. Era, México, 1978, cap. XVIII. También consúltese el ensayo de E. Laclau "Feudalismo y capitalismo en América Latina", en una crítica que busca abonar la tesis de una América Latina feudal, y el acucioso trabajo de Carlos Sempat Assadourian "Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo", ambos en *Modos de producción en América Latina*, de Assadourian et al. Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 40, Córdoba, 1973. Los planteamientos de Fernand Braudel y de Immanuel Wallerstein también se pueden ubicar en este terreno. La propuesta de Braudel en torno al desarrollo del capitalismo puede verse en el segundo volumen de *Civilización material, economía y capitalismo* (tres volúmenes). Alianza Editorial, Madrid, 1984. Para una visión sintética véase *La dinámica del capitalismo*, Op. cit. Para Wallerstein véase su libro *El moderno sistema mundial* (dos tomos) Siglo Veintiuno Editores, México, 1979. También se puede consultar su ensayo "Análisis de los sistemas mundiales" en *La teoría social, hoy*, de A. Giddens, J. Turner y otros. Alianza Editorial/Conaculta, México, 1991.

lo importante. Las legalidades específicas en diferentes regiones (o parcelas), esto es, las formas particulares como se realiza la apropiación-expropiación y se construye la relación metrópoli-satélite, pierden relevancia.¹²

En ambos casos, el problema latinoamericano tiende a diluirse como problema teórico. En uno, por el sesgo teorizante, en otro por el énfasis globalizante.

El asunto de las relaciones entre naciones está presente en los planteamientos anteriores. Veamos, a la luz del tema de la globalización, formas diversas de concebir esas relaciones y sus repercusiones en torno al tema que aquí nos preocupa: el análisis de un problema llamado América Latina.

La globalización y América Latina

¿Cuál tipo de interrelación?

La globalización nos remite a la idea de un mundo interrelacionado. Sin embargo, este proceso puede entenderse de diversas maneras dando lugar a que todo mundo hable de globalización, pero, por lo general, se refieran a cosas distintas. Destaquemos tres visiones.

a) *Las interrelaciones como responsabilidad global.* Esto puede expresarse así: los cambios económicos nos permiten ver que todas las naciones forman parte de un mismo planeta y que, por tanto, son responsables de lo que acontece en la Tierra. La defensa del Amazonas es responsabilidad de todos, así como la protección de la capa de ozono y de determinadas especies animales. Las diferencias de desarrollo entre las naciones sólo son significativas para decidir quienes aportan más y quienes menos recursos, o quienes son más o menos responsables frente a los problemas detectados. Lo importante son las responsabilidades compartidas para la defensa de "la casa común".¹³

b) *Las interrelaciones como dependencia global.* Estamos en un mundo en donde todas las economías se necesitan. *A* necesita lo que produce *B* y ésta lo que produce *C*, en tanto esta última requiere lo que produce *A*. No hay

12 La misma noción de capitalismo *dependiente*, esto es, de un capitalismo particular y específico, deja de tener significación. En esta línea puede entenderse la afirmación de Wallerstein: "No creo que el mercado mundial 'engendre' versiones del capitalismo; tampoco creo que existan múltiples 'versiones del capitalismo'. Lo que sí creo es que solamente hay una clase de capitalismo, la única que ha existido históricamente. Es esta entidad, única en su género y eminentemente empírica, la que me interesa describir y analizar". Véase "Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern", en *Revista Mexicana de Sociología* núm. 3, julio-septiembre, 1989, México, p. 341.

13 Un enfoque en esta perspectiva lo constituye el exitoso libro *Los límites del crecimiento*, de D. H. Meadows, D. L. Meadows, J. Randers y W. W. Behrens III. FCE, México, 1972.

economías que puedan subsistir aisladas. Economías abiertas es el signo de nuestro tiempo. Todos dependemos de todos. Y en este proceso *sólo cuentan las diferenciaciones de valores de uso* que cada uno produce. Unos exportan robots, otros azúcar, terceros computadoras, los de más allá trabajadores. Todos se necesitan entre sí. La diferenciación así asumida sólo tiene consecuencias en la generación de mutuas necesidades y en la necesidad de la cooperación.¹⁴

c) *Las interrelaciones como resultado y detonante de diferenciaciones estructurales.* Junto a la producción de distintos valores de uso, las economías nacionales participan de manera diferenciada en la generación y apropiación de valor, proceso que gesta economías con matrices de reproducción particulares.¹⁵ En rigor, sólo la última forma de concebir la globalización y la interrelación entre naciones permite plantear interrogantes sobre las originalidades de diversas regiones y economías nacionales y en particular de América Latina. En las primeras dos visiones el subdesarrollo (latinoamericano) no existe como problema *teórico*.

De rupturas y continuidades

Frente a las opiniones que ponen énfasis en las originalidades del proceso de globalización, en tanto característica del capitalismo de fines del siglo XX, se levantan voces que, por el contrario, enfatizan la vocación globalizadora del capitalismo desde sus orígenes.

En ambos casos tenemos afirmaciones que permiten iluminar una parte de la realidad, pero que, a su vez, oscurecen otras.

Quienes niegan la originalidad de la globalización ponen en evidencia que los procesos actuales del capitalismo no arrancan de cero y que, por el contrario, la vocación integradora del capitalismo está presente en su naturaleza y se ha expresado desde sus inicios.

Sin embargo, al enfatizar este aspecto, esta postura se niega a historizar y a indagar por la particularidad de cómo aquella vocación universal del

14 Argumentos en esta línea fueron vertidos años atrás para criticar la teoría de la dependencia: las naciones siempre necesitan algo de otras; todos dependemos de todos. Por tanto, ¿por qué sólo atribuir la dependencia a determinadas naciones?

15 La corriente marxista dentro de la teoría de la dependencia puede ubicarse en esta posición. Para un examen más pormenorizado del tema remitimos a nuestro ensayo "El marxismo latinoamericano y la dependencia" en el libro *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*. Triana Editores, México, 1995.

capitalismo se hace realidad en momentos específicos. En otras palabras, *la noción de continuidad no debe impedirnos observar las rupturas*.¹⁶

La opinión inicial, por el contrario, pone el acento en el aspecto singular, en lo nuevo. El capitalismo se organiza y se presenta de una manera original en este tiempo, distinto a como se organizó y desarrolló en tiempos anteriores.

Sin embargo, esta novedad tiene antecedentes: está amarrada a elementos estructurales y responde a la naturaleza de un fenómeno histórico llamado capitalismo. Es a partir de este punto que la originalidad tiene mejores condiciones de explicar y ser explicada. *Las rupturas no deben impedir observar el proceso en donde ellas se inscriben y del cual forman parte*.

El estudio de América Latina puede asumir alguno de los dos sesgos anteriores. Todo lo que acontece no es más que la representación de una historia que ya está escrita desde los orígenes y que sólo asume nuevas caras. Así lo que tenemos son *estructuras sin historia*. O, por el contrario, lo que sucede en la región es una novedad total. No hay nada anterior que nos ayude a explicarla. Peor aún, no hay originalidades estructurales en donde lo nuevo se inscriba. Acá lo que tenemos es una *historia sin estructuras*.

Todo parece indicar que una justa ponderación de lo estructural, historizado, y de lo histórico, pero delimitando sus bases estructurales, constituye una forma adecuada de aproximarnos al estudio de los procesos de la región.

Las unidades de análisis

En el debate sobre las particularidades de América Latina, en los años sesenta e inicios de los setenta, uno de los problemas centrales era el de la unidad de análisis. El asunto podríamos formularlo de la siguiente manera: ¿Qué es lo que hay que mirar para entender el subdesarrollo y el atraso latinoamericano?

Unos señalarán que es el sistema mundial capitalista la unidad de análisis necesaria para responder al interrogante anterior. Otros, por el contrario,

16 En un ejemplo de continuidad y ruptura, J.M. Vidal Villa distingue entre un proceso de internacionalización, que estaría presente desde los orígenes del capitalismo, y uno de mundialización, para el cual el capitalismo recién estaría maduro. Véase "Mundialización de la economía vs. Estado-nación: cambios tecnológicos y migraciones", en *Investigación Económica*, núm. 205, julio-septiembre, 1993, UNAM, México.

enfatarán que la respuesta se encuentra en el estudio de las relaciones de producción internas, en la organización productiva local.¹⁷

El problema planteado es el que determina la unidad de análisis que debe asumirse. Son las interrogaciones que se formulan las que definen el contexto en donde determinada pregunta puede alcanzar respuestas. En este sentido, las escuelas de la CEPAL y de la dependencia señalarán que el subdesarrollo latinoamericano no puede entenderse ajeno a la inserción de la región a los movimientos constitutivos del capitalismo como sistema mundial. Fue en la vorágine mundial generada por el nuevo sistema como la región comenzó a escribir su historia en torno al atraso y el subdesarrollo.

Sin embargo, esta es una parte del rompecabezas. El análisis del subdesarrollo si bien debe partir considerando el sistema mundial o la economía-mundo, debe regresar necesariamente a las unidades locales, llámense sociedades o estados nacionales. Es en esta unidad en donde se termina de construir la organización económica, política y social que reproduce el atraso y que redefine las formas de reinserción a la economía mundial y el nuevo atraso y el nuevo subdesarrollo.

En otras palabras, América Latina generó de manera simultánea capitalismo y subdesarrollo en medio de su inscripción a los movimientos propios de la vocación mundial del capitalismo. En esa situación, el subcontinente —llegado un cierto momento— va a generar sus propias estructuras de reproducción del capitalismo. El análisis del sistema mundial, por tanto, no nos exenta del estudio de la reproducción local del capitalismo.¹⁸ Ésta, a su vez, sólo se hace comprensible en su dinámica por las permanentes redefiniciones que reclama su inscripción en la economía global.

Sólo en este sentido adquiere significado la distinción entre “lo externo” y “lo interno”. El *punto de partida* del análisis (“lo externo”) *no supone* la primacía de este aspecto en la comprensión del atraso y el subdesarrollo, *ni supone* la exclusión del tejido local (“lo interno”), sino, por el contrario,

17 Los primeros fueron calificados de “exogenistas” (y se ubicaba allí a cepalinos y dependetistas de manera indiscriminada) y los segundos de “endogenistas”. Destacan, entre estos últimos, los planteamientos de E. Laclau. Véase su ensayo “Feudalismo y capitalismo en América Latina”, *op. cit.* Luego de la difusión de los trabajos de Wallerstein, la polémica ha vuelto a abrirse. Una muestra de este nuevo debate son los ensayos “Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern”, de I. Wallerstein, y “Todavía más solitarios”, de Steve J. Stern, ambos en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre, 1989, México.

18 Wallerstein discute la pertinencia de las nociones de sociedad y Estado-nación para el análisis del capitalismo. El “sistema histórico” (minisistemas, imperios mundiales y economías mundiales) sería, a su juicio, la única unidad de análisis pertinente. Véase su “Análisis de los sistemas mundiales” en *La teoría social*, hoy de Anthony Giddens, Jonathan Turner y otros, *op. cit.*, en particular el punto III.

reclama su inclusión.¹⁹ Este problema lo podemos mirar desde otras perspectivas: la de las concepciones de totalidad y de las relaciones entre ésta y las partes.

De totalidades y partes

Nociones de realidad y totalidad

La noción de totalidad constituye un punto de partida básico en el análisis. La visión que de ella tengamos define una postura respecto al conocimiento. Si por totalidad entendemos la suma de todos los fenómenos y acontecimientos, esto supone de entrada desechar la posibilidad de conocerla. No existe conocimiento con posibilidad de abarcarlo todo. Frente a una realidad infinita, el conocimiento siempre se enfrenta a limitaciones, dado su carácter finito.

Además de los puntos anteriores, para Weber no existe en la realidad ningún fenómeno o proceso que sea igual a otro, por lo que asume que una totalidad así de heterogénea impide la formulación de leyes. En este contexto, sólo el conocimiento de la singularidad tiene sentido.²⁰

Desde la visión de una totalidad inaprehensible y caótica se deriva la imposibilidad de jerarquizar temas de estudio y de investigación. El proceso

19 Los debates actuales desconocen los planteamientos de las tres principales obras sobre el tema, cada una es expresión de las corrientes teóricas fundamentales (a la que debe agregarse la del subdesarrollo propiamente). Me refiero al libro de F. H. Cardoso y E. Faletto (dependentistas cepalinos), *Dependencia y desarrollo en América Latina* (Siglo Veintiuno editores, México, 1969), en donde se señala que la dependencia "alude [...] a las condiciones de existencia y funcionamiento del sistema económico y del sistema político, mostrando las vinculaciones entre ambos, tanto en lo que se refiere al plano interno de los países, como al externo"; (p. 24, subrayados J.O.); a *Dialéctica de la dependencia* (Editorial Era, México, 1974), de Ruy Mauro Marini (dependentista de la corriente marxista), en donde se señala que "el fundamento de la dependencia es la superexplotación" (p. 101); y a *El desarrollo del capitalismo en América Latina* (Siglo Veintiuno editores, México, 1977), de Agustín Cueva (ligado al antiguo endogenismo), en donde la articulación de modos de producción se analiza desde la inserción de la región al exterior. A partir de estos señalamientos, la polarización entre "exogenistas" y "endogenistas" dejó de tener relevancia. La polémica de Wallerstein y Stern (*op. cit.*) es así un regreso al pasado. También los planteamientos de Cristóbal Kay en "Un reto para las teorías latinoamericanas del desarrollo y subdesarrollo". (*Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre de 1989, México), quien sigue empantanado en argumentos de inicios de los años sesenta, al señalar que "debe abandonarse la influyente tesis de Frank, en el sentido de que el desarrollo de los países del centro se debe a la explotación de los países periféricos, y que el subdesarrollo de los países periféricos se debe al desarrollo de los países del centro" (p. 31). Como "lo externo" lleva a errores, se carga la balanza al otro extremo. Sólo "lo interno" explica todo: "el motivo por el cual se pudieron desarrollar con éxito los países que son ricos actualmente se tiene que buscar sobre todo en el contexto institucional económico, social y político que constituyeron y que se prestaba a la acumulación de capital y a la innovación" (p. 32).

20 Desde estas premisas es que Weber formula el método comprensivo como característica de las ciencias sociales. Véase de Julien Freund, *Sociología de Max Weber*, Península, Barcelona, 1967.

de investigación sólo se puede apropiarse de segmentos de la realidad. La parcialidad del conocimiento se constituye así en una característica del quehacer científico y por esta razón cualquier estudio, incluso con conclusiones opuestas a otro, es igualmente válido. No existen criterios para definir prioridades o relevancias.²¹

Marx comparte con Weber la idea de una realidad infinita, imposible de ser aprehendida en todas sus dimensiones y acontecimientos. Pero discrepa de este último en su visión del caos. La totalidad, a pesar de su heterogeneidad, tiene un orden, —no el inmediato, que es engañoso—, el cual es necesario desentrañar. En definitiva, la totalidad está estructurada y ello permite definir sus legalidades.²²

Conocer, por tanto, no es poder explicarlo todo, ya que el conocimiento finito desde la partida se encuentra limitado ante una realidad que se recrea día a día. Se trata de desentrañar aquellos elementos que estructuran y organizan la totalidad. En este sentido, el conocimiento tiene prioridades. Hay elementos que son más importantes que otros en materia de estructuración y organización. La totalidad, en definitiva, también está jerarquizada.²³

El problema teórico del desarrollo latinoamericano se ve de maneras distintas según sea la noción de totalidad (y de conocimiento) que se asuma. En el primer caso, lo singular es lo único que se puede conocer. En el segundo, el conocimiento debe llegar a lo singular, pero sin desconocer su pertenencia a procesos más generales.

Redefinición de totalidad y partes

La noción de totalidad y los elementos sobre los cuales priorizar se definen de acuerdo con los problemas planteados en la investigación. En materia de explicación del subdesarrollo y del atraso latinoamericano ya hemos comentado que el sistema mundial capitalista constituye una unidad indispensable *de la cual partir*. Allí hacemos referencia a la totalidad que debe ser considerada para analizar *ese* problema. El énfasis en explicaciones desde la economía política en que incurren los estudios del subdesarrollo y la dependencia, por

21 Para salvar el problema de qué conocer, frente a una realidad indiferenciada, Weber postula que son los valores del investigador los que determinarán la relevancia de un problema.

22 Me apoyo aquí en el libro de Karel Kosík, *Dialéctica de lo concreto*, Editorial Grijalbo, México, 1967, en particular en el capítulo I, punto 3: La totalidad concreta, pp. 53-77.

23 Esta afirmación supone cuestionar frases como "todo tiene que ver con todo". A ella habría que agregarle: "sí, pero no de la misma manera". El problema del conocimiento es establecer la jerarquización de cómo distintos elementos conforman una unidad.

otra parte, tenía que ver con las preguntas formuladas: las razones del atraso y la conformación de una organización económico-social particular.²⁴

En tanto se asume la totalidad como un *todo estructurado* (en contra de la idea de *totalidad desorganizada*) y *jerarquizado* (en contra de la idea de *totalidad indiferenciada*), esta noción nos permite tener una definición de límites y un cierto ordenamiento de sus elementos constitutivos. Pero el conocimiento de la totalidad no nos resuelve el conocimiento de las partes.

En relación con el problema que nos ocupa esto significa que las explicaciones que dan cuenta de los movimientos y tendencias del sistema capitalista como sistema mundial no resuelven las preguntas sobre las originalidades del capitalismo latinoamericano. El camino que va de las partes a la totalidad tampoco resuelve el problema de esta última, porque, como bien se ha señalado, “no se debe confundir totalidad con completitud. *El todo es más que la suma de las partes, pero también es sin duda menos*”.²⁵

Lo anterior permite discutir por lo menos dos posiciones en torno al estudio de América Latina: una, la de quienes creen que dibujando las tendencias del capitalismo como sistema mundial queda resuelto el problema de las explicaciones de todo capitalismo, en todo lugar (que para el caso latinoamericano significa obviar el problema de dilucidar sus particularidades); otra, la de quienes creen que por la vía de *sumar* estudios parciales (países, regiones o subregiones), terminarán reconstruyendo la explicación de América Latina.

Respecto a la primera posición, ya hemos tenido ocasión de comentarla en apartados anteriores,²⁶ por lo que no insistiremos. Detengámonos, por tanto, en la segunda posición.

Si el problema que nos preocupa ya no es la explicación de las tendencias generales que llevan al atraso y al subdesarrollo a América Latina, sino más bien explicar las diferencias *entre* los países latinoamericanos, el problema de la totalidad y de las partes se redefine. A pesar de estar atravesados por tendencias generales, existen entre los países latinoamericanos diferencias significativas: unos fueron (y siguen siendo) economías de enclave, otros de

24 Lo que no niega –sino más bien exige– que se desarrollen las explicaciones políticas, sociales, y culturales del problema.

25 T. J. G. Locher, citado por I. Wallerstein, en *El moderno sistema mundial*. Tomo I, Siglo Veintiuno editores, México, 1979, p. 14 (subrayados J.O.).

26 Véase el subpunto Capital y capitalismo.

control nacional; unos producen valores de uso que son bienes salariales básicos en el mundo desarrollado (carne, trigo), otros exportan “los postres” (café, frutas, azúcar, cacao); unos crearon Estados nacionales fuertes y sociedades complejas desde el siglo pasado; otros sólo desde mediados de este siglo, entre otros muchos aspectos.

Frente a ese nuevo problema, las tendencias generales que nos permiten explicar el atraso y el subdesarrollo latinoamericano deben redefinirse, ahora a la luz de los casos nacionales, y considerar elementos como los arriba señalados, y otros.²⁷

En el estudio por países podemos encontrar por lo menos tres posiciones que difieren respecto a lo que interrogan:

a) una, que de entrada niega la existencia de tendencias generales que puedan definir al capitalismo latinoamericano, por lo que sólo considera válido el estudio de los casos particulares. Salvo compartir un espacio geográfico cercano y asuntos como lengua y otros, no hay nada en común significativo entre los países latinoamericanos para comprender sus movimientos económicos, políticos y sociales. El estudio debe reducirse a explicar lo particular de cada caso o, a lo sumo, señalar algunas semejanzas o procesos simultáneos, pero que no tienen encadenamientos entre sí. En el rechazo a discursos “holistas” se justifica muchas veces esta práctica de análisis que reivindica sólo lo particular.²⁸

b) Otra asume el esfuerzo de estudios nacionales porque considera que por medio de la agregación de estos trabajos emergerá una interpretación global del capitalismo latinoamericano. Los (enormes) libros que suman ensayos país por país sobre un mismo tema, con la ausencia de una interpretación general, expresan este problema.²⁹ Hay un cierto empirismo en estos esfuerzos: que la suma de datos resuelva lo que la teoría no puede (o no debe) resolver.

c) La tercera posición considera imprescindible el estudio de casos nacionales (u otra unidades menores), pero reinterpretados a la luz de las

27 En esa línea se ubican las tipologías definidas por Cardoso y Faletto (*Dependencia y desarrollo en América Latina, op. cit.*) en torno a distinguir “economías de enclave” y de “control nacional”, o las de V. Bambirra (*El capitalismo dependiente latinoamericano, Siglo Veintiuno editores, México, 1974*), referidas a diferenciaciones entre países según el momento de inicio de sus procesos de industrialización: tipo A, aquellos que comenzaron antes de las integración monopólica de los procesos productivos, y tipo B, que la iniciaron cuando el capital extranjero ya ha llegado al sector secundario de la región.

28 Algunas premisas weberianas sobre el conocimiento, señaladas más arriba, alimentan esta posición.

29 Véase, por ejemplo, *¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?* 3 tomos, CLACSO, Biblioteca de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1990.

tendencias de unidades de análisis mayores (concepción de los movimientos del capitalismo periférico), lo que permite redescubrir tendencias locales y tendencias generales nuevas.³⁰

Holismo o fragmentación del conocimiento

Existe otra visión de totalidad referida a la reconstrucción conceptual del objeto mismo de análisis. Aquí lo que se pone a discusión es la fragmentación de las ciencias sociales, proceso que dificulta aprehender una realidad que rebasa las estrechas fronteras impuestas por el desarrollo disciplinario. Esa fragmentación, desarrollada entre los siglos XVIII y XIX, respondió a intereses políticos que fueron (y siguen siendo) justificados como académicos.³¹

De acuerdo a Wallerstein, “las tres supuestas áreas de acción humana colectiva –la economía, la política y la social o sociocultural– no son áreas de acción social. No tienen una ‘lógica’ independiente”, por lo que no se justifica su separación analítica. Esto no niega la necesidad de la especialización, pero ya no al interior de disciplinas, sino en “campos de investigación”.³²

Entre las razones que explican la riqueza en la reflexión sobre América Latina en los años sesenta y setenta, de manos de los teóricos del subdesarrollo y de la dependencia, se encuentra las transgresiones fronterizas que aquéllos debieron realizar en materia disciplinaria. El problema planteado (explicar el atraso) exigió a economistas, historiadores y sociólogos ir más allá que la simple reflexión conjunta sobre un tema determinado (la interdisciplinarietà), obligándolos a incursionar en territorios aledaños, ante una realidad que reclamaba respuestas globales.³³

30 A este movimiento en doble dirección entre lo general y lo particular se refiere Marini cuando indica: “el mismo nivel de abstracción del ensayo (*Dialéctica de la dependencia*) no propiciaba el examen de situaciones particulares, que permitieran introducir en el estudio un cierto grado de relativización”. *Dialéctica de la dependencia*, op. cit., p. 81 y s. Cabe señalar que uno de los problemas de la teoría de la dependencia fue su dificultad de arribar el estudio de las “situaciones particulares”. En nuestro libro *Raíces de la democracia en Chile* (Era-UAM, México, 1990) hay un intento por “aterrijar” planteamientos generales sobre la condición de dependencia y sus repercusiones sociales y políticas.

31 En relación con la constitución de la sociología, Eric R. Wolf recuerda que frente a oleadas de “desórdenes, rebeliones y revoluciones”, la sociología esperó resolver la “cuestión social”, De allí que “Saint Simon, Auguste Comte y Lorenz Stein concibieron la nueva ciencia de la sociedad como antídoto contra el veneno de la desintegración social”. En *Europa y la gente sin historia*, Op. cit., p. 21.

32 En “Análisis de los sistemas mundiales”, en *La teoría social, hoy*, de A. Giddens, J. Turner y otros. Op. cit., p. 403.

33 Véase, por ejemplo, las reflexiones sociales y políticas del economista Raúl Prebisch en sus últimos trabajos, reunidos en el libro *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*. FCE, México, 1981. Las incursiones sociológicas, históricas y políticas del también economista André Gunder Frank provocaron no pocas polémicas con especialistas disciplinarios. Por otra parte, Theotonio Dos Santos y Ruy Mauro

Estructura, coyuntura y mediaciones

Uno de los problemas clásicos del análisis en ciencias sociales se refiere a las relaciones entre estructura y coyuntura y a las mediaciones entre ambos elementos. ¿Qué debe prevalecer? ¿El largo o el corto plazo? ¿La estructura o la coyuntura? ¿Cómo pasar de lo estructural a lo coyuntural y viceversa? Los interrogantes sobre América Latina también están atravesados por estos problemas.

Por lo general, en la discusión entre estructura y coyuntura se privilegia el aspecto temporal al que ellas hacen mención: el largo plazo frente al corto plazo, asunto que constituye la dimensión horizontal del problema. Pero en esa discusión también está presente una dimensión vertical, referida a niveles del análisis.³⁴ La estructura y la coyuntura también se refieren a “capas” o “espesores” diferenciados de la realidad, que permiten analizar problemas distintos. Comencemos la exposición por esta última dimensión.

La dimensión vertical: “espesores” o niveles de análisis

Para ciertas corrientes teóricas, como el marxismo y el estructuralismo, existe la idea de que la realidad tiene diversas capas de densidad y que, por tanto, se pueden hacer lecturas y análisis de superficie frente a lecturas y análisis de movimientos profundos. Se asume que los procesos en las capas menos densas (coyuntura) adquieren (una mejor) explicación en la medida que los ubicamos dentro de los movimientos de las capas más densas (estructuras).³⁵

A estos distintos “espesores” de la realidad y a su manera diversa de “hablar” se refiere Marx cuando señala que muchos fenómenos se presentan a la vista de los observadores (superficie) al revés de como ellos son (niveles

Marini, dos de los principales teóricos de la dependencia y sociólogos de formación, debieron fundamentar sus posiciones desde la economía política.

- 34 “La historia se sitúa en diferentes niveles, casi diría que en tres niveles, si no fuera simplificar en exceso: son diez, cien *niveles* lo que habría que considerar, diez, cien *duraciones* diferentes”. F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*. Alianza Editorial, México, 1989, p. 132, (subrayados J.O.). Estamos ciertos, al igual que Braudel, que se pueden distinguir otros “niveles de análisis” (como los de sistema mundial, modo de producción, formación social), y otros “segmentos” (como el mediano plazo). El privilegio de la estructura y la coyuntura en esta exposición es sólo con fines de ejemplificar algunos problemas de análisis derivados de las dimensiones vertical y horizontal.
- 35 “Una sociología episódica (*évènementielle*) abruma nuestras bibliotecas, los expedientes gubernamentales y de las empresas. Lejos de mí la idea de alzarme contra esta moda o de declararla inútil. Pero ¿qué valor científico puede tener si no capta el sentido, la rapidez o la lentitud, la subida o la caída del movimiento que arrastra todo fenómeno social...?”. F. Braudel. *La historia y las ciencias sociales, op. cit.*, p. 127 y s.

más profundos).³⁶ También Braudel, cuando indica que una historia de acontecimientos³⁷ conduce a equívocos en tanto no se descubran los movimientos de las estructuras.³⁸

Entre coyuntura y estructura existe una mutua relación: es en lo estructural en donde lo coyuntural adquiere significación plena. Pero los movimientos de superficie tienen significación, lógicas específicas y allí se generan tendencias y cambios que inciden y afectan las estructuras. Mutuamente, por tanto, se condicionan y alimentan.

El comprender que la realidad presenta “espesores” nos permite ubicar por lo menos dos errores en el análisis social. Uno, ligado a un cierto empirismo, que cree que “conoce” en la medida que colecciona una mayor cantidad de datos, por lo general de los niveles menos denso. Esos datos —organizados— pueden ayudarnos a describir la superficie (lo que no es poco). Pero desligados de una interpretación que establezca los puentes entre ellos y los espesores profundos, pierden capacidad explicativa o conducen directamente a errores.

El otro error se refiere al “sesgo” teoricista, aquel que sólo considera válido el estudio de las capas profundas. En este horizonte podemos olvidarnos de los acontecimientos, ya que se considera que lo más inmediato sólo constituye un epifenómeno que podemos despreciar a la hora del análisis.

Un ejemplo de cómo se estudian algunos procesos políticos en América Latina puede ayudarnos a comprender mejor la necesidad de distinguir estos niveles o espesores de la realidad y a respetar sus especificidades.

El análisis de las formas de gobierno es un problema importante para comprender como se desenvuelven ciertos procesos políticos en una sociedad. Pero sobre él se pueden hacer lecturas de superficie y lecturas más profundas. Así, por ejemplo, los primeros lectores podrían privilegiar la escena política, regodeándose con el *cómo* se gobierna, pero no se adentrarán nunca detrás del escenario para indagar *para quién* socialmente se gobierna

36 Los amaneceres y atardeceres permiten creer que es el Sol el que gira en torno a la Tierra, cuando en realidad es exactamente al revés. En el mundo social también se producen estos “engaños”. Por ejemplo, las relaciones sociales entre los hombres aparecen como relaciones entre cosas.

37 En el lenguaje braudeliano, el acontecimiento es un segmento de tiempo que se aproxima a lo que aquí llamamos coyuntura, en tanto esta última es para el historiador francés un segmento de tiempo intermedio. Véase *La historia y las ciencias sociales*, *op. cit.*, en particular el punto 3, La larga duración.

38 Así señala —con énfasis en lo que aquí hemos llamado la dimensión horizontal— que “no sin razón: el tiempo corto es la más caprichosa, la más engañosa de las duraciones”. Véase *La historia y las ciencias sociales*, *op. cit.*, México, 1989, p. 66.

con determinadas formas. Esto reclama una visión de la organización estructural de la sociedad y relacionar los movimientos en la escena política con, por ejemplo, intereses de clases.

Los segundos lectores, por el contrario, pasarán por el escenario sin mirarlo, y se dirigirán de inmediato a los camarines, para responder al para quién, desdeñando el cómo. Pero el afán de descifrar los intereses sociales presentes en un gobierno no puede hacer perder de vista que no es lo mismo que esos intereses se expresen bajo un régimen autoritario o en uno democrático. La unilateralidad del análisis, en ambos casos, conduce a serios errores.

Desde una perspectiva que privilegia el estudio de las clases sociales, sus grados de fuerza y sus enfrentamientos, podríamos decir que una diferencia central es que el análisis estructural nos remite a definir y caracterizar las bases sobre las cuales se desarrolla la lucha de clases, en tanto el análisis de coyuntura nos remite a la dinámica cómo se desenvuelve la lucha de clases y su incidencia sobre la base en la que se desarrolla.³⁹

La dimensión horizontal y la periodización

Estructura y coyuntura también son referencias a modalidades de periodización, a cortes o segmentos que se deben realizar en el análisis de ciertos procesos: así tenemos —a lo menos— el largo y el corto plazo y los problemas de su imbricación.⁴⁰

Los procesos de coyuntura tienen significados distintos cuando los analizamos en segmentos de tiempo mayores. Las luces de los acontecimientos, dirá Braudel, se pierden en la noche del largo plazo.⁴¹

Este segmento, por otra parte, nos permite observar movimientos que desde el corto plazo parecen inertes: cambios en las organizaciones productivas, en las relaciones sociales, geográficos, culturales, poblacionales, etcétera.

39 En mi libro *El análisis de coyuntura* (CIDAMO, México, 1987) desarrollo con mayor detenimiento algunas ideas en torno a estos problemas. En todo caso, vale la pena señalar que se ha abusado con la referencia a la categoría lucha de clases para explicarlo todo, cuando —en los niveles más profundos de análisis— de lo que se trata es de explicar la lucha de clases misma.

40 "... nada hay más importante en el centro de la realidad social que esta viva e íntima oposición, infinitamente repetida, entre el instante y el tiempo lento en transcurrir". F. Braudel, *La historia y las ciencias sociales*, op. cit., p. 63.

41 "Conservo el recuerdo de una noche, cerca de Bahía, en que me encontré envuelto por un fuego de artificio de luciérnagas fosforescentes; sus pálidas luces resplandecían, se apagaban, refulgían de nuevo, sin por ello horadar la noche con verdaderas claridades. Igual ocurre con los acontecimientos: más allá de su resplandor, la oscuridad permanece victoriosa". *La historia y las ciencias sociales*, op. cit., p. 27.

En esta perspectiva, el largo plazo se constituye en un contexto necesario para comprender el significado y la relevancia que pueden tener movimientos y procesos de menor duración. Podemos establecer, por ejemplo, curvas con fases ascendentes y descendentes y ubicar en esos movimientos los fragmentos temporales menores. Al mismo tiempo, la apertura a plazos mayores permite recaudar una mayor cantidad de datos y definir tendencias, lo que favorece la interpretación.

Las dimensiones vertical y horizontal de estructura y coyuntura constituyen ángulos de análisis que deben complementarse. El problema no es siempre fácil. Así, por ejemplo, en el análisis marxista ha tendido a prevalecer una noción de estructura desde la dimensión vertical, concebida como una construcción teórica (y por ello, más abstracta), lo que explicaría el fuerte sesgo teorístico en el que por lo general se incurre desde esta corriente. A su vez, el énfasis estructural en los niveles de análisis termina aplastando a la coyuntura.

En este discurso la dimensión horizontal tiene menor importancia. Pero también predomina allí la noción estructural de largo plazo, por lo que se plantean dificultades para captar el pequeño momento en medio de las grandes contextualizaciones.

En la visión de Braudel, por el contrario, tiende a prevalecer la dimensión horizontal y dentro de ésta la larga duración.⁴² Aquí los acontecimientos pierden relevancia en medio de un esquema teórico en donde la continuidad —y no la ruptura— es el punto de atención.⁴³ Sin embargo, cuando se enfatiza desde este enfoque la dimensión vertical, prevalece una idea de estructura

42 Chesnaux critica la visión braudeliiana de la larga duración al considerarla una historia de masas "pasiva" y, además, una modalidad despolitizada de análisis. En este tipo de estudios "se acumularán las informaciones sobre la alimentación en el siglo xvii, pero el lector apenas sabrá quién come bien y quién come mal, ni por qué, ni el papel del hambre y de la saciedad en el equilibrio de las fuerzas políticas, y en las luchas de clases". Véase de J. Chesnaux *¿Hacemos tabla rasa del pasado? Siglo Veintiuno editores, México, 1977*, p. 149 y s. (subrayado en el original). Para una interesante exposición del sentido teórico y epistemológico de la propuesta braudeliiana de larga duración, véase de Carlos Antonio Aguirre "La larga duración: *in illo tempore et nunc*" en *Segundas Jornadas Braudelianas*. Instituto Mora-UAM, México, 1995.

43 Criticando a la escuela de los *Aunales*, Chesnaux señala que "la larga duración es política; no es, pues, continua más que en apariencia, puesto que va a dar siempre a lo discontinuo, a las mutaciones profundas y las sacudidas brutales. En *¿Hacemos tabla rasa de la historia?, op. cit.*, p. 151. En respuesta a estas críticas C. Aguirre señala que ellas son resultado de la ausencia de "una lectura cuidadosa de su obra", ya que en ella el historiador francés "ha teorizado y discutido *explícitamente* el concepto de revolución y algunas de sus aplicaciones" y "ha consagrado su segundo trabajo monumental, *Civilización material, economía y capitalismo!* justo al estudio de las profundas revoluciones de las estructuras de larga duración que dan nacimiento al capitalismo moderno entre los siglos xiii y xviii!". En "Dimensiones y alcances de la obra de Fernand Braudel", en *Primeras Jornadas Braudelianas*, de Aguirre et al. Instituto Mora-UNAM-IFAL, México, 1993, p. 15 (subrayados en el original).

como soporte material, lo que permite entender la relativa pobreza teórica de su propuesta y el marcado empirismo que acompaña su análisis y el de su escuela.⁴⁴

El problema y las preguntas que dibujan sus fronteras son los que determinan en qué nivel de análisis se debe realizar un estudio y con qué segmentos o periodización manejarnos. Así, por ejemplo, si el problema que nos ocupa dice relación con las características del Estado y sus relaciones con las clases sociales, los aspectos estructurales, en su doble dimensión (vertical y horizontal), tendrán un mayor énfasis que los coyunturales. Por el contrario, éstos últimos serán los dominantes si el problema que nos ocupa se refiere a la conducta ciudadana en una consulta electoral específica. En todo caso, vale la pena volver a reiterarlo: no puede haber una adecuada comprensión de movimientos coyunturales desligados de sus referentes estructurales. A su vez, de respuestas a la pregunta de cómo esos movimientos coyunturales inciden en las dimensiones estructurales.

Si bien debe existir interdependencia al interior de cada uno de los componentes de las dimensiones vertical y horizontal y entre éstas, esto no significa que en cada nivel o en cada segmento se puede utilizar —de manera indiscriminada— las mismas herramientas teóricas y metodológicas. No se puede estudiar a las clases sociales en una coyuntura, por ejemplo, con categorías conceptuales y con metodologías propias de un análisis estructural. Se nos escaparán problemas como fracciones de clases, estratos, los diversos procesos de representación política, los asuntos referidos a la conciencia de clase, organización, disposición de lucha, alianzas sociales y políticas, etcétera.⁴⁵

Tampoco podremos asir lo estructural, por ejemplo, sólo con datos de encuestas. Seguramente conoceremos aspectos de superficie, pero se nos escaparán los más profundos.⁴⁶ El respeto a los instrumentos conceptuales y

44 Junto a la geografía y al clima, la estructura incorpora los elementos de la "civilización material" o "vida material" o "infraeconomía", tales como "los movimientos de población" "el tipo de productos susceptibles de ser creados" (en materia de alimentación, vestuario, vivienda, etcétera), "el carácter de los objetos de trabajo, de los materiales para las construcción, de los instrumentos, de las fuentes de energía disponibles para los procesos productivos o la especificidad de la relación entre el campo y la ciudad". En "Entrevista a Fernand Braudel en sus ochenta años de vida", de Carlos Aguirre Rojas, en *Ensayos* núm. 122, 1990, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Economía, UNAM, México, pág. 41.

45 En definitiva, no se debe ir a capturar sardinas con una red propia para pescar delfines. De seguro que si hacemos esto, en vez de sardinas conseguiremos sólo delfines.

46 Aquí el problema es el contrario: la red es inadecuadamente fina, por lo que queriendo capturar delfines obtendremos principalmente sardinas.

metodológicos de cada “espesor” y de cada segmento constituye el mejor elemento para establecer las mediaciones entre ellos. Un mismo objeto se reconstruye según el nivel de análisis y la periodización en que debamos ubicarlo. Este es un aspecto clave del análisis y de la investigación.⁴⁷

Elementos como los aquí señalados permiten construir (o ignorar) a América Latina como problema teórico y, al mismo tiempo, tejer las redes con las cuales aprehenderla (o dejarla escapar). Lo primero es saber que en esas tareas la decisión que se tome tiene consecuencias.⁴⁸

47 Para una interesante discusión sobre estos problemas, desde una crítica al marxismo estructuralista, véase de Emilio de Ipola “Estructura y coyuntura: las ‘mediaciones’”, en *Teoría y política de América Latina*. Juan Enrique Vega (coordinador). Libros del CIDE, México, 1983.

48 La política tiene que ver con la construcción de paradigmas y con los horizontes de reflexión que éstos proponen. También con el predominio en los usos de determinados paradigmas. Lo anterior viene a cuento porque a lo largo de la exposición hemos mencionado diversos ensayos y libros que permiten construir una rica reflexión sobre América Latina. El que estos materiales (así como otros no mencionados aquí) hayan sido olvidados o relegados es un asunto que tiene que ver más con la política y los cambios que ésta ha propiciado en el medio académico regional e internacional, que con supuestos desarrollos teóricos. Sobre el particular puede verse el ensayo “Los nuevos sociólogos” en mi libro *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*. Op. cit.

Ciudadanía y explotación: la ruptura entre economía y política

El que la economía y la política se presenten como territorios excluyentes es un proceso que encuentra asideros en la forma particular como el capitalismo se reproduce, y alcanza su mejor expresión en la conformación de la ciudadanía. No es, por tanto, simple invención o manipulación de economistas, sociólogos o politólogos. Lo que llama la atención, sin embargo, es que se produzcan desarrollos teóricos que no cuestionen esa exclusión, quedando atrapados en las redes como el capitalismo se presenta.

La autonomización de la economía

1. El elemento político es el que resuelve la reproducción de las relaciones sociales en el mundo que antecede al capitalismo. Si consideramos la situación en el feudalismo, por ejemplo, vemos que el siervo puede producir los bienes necesarios para alimentarse con el trabajo que despliega en las tierras de su propiedad. La entrega de parte de su cosecha al señor feudal o el que destine un número determinado de días para trabajar en las tierras de este último obedece entonces a razones de dominio y de servidumbre, esto es, a factores de “coacción extraeconómica” (Marx, 1946, Tomo III, cap. XVII).

2. Las relaciones serviles de producción —dejadas a su suerte— no aseguran la regeneración de los siervos. Es por ello que esas relaciones, al agudizarse la explotación (ya sea porque el señor feudal exige más tributos —en especie o dinero— o más días para el trabajo en sus tierras), pueden generar algo distinto (abandono de la tierra por los siervos, por ejemplo, y constitución potencial de estos en proletarios) (Dobb).

3. Esta situación es la que explica que en el seno de la sociedad feudal puedan emerger relaciones sociales que la terminarán por destruir. Las revoluciones políticas que pondrán fin al régimen feudal tienden a producirse cuando la burguesía ya ha alcanzado un significativo poder económico y ha

tejido nuevas relaciones de producción, en medio de la sociedad feudal, que terminan por descomponer desde sus cimientos a esta última.

4. En el capitalismo, por el contrario, es la dinámica de la economía la que reproduce a los sujetos centrales: capital y trabajo. Una vez constituidos socialmente, el burgués y el obrero entrarán y saldrán del proceso productivo como tales. Establecida la separación social con los medios que le permitirían resolver su reproducción, el obrero no necesita de coacciones extraeconómicas para ser empujado diariamente a trabajar bajo la forma de asalariado.

5. Puesto en marcha aquel proceso, los elementos políticos que intervienen en la reproducción del obrero como trabajo y del burgués como capital —que justifican y sancionan la separación del trabajador de los medios de subsistencia y la apropiación por el capitalista de trabajo ajeno— quedan velados. Es así como lo económico —a la vista de la sociedad y sus actores— se autonomiza de lo político. Con ello también queda velada la explotación, y la presencia de obreros y capitalistas aparece como resultado del orden natural de las cosas, y no como lo que es, una construcción histórica y social.

6. Es en la capacidad de la economía de regenerar las relaciones capitalistas donde radica una de las razones que explican por qué en los procesos de ruptura del capitalismo, dicha ruptura ha comenzado por la disputa del poder político, concentrado en el Estado, para de allí iniciar la transformación de la economía. A diferencia de las organizaciones sociales que le precedieron, la economía en el capitalismo se puede descomponer, pero nunca generará algo distinto que capital y trabajo.

7. La autonomización que presenta lo económico frente a lo político, en la explotación capitalista, constituye una de las bases de donde se alimenta la ruptura de la economía y la política en la reflexión teórica.

8. Sin embargo, es importante recordar que en su constitución como ciencia la economía lo hace en tanto economía *política*. Preocupados por formular una respuesta a la pregunta sobre el origen de la riqueza, los fisiócratas, así como Smith y, principalmente, Ricardo, apuntarán (de maneras diversas) a dar cuenta —desde la economía— de las clases sociales. Pero, al igual que las antiguas y modernas teorías de la diferenciación social, ésta no es relacionada con los procesos de apropiación-expropiación de trabajo. (Marx, 1980, Tomo II).

9. Tras el descubrimiento de los mecanismos de generación de la plusvalía, tarea alcanzada por Marx, la economía política termina por develar el origen del valor, la forma particular de la explotación en la sociedad capitalista y

las raíz central de la división clasista en estas sociedades. Desde ese momento será difícil para el pensamiento burgués mantenerse en la ruta de una reflexión desde la economía política y mucho menos proseguirla, por lo que la economía deberá tomar un nuevo rumbo. La ruptura con la política será inevitable.

10. La economía política deviene en economía sin más. Se relega la atención por la producción (espacio en donde se genera el plusvalor y se realiza la explotación) y ganan creciente interés las fases de la circulación, entrando la nueva ciencia en sofisticados desarrollos en torno a curvas de oferta y demanda.

11. Tras abandonar el lastre de las clases, la economía será orientada en una línea que busca identificarla a las ciencias llamadas “duras”: leyes económicas que se asumen como leyes naturales, que no deben contaminarse con la política. La autonomía que presenta la economía en la reproducción capitalista terminará de consagrarse ahora en el campo del conocimiento y en el curso de las ciencias sociales.

12. En la ruptura de la economía con la política, en el campo teórico, se encuentra, a su vez, el origen de la sociología. Lo social –al quedar como un problema huérfano, pero que reclamaba de explicaciones– termina por ser presentado como un objeto particular de análisis, desligado de sus entronques con el resto de la estructura societal. Durkheim terminará de darle forma a la nueva “ciencia”, definiendo su objeto y su método. El problema de asumir una realidad desintegrada como materia central de reflexión, marcará el accidentado curso posterior de la sociología como disciplina científica.

La autonomización de la política

13. La necesidad del capitalismo de contar con individuos libres en el mercado, con igualdad de derechos para establecer contratos de compra-venta y, en particular, de individuos que pueden vender su capacidad de trabajo, frente a otros que pueden comprarla, en un mundo en que se generaliza la producción de mercancías, tendrá su correlato en el campo político en la figura del ciudadano.

14. Es en los debates teóricos y políticos que dan vida al capitalismo en donde emerge la moderna concepción del ciudadano. Pero esos debates terminarán dando forma a la figura ciudadana que esta sociedad necesita. La historicidad de los fenómenos sociales no puede perderse de vista y menos

en relación con este tema, dando por sentado que la forma actual de la ciudadanía es la única posible, o la mejor.

15. Así como la reproducción económica del capitalismo tiende a ocultar las raíces políticas que la sustentan, con la figura ciudadana la política en el capitalismo se construye sobre actores a los cuales se los desliga de sus raíces económicas y sociales. Así, es la política la que se nos muestra ahora como un campo autónomo frente a la economía. Sobre estas bases, la ciencia política y la sociología política avanzarán reforzando los rasgos desintegrados y atomizados como se presenta la realidad.

16. La política, erigida sobre la figura del ciudadano, –desligado de sus raíces económicas y clasistas (terreno de la desigualdad)– remite al terreno de la igualdad. El portero de la Ford es igual al dueño de la Ford: cada uno es una cabeza y, por tanto, un voto. A partir de esta noción de ciudadanía el capitalismo logra que el Estado se presente como un gobierno de toda la sociedad. Por ello, *una teoría política restringida al terreno del individuo-ciudadano lleva a consagrar las ilusiones igualitarias que el capitalismo proyecta.*

17. La política en el capitalismo, bajo formas democráticas, aparece como el espacio de dominio de la acción ciudadana. La sociedad –en todos sus aspectos– parece regida por lo que la ciudadanía decide. Pero esto es, en gran medida, una ilusión. La ciudadanía consagra la capacidad de intervenir en política, pero sin poner en cuestión las bases de la explotación. Por ello es que cierto discurso liberal puede parecer muy radical reclamando igualdad ante unas leyes que consagran la desigualdad social. Llevar la política a esos problemas supone romper las trabas a la condición ciudadana que ha construido el capitalismo.

18. Pero hay otros fenómenos que reducen el espacio político aún en los estrechos límites de la igualdad ciudadana propuesta por el discurso dominante. En el capitalismo se asiste a una verdadera revolución política ligada a la emergencia y ampliación de los derechos ciudadanos. Pero esta revolución se ve restringida –por lo que es más pertinente hablar de una subrevolución– en tanto son más las promesas incumplidas que las realizaciones alcanzadas. *El capitalismo ha subvaluado la condición ciudadana y sus márgenes de acción, restándole capacidad de hacer política bajo el discurso de la complejidad de la cosa pública, despolitizándola y excluyéndola de la tarea de hacer política diaria por la vía de mistificar y sobredimensionar las fórmulas de representación, impidiendo la puesta en marcha de mecanismos*

de control sobre los representantes, etc. Más que reclamar ciudadanía plena, el capitalismo requiere de ciudadanos “mínimos” o ciudadanos no tan participativos (Meiksins Wood).

19. La economía, por el contrario, aparece en el capitalismo como un territorio autónomo, pero acotado y estrecho. La ciudadanía parece que la acosa y reduce su accionar. En la realidad la situación es a la inversa y el mundo de la economía y los intereses sociales que allí se mueven tienen una amplia incidencia en la política, en definir los campos de la acción política y en las políticas estatales.

Nuevas dicotomías: mercado-Estado y sociedad civil-Estado

20. Las rupturas entre la economía y la política son trasladadas por la economía clásica (y sus derivaciones posteriores, como la economía neoclásica) a la dicotomía mercado-Estado. Estas nuevas identidades (que restringen la política al Estado, con una carga negativa), reducen aún más el espacio de la economía, privilegiando las fases de la circulación –y dentro de ellas a la segunda fase, la de la realización–, relegando la fase de la producción, con lo que la economía se aleja cada vez más de sus orígenes y de la posibilidad de construir un visión de la globalidad social.

21. La fórmula mercado-Estado también se presenta desde la dicotomía sociedad civil-Estado, en donde la primera sería el reino de la economía y del mercado en particular, asignándole todas las virtudes atribuidas a éste último en el discurso de la teoría económica clásica y neoclásica. [Existe también una lectura política de la relación sociedad civil-Estado. Véase Lechner (1994) y Osorio (1995)].

22. En la visión de la política como mercado se produce una nueva limitación: se asume aquella desde una perspectiva reducida de la economía, la que la restringe al mercado. La democracia, al decir de Schumpeter, no es más que la posibilidad de aceptar o rechazar ofertas. El porqué ciertos sectores sociales construyen “ofertas políticas” y el cómo se construyen las demandas (es decir, problemas referidos al campo de la producción de la política) son temas irrelevantes para este enfoque. La igualdad ante las leyes –(que, ya hemos visto, consagran desigualdades sociales)– para construir “ofertas”, es el punto más radical al que puede llegar una visión de la política como mercado político.

23. En el campo de la demanda, los ciudadanos se dan por constituidos en el acto del voto, desapareciendo la atención por las “cuestiones previas”,

como las condiciones sociales en que los ciudadanos llegan a votar (educación, alimentación, capacidad de discernir entre ofertas políticas, etcétera).

24. Atender a los problemas generales de constitución de los ciudadanos, como algo más que depositar un voto, supone abrir las puertas para indagar sobre las condiciones de reproducción de los hombres en sociedad y nos aproxima peligrosamente a las raíces de las clases sociales y de la desigualdad. Por ello el tema tiende a ser abandonado o relegado a lugares secundarios.

25. La política, como espacio de disputas sociales entre desiguales, queda oculta también en aquellas visiones que privilegian el *cómo se gobierna*, generándose una teoría de la democracia como asunto fundamentalmente procedimental (Bobbio). El énfasis sobre las reglas del juego (los llamados procedimientos: leyes electorales, partidos, separación de poderes, etc.), lleva al abandono de otra pregunta igualmente importante: *quién gobierna*, ya que ella nos puede remitir a los problemas de los intereses sociales diversos en la sociedad.

26. Desde esta perspectiva se tiende a privilegiar la visión del Estado como instancia racionalizadora y como organizadora del orden (Lechner), pero no se discute sobre los intereses sociales que allí cristalizan y que son los que —en último término— darán sentido al tipo de racionalización y de orden posible y deseable de alcanzar. En definitiva, esos problemas no son asuntos neutros del punto de vista social y asumirán un sesgo particular de acuerdo a los intereses de clase que prevalezcan .

27. En torno a estos temas y asumiendo la ruptura de la economía y de la política es como *se construye un discurso teórico que aparece sobrepolitizado*, por la vía de reclamar la autonomía de la política, pero que *constituye en verdad un esfuerzo de despolitización de la política*, al restarle elementos que la conviertan en una actividad inteligible. La economía no agota la explicación política. Pero la autonomía de la política no puede construirse sobre la idea de una ausencia de relación con lo económico.

28. Realizada la ruptura entre economía y política, y la reducción de cada una de ellas a esferas restringidas del mercado, no es difícil comprender señalamientos que indican que “la política no resuelve problemas de la economía”, o que “la democracia no puede resolver la pobreza”. Los puentes que ligan estrechamente a una y otra actividad han sido rotos. Si la política no sirve para resolver los problemas referidos a la sobrevivencia diaria de la

población, queda reducida, por ejemplo, al establecimiento de fórmulas civilizadas de disputa entre élites políticas y grupos de presión.

29. A partir de este punto, cierto tipo de demandas son presentadas como “sobrecargas” sobre la democracia, que la pueden llevar a terrenos de ingobernabilidad (Crozier, Huntington y Watanaki). Esas demandas —se señala— terminarán rompiendo la armonía del mercado político y la acción de éste contaminará el mercado económico, fracturando los equilibrios alcanzados. Poco importa que muchos potenciales ciudadanos y consumidores queden excluidos o en posiciones marginales en ambos mercados.

30. Sobre estas bases se construye parte importante de la actual teoría social y política. No es difícil percibir que, más allá de críticas puntuales que se puedan realizar, una ciencia social erigida sobre estas premisas no puede terminar sino siendo altamente funcional a los intereses dominantes.

31. Una tarea central, a la luz de lo expuesto, es reconstruir una ciencia social que rompa con las desintegraciones anteriores, reconozca las especificidades de la economía, la política y los fenómenos sociales, pero que, al mismo tiempo, alcance la reconstrucción de la globalidad social y que —junto con dar cuenta de las formas como el capitalismo se presenta—, deleve sus raíces internas. En esta línea y de manera más puntual, parece necesario reconstruir la categoría de ciudadanía, a fin de asentarla en la estructura social y superar las limitaciones que en el capitalismo se le han impuesto.

He Miguel B.

El desarrollo como utopía y los dilemas de un proyecto alternativo

*Tras larga observación de los hechos
y mucha reflexión me he convencido
que las grandes fallas del desarrollo
latinoamericano carecen de solución
dentro del sistema prevaleciente*

Raúl Prebisch

En el último tiempo tiende a crecer el malestar de diversos sectores de la población y de núcleos intelectuales y políticos ante el modelo económico en marcha en América Latina y las políticas que lo han impulsado.

Este malestar presenta como saldo positivo, en el campo intelectual, una creciente preocupación por el asunto del desarrollo y por las particularidades de las sociedades latinoamericanas. Como expresión de este proceso se multiplican los trabajos que vuelven la mirada a la producción teórica que se realizó entre los años cincuenta y setenta en América Latina en torno a estos temas, particularmente a las teorías formuladas por la Comisión Económica para América Latina (CEPAL) y a las propuestas de la teoría de la dependencia.¹

1 Por ejemplo, de Bjorn Hettne, *Development Theory and the Three Worlds*, London, Longman, 1990; Diana Hunt, *Economic Theories of Development. An Analysis of Competing Paradigms*, Hemel Hempstead, UK, Harvester Wheatsheaf, 1989; Cristóbal Kay, *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, London and New York, Routledge, 1989; Jorge Larrain, *Theories of Development: Capitalism, Colonialism and Dependency*, London, Polity Press, 1989; David Lehmann, *Democracy and Development in Latin America*, London, Polity Press, 1990; Margara Millán y Ruy Mauro Marini (coordinadores), *La Teoría social Latinoamericana*, Tomos I a IV, Ediciones El Caballito-UNAM, México, 1994 a 1996; André Gunder Frank, *El subdesarrollo del desarrollo*, Nueva Sociedad, Caracas, 1991. Aunque sin adscribirse a las corrientes cepalinas ni dependistas, también vale destacar de Ugo Pipitone, *La salida del atraso: un estudio histórico comparativo*, FCE, México, 1994.

Este regreso al pasado va acompañado —no siempre en la pluma de los mismos autores— de los esfuerzos por levantar un “proyecto alternativo” a los modelos en marcha. Esta situación es explicable dado los enormes daños económicos y sociales que ha provocado “el capitalismo realmente existente” y también por la estrecha relación que la academia latinoamericana mantiene con la política.

En este ensayo consideraremos ciertas cuestiones históricas y teóricas que vale la pena tener en cuenta en la discusión de una propuesta sobre el desarrollo y en la formulación de un proyecto alternativo, así como la pertinencia de retomar los debates de los años sesenta y setenta formulados en América Latina sobre estos temas. Tendremos así una aproximación a los límites y dilemas que enfrenta actualmente una tarea como la arriba mencionada.

Los clásicos como historia presente

“Una ciencia que vacila en olvidar a sus fundadores está perdida”, señala Whitehead.² Esta afirmación, que Kuhn considera que debe relativizarse en las ciencias naturales, ya que al fin y al cabo las comunidades científicas, como muchas otras empresas, necesitan de sus héroes, debe tomarse con mucho mayor cuidado en las ciencias sociales.

No es por casualidad que de manera recurrente los debates en economía acudan a la autoridad de Ricardo, Smith, Stuart Mill, o Marx, para fundamentar posiciones; a Hobbes, Rousseau, Montesquieu o Locke en ciencia política; a Weber, Durkheim o también a Marx en sociología.

La explicación más burda a esta situación señala que las ciencias sociales, y en particular la sociología, constituyen formulaciones teóricas que no han alcanzado la madurez de las ciencias naturales, las cuales, dada la capacidad de acumular conocimientos, no demandan a sus academias regresar al pasado. Es por ello, se afirma, que “el físico... no precisa apoyarse en el *Principio* de Newton, o el biólogo... leer y releer *El origen de las especies* de Darwin”³ para avanzar en sus teorías.

En juicios como los anteriores hay un fuerte sesgo positivista que supone a las ciencias naturales como el paradigma de desarrollo de las ciencias

2 Citado por T. S. Kuhn en *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México, 1971, p. 216.

3 Merton, Robert K. *On theoretical Sociology*, The Free Press, Nueva York, 1967, p. 34.

sociales, además que asumen que el conocimiento avanza por acumulación, asunto que ha propiciado una aguda e interesante discusión.⁴

Conviene tener presente que las ciencias sociales se constituyen en cuanto tales en medio de los procesos de conformación y maduración de la sociedad burguesa y los problemas que esta sociedad presenta son sus objetos centrales de reflexión. Esa sociedad, a la que podemos añadirle los calificativos de “industrial, capitalista, moderna o informática –indica Ianni– se modifica a lo largo del tiempo”. Sin embargo, “conserva... algunas características esenciales. Es diferente, pero al mismo tiempo igual”.⁵ “En el umbral del siglo XXI, añade Ianni, se han mantenido aspectos esenciales del XIX: libertad e igualdad, trabajo y alienación, sufrimiento y resignación, ideología y utopía”. Es por esto que, por ejemplo, “la modernidad racionalizada, descubierta por Weber, tiene mucho de la modernidad opresiva y sofocante revelada por Marcuse”.⁶

Para decirlo rápidamente, las preocupaciones y debates de hace uno o dos siglos atrás, tienen una enorme actualidad, tanto por los problemas planteados, los interrogantes que se formularon, así como por las respuestas ofrecidas.

El creciente interés por las planteamientos teóricos desarrollados por Raúl Prebisch, Celso Furtado, Aníbal Pinto, Fernando H. Cardoso, Enzo Faletto, André Gunder Frank o Ruy Mauro Marini, forma parte de la tendencia general presente en las ciencias sociales a regresar a fuentes originales, al pensamiento clásico, para reflexionar sobre el presente. Sin embargo, como veremos más adelante, este regreso no está exento de problemas dada la radicalidad que alcanzó el análisis y los cambios presentes en el clima intelectual.

La teoría del subdesarrollo de la CEPAL y la teoría de la dependencia constituyen dos de los aportes más originales que ha generado la teoría social latinoamericana. Estos dos paradigmas terminan por conformar una economía

4 Una posición crítica sobre este supuesto puede verse en T.S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, op. cit. Para conocer parte del debate sobre el tema puede consultarse *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, de Lakatos y Musgrave (eds.), Ediciones Grijalbo, Barcelona, España, 1975, en particular los ensayos “La ciencia normal y sus peligros” de K. Popper; “La falsación y la metodología de los programas de investigación científica” de I. Lakatos, y “Lógica del descubrimiento o psicología de la investigación” de T. S. Kuhn.

5 Ianni, Octavio, “La crisis de paradigmas en la sociología”, en *Acta sociológica*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, vol. IV, núm. 1, enero-abril de 1991, p. 123.

6 Ianni, O., op. cit., p. 124.

política⁷ y, más en general, una teoría social, tras asumir a América Latina como problema teórico.⁸

El mirar el presente como historia responde a la urgencia de rescatar preguntas y respuestas para los problemas de hoy. El asunto puede plantearse en los siguientes términos: ¿tienen algo que decir los debates y formulaciones de las teorías del subdesarrollo y la dependencia a los problemas actuales de América Latina? ¿El horizonte de reflexión que estas teorías abrieron tiene algún sentido en la época de la globalización y de la aldea mundial?

Nuestra respuesta a los interrogantes anteriores es que se puede discrepar con muchas de las respuestas que se formularon, pero los problemas planteados por cepalinos y dependentistas y el *horizonte de visibilidad* que abrieron gozan de una enorme actualidad.

Para decirlo a la manera de Ianni, el mundo ha cambiado mucho en estos últimos treinta años, pero en cierto sentido es el mismo: una economía internacional que genera “centros” y “periferias”; transferencia de recursos e intercambio desigual entre naciones; tendencia de las economías dependientes a generar modelos de desarrollo en donde se extreman las tensiones entre la producción y el consumo; la superexplotación continúa siendo un elemento central del funcionamiento de nuestras economías; la dependencia, en definitiva, genera subdesarrollo.

No es nuestra intención exponer aquí los aportes, similitudes y diferencias entre las teorías cepalinas y de la dependencia y los que subyacen al interior de cada una.⁹ Indiquemos tan sólo que ofrecen una propuesta teórica y metodológica de vital importancia para el análisis de las formaciones sociales latinoamericanas y de los avatares de las políticas de desarrollo (como la necesidad de analizar a América Latina en el concierto de la economía internacional, integrando los factores externos e internos, y precisar los elementos que internalizan el subdesarrollo y tienden a reproducirlo), cuestiones que en los tiempos del discurso neoliberal, en donde se pretende borrar

7 Refiriéndose a los autores de la CEPAL de los sesenta, Valenzuela Feijóo señala que son clásicos –entre otros elementos– por “ser los fundadores de la economía política regional, la que –al igual que en Europa– emerge asociada al auge del proceso de industrialización”. Véase Aníbal Pinto, *América Latina: una visión estructuralista*, Selección y prólogo de José Valenzuela, FE-UNAM, México, 1991, p. 9.

8 Este aspecto lo desarrollamos en el ensayo “América Latina como problema teórico”, en el libro *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.

9 Puntos que hemos abordado en trabajos anteriores. Véase, por ejemplo “El marxismo latinoamericano y la dependencia” en *Las dos caras del espejo*, *op. cit.* También puede consultarse “La actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia” incluido en este libro.

las *fronteras estructurales* entre desarrollo y subdesarrollo, son indispensables de volver a considerar. He aquí una buena razón para regresar a nuestros clásicos en la materia.

En el caso de la CEPAL, los trabajos de Prebisch y el equipo que con él colabora, al definir la presencia de centros y periferias en la economía internacional, apunta a poner de manifiesto que esa economía no es homogénea, sino estructuralmente heterogénea, y que no camina hacia una sola meta, el desarrollo, como suponía la teoría clásica del comercio internacional, sino, por el contrario, a reproducir desarrollo y subdesarrollo. El deterioro en los términos de intercambio es un factor clave en esta situación.

En sus versiones más avanzadas, subdesarrollo y desarrollo son las dos formas maduras de expresión de un único proceso, la constitución y expansión del capitalismo como un sistema mundial.

En la propuesta cepalina clásica, el subdesarrollo aparece como resultado de factores externos, a pesar que se manifieste internamente con ciertas particularidades estructurales. Pero estas particularidades no alcanzan la magnitud que subyace en la teoría de la dependencia y, en este terreno, la teoría de Prebisch se ve de alguna manera restringida a los parámetros de la teoría del desarrollo, en tanto supone que la puesta en marcha y avance de la industrialización permitirá acortar las distancias de las regiones periféricas frente al centro. En pocas palabras, las deformaciones estructurales son un obstáculo que se puede superar en el marco de la economía capitalista, nunca una traba para el desarrollo.¹⁰ Más allá de las críticas que puedan formularse a estos planteamientos, lo cierto es que la CEPAL dio pasos que fueron fundamentales para las reflexiones posteriores de los dependentistas.

Para las versiones más avanzadas de la teoría de la dependencia,¹¹ el capitalismo dependiente constituye una forma *sui generis* de capitalismo, siendo la superexplotación del trabajo su rasgo fundamental, con repercusiones que atraviesan el resto del tejido económico, social y político. Aquí las particularidades estructurales, en el marco de la economía mundial capitalista, constituyen una traba que impide alcanzar el desarrollo. Lo que este capitalismo puede ofrecer entonces es desarrollo del subdesarrollo, al decir

10 Para un análisis del planteamiento de la CEPAL, véase el ya clásico trabajo de Octavio Rodríguez, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo Veintiuno editores, México, 1980, y *Prebisch y la CEPAL*, de Joseph Hodara, El Colegio de México, México, 1987.

11 En especial las propuestas por Ruy Mauro Marini en *Dialéctica de la dependencia*, Editorial Era, México, 1973.

de Frank, formulación que, vale la pena insistir, no significa estancamiento,¹² sino reproducción de una matriz económica que —a pesar de crecer— pervierte a extremos las contradicciones propias de las sociedades capitalistas.¹³

En otro orden de cosas, es importante destacar la imbricación que alcanzan las teorías de la CEPAL y de la dependencia con fuerzas sociales que convierten sus propuestas en proyectos factibles y alternativos. Este es un punto de vital importancia porque apunta a una de las piedras de toque en la discusión actual en torno a la urgencia de generar proyectos alternativos: un gran dilema es la viabilidad de los mismos, punto que muchas veces se ve cuestionado por las dificultades de precisar el contenido del nuevo proyecto o de identificar a los actores que podrían motorizarlo. Veamos cómo se resuelven estos problemas en el caso de la CEPAL y de la teoría de la dependencia.

Proyecto alternativo y proyecto político

Refiriéndose en particular a la producción de Prebisch y al equipo que con él labora en la CEPAL, pero que podríamos ampliar a los principales teóricos de la dependencia, Valenzuela Feijóo afirma que

son clásicos [...] en cuanto ideólogos que efectúan un aporte creador en un periodo de ascenso histórico y que, por lo mismo, hacen coherente el proyecto

- 12 A pesar de que la afirmación fue refutada de manera reiterada y desde hace mucho tiempo, todavía se afirma que la teoría de la dependencia formuló la imposibilidad del crecimiento, como un argumento que justifica el porqué fue dejada de lado. Véase, por ejemplo, de Cristián Larraín y Gonzalo Rivas, "Problemas y opciones del desarrollo latinoamericano: análisis crítico y criterios para una propuesta alternativa", en *Investigación Económica* núm. 115, enero-marzo de 1991, Escuela de Economía, UNAM, México. Aquí habría que señalar que sólo algunos autores identificaron dependencia y estancamiento. Entre ellos Celso Furtado (*Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, EUDEBA, Buenos Aires, 1966). En "Las desventuras de la dialéctica de la dependencia" (*Revista Mexicana de Sociología*, número extraordinario (E), 1978, IIS-UNAM, México), Fernando H. Cardoso y José Serra atribuyeron a toda la teoría de la dependencia la adscripción a la idea de subdesarrollo y estancamiento, pero agregando un nuevo ingrediente: también serían estancacionistas los que rechazaron la posibilidad de un proyecto burgués nacional desarrollista. Así intentaban salvar la idea de la factibilidad de este último por la vía de descalificar la idea del subdesarrollo-estancamiento. Para una crítica sobre éste y otros planteamientos puede consultarse "Las razones del neodesarrollismo", de Ruy Mauro Marini, en el mismo número de la *Revista Mexicana de Sociología*.
- 13 Señalo sólo un dato para ejemplificar lo anterior. La economía chilena viene mostrando signos elevados de crecimiento desde la segunda mitad de los años ochenta y en la primera de los noventa. Sin embargo, según estadísticas del Banco Mundial, de un total de 46 países considerados, Chile aparece en 1991 en el lugar 36 en cuanto a las desigualdades de distribución del ingreso, muy abajo de Taiwán, Singapur y Corea del Sur, por sólo mencionar algunos casos. El quintil inferior de la población percibe el 4.2 por ciento de los ingresos, en tanto el quintil superior percibe el 60.4 por ciento. Véase de Rodrigo Vergara "Nuevos modelos de crecimiento: una revisión de la literatura y algunos elementos para una estrategia de desarrollo", en *Estudios Públicos* núm. 43, invierno de 1991. Centro de Estudios Públicos, Santiago, Chile.

global de la clase (o fracción de clase) hegemónica del momento. Dicho de otro modo, *un clásico es aquel cuyo pensamiento se sintetiza o funde con la necesidad o racionalidad histórica del periodo, va a su encuentro, lo aclara, lo empuja* —con los métodos discursivos que le son propios— a su génesis y materialización.¹⁴

La capacidad de ciertas propuestas teóricas de convertirse en proyectos alternativos es un asunto que combina dos asuntos cruciales y diferenciados: la calidad de las propuestas y la posibilidad de las mismas de transformarse en proyectos políticos, esto es de encarnar una utopía con capacidad de enraizarse con actores sociales que tienen la disposición de llevarlos adelante.

Las propuestas de la CEPAL tuvieron impacto porque respondieron a esos dos aspectos cruciales. Diversos países de América Latina ya habían puesto en marcha procesos de industrialización antes de la creación de la CEPAL en 1948. Pero las formulaciones de este organismo los impulsarán, ayudando a que la industrialización se convierta en proyecto nacional.

En su etapa inicial la industrialización se presenta como una fórmula de *modernización progresista*, ya que muestra capacidad de ensanchar el mercado interno, incorporando a nuevos segmentos sociales al empleo y al consumo, situación que favorece el apoyo de capas obreras y de la pequeña burguesía profesional y de la burocracia estatal a los planes económicos y políticos del actor fundamental de este proyecto de desarrollo: la burguesía industrial. Se combina así la propuesta con los actores que lo impulsan. Esto es lo que permite al discurso de la CEPAL constituirse en un proyecto político, en una propuesta alternativa real y viable.

Avanzados los años sesenta, la industrialización comienza a mostrar perfiles en donde las contradicciones que genera superan los problemas que resuelve. De proyecto de modernización progresista pasa al de *modernización con predominancia retardataria o conservadora*.

Es en esos momentos en donde emerge la teoría de la dependencia, la que pondrá en cuestión muchos de los supuestos teóricos y derivaciones políticas del discurso de la CEPAL y de la teoría del desarrollo.

La teoría de la dependencia se constituyó muy rápidamente en un proyecto alternativo. El carácter modernizante conservador que comienza a presentar la industrialización se ve agudizado por la presencia en el escenario latinoamericano de un nuevo modelo de desarrollo. Tras el triunfo de la

14 *Op. cit.*, p. 10 (subrayado J.O.).

revolución cubana, la idea de un proyecto distinto al capitalismo aparece para amplios sectores sociales —desplazados o relegados a lugares de tercer orden en el reparto de “los frutos del desarrollo” (para decirlo en un lenguaje caro a CEPAL)— como una solución a sus demandas.

La teoría de la dependencia surge así como una reflexión que termina por darle consistencia y legitimidad en el campo teórico a un proceso ya en marcha.

Diversos países de América Latina vivieron en los años sesenta y comienzos de los setenta experiencias políticas en donde la idea de la ruptura con el capitalismo aparecía a los ojos de la sociedad como una posibilidad real. La revolución cubana era la cúspide de esas esperanzas, las que se verán reforzadas posteriormente con los avances del Frente Amplio en Uruguay, el gobierno de Juan José Torres en Bolivia y con el triunfo electoral de Salvador Allende en Chile y la puesta en marcha del gobierno de la Unidad Popular. No hubo, por tanto, una simple definición teórica de una propuesta alternativa, ni de los actores sociales que podrían impulsar el proyecto. La teoría de la dependencia, para decirlo con Valenzuela Feijóo, se imbricó con “la racionalidad histórica” de ese periodo,¹⁵ explicó sus raíces y tendencias, por lo que alentó su marcha.¹⁶

En función de la reflexión que venimos realizando vale la pena destacar que tanto en el caso de la teoría de la CEPAL como de la dependencia sus propuestas alcanzan sus formas más desarrolladas después que en la propia realidad maduran procesos con los cuales ellas se imbrican. Con esto queremos destacar que hay momentos en donde la realidad abre puertas al conocimiento. Así, por ejemplo, las rupturas y los procesos sociales que apuntaban en esa dirección “obligaron” a los dependentistas a reflexionar sobre nuevos temas, en este caso, qué había de particular en la estructura y dinámica del capitalismo latinoamericano que propiciaba quiebres revolucionarios.

15 *Ibid.*

16 Nadie puede negar las relaciones que mantuvo la teoría de la dependencia con la teoría de la revolución en América Latina en los años sesenta y parte de los setenta. Sin embargo, es pertinente señalar una obviedad: los teóricos de la dependencia no inventaron la revolución cubana, ni los procesos guerrilleros que se sucedieron en América Latina en los sesenta, ni las experiencias ya señaladas en Uruguay, Bolivia y Chile que se plantearon la meta socialista. Sí debe reconocerse como errores la sobreponderación de alguno de estos procesos, así como ciertas lecturas que de ellos se hicieron, marcadas, por ejemplo, por un sesgo voluntarista.

Sin embargo, también es importante considerar que antes de que cristalicen las propuestas más maduras de la CEPAL y de la teoría de la dependencia, existen trabajos que abonan el camino para que emerjan estas nuevas reflexiones, así como la puesta en marcha de aquellos procesos.

En pocas palabras, hay una relación entre teoría y procesos en donde ambos se retroalimentan. En esta relación hay momentos en donde ciertos procesos en marcha exigen reflexión y explicación: las ciencias sociales siguen las tendencias de la realidad, las ordenan y las proyectan. En otros, por el contrario, es la reflexión la que aparece como alimento necesario para alentar los brotes germinales de nuevos procesos. No es que la reflexión invente esas tendencias, sino que señala alguno de sus rumbos posibles, antes que aquellas terminen de despuntar de manera clara.

Creo que la situación actual del pensamiento crítico latinoamericano se aproxima más a este segundo momento, lo que nos puede dar una idea del sentido, alcances y limitaciones que puede tener hoy la reflexión y el trabajo intelectual desde la preocupación por construir proyectos alternativos.

En todo caso, se debe contemplar que la relación entre reflexión y actores no siempre termina por conjugarse. La mejor propuesta quedará reducida a esa condición, y no de proyecto, mientras no existan —o no se integre con— actores que tengan vocación y capacidad de impulsarla. Actores movilizados, pero sin proyecto, por otra parte, es otro de los desfases que puede presentar la historia.

Crisis de proyectos civilizatorios y de paradigmas

Un problema dentro de la urgencia actual por la reflexión crítica es que ella debe llevarse a cabo en medio de un clima intelectual, político e institucional que no le es especialmente favorable. Mencionemos, por ejemplo, que el auge del pensamiento neoliberal y neoconservador y de sus proyectos políticos en los últimos años ha provocado efectos negativos para el desarrollo del pensamiento crítico. Aquí se debe considerar desde los aspectos más generales y burdos, como los golpes militares que se sucedieron en América Latina desde fines de los años sesenta y que culminan en Argentina en 1976, con el cierre de instituciones dedicadas a la docencia e investigación en ciencias sociales, la persecución y encarcelamiento de intelectuales, hasta los aspectos más parciales y refinados referidos a qué debe considerarse de rango científico en ciencias sociales y, por tanto, qué debe investigarse, escribirse y publicarse.

Efectos similares provocó la debacle política del llamado mundo socialista, proceso que empata con el auge neoconservador [que se inicia políticamente con los gobiernos de Thatcher en Inglaterra (1979) y Reagan en Estados Unidos (1981)] y que se ve alimentado de alguna manera por ese auge, pero que tiene sin embargo sus propias razones internas, de mayor peso, para comprenderlo.

La utopía socialista y el marxismo se ven seriamente conmocionados por estos dos procesos. La discusión sobre el desarrollo y los proyectos alternativos se debe llevar adelante en condiciones adversas. Pero esta adversidad ha sido una característica bastante recurrente en la producción de algunas de las más importantes contribuciones del pensamiento crítico a las ciencias sociales¹⁷ (como también ocurrió siglos atrás en las ciencias naturales; baste recordar el conocido caso de Copérnico y su *é pur si muove*).

Un problema del pensamiento crítico es precisar cuáles son los puntos en los que tiene que ser intransigente y cuáles deben ser objeto de agudas críticas y abandonos.

El asunto no es fácil si consideramos que estas decisiones se tiene que tomar en un contexto en donde la utopía socialista se encuentran en entredicho y el paradigma de reflexión que le sirvió de sustento en el último siglo, el marxismo, se encuentra en crisis.¹⁸

En todo caso, es importante considerar que la crisis del socialismo y el derrumbe de las sociedades del llamado socialismo real forman parte de un proceso más general referido a la *crisis de los proyectos civilizatorios*, en la cual se incluye también al capitalismo realmente existente.

Si en la periferia hace tiempo que el capitalismo dejó de ser un proyecto de modernización progresista, esta condición también comienza a perderse, y con mucha fuerza, en el propio mundo desarrollado. El problema no es sólo un asunto moral y ético sino que alcanza terrenos mucho más tangibles: la destrucción que propicia el capitalismo en el medio natural; su pérdida de legitimidad como modelo que resuelve las necesidades de las futuras generaciones en materia de empleo y mejores condiciones de vida; las dificultades,

17 Un ejemplo, entre muchos, de esta afirmación es el represivo clima político y las difíciles condiciones personales en las que Antonio Gramsci realizó su producción fundamental, reunida en los llamados *Cuadernos de la cárcel* (varias ediciones).

18 La discusión del tema desborda los límites de este ensayo. Asumo de manera general la idea, aunque entiendo que hay muchas corrientes dentro del marxismo y que no todas se ven igualmente afectadas, ni por los mismos problemas.

en general, de sostener y elevar la calidad de vida; el crecimiento de la pobreza, de los *homeless*, de migraciones que trasladan al mundo desarrollado la degradación que el capitalismo ha generado en la periferia. La lista podría seguir ampliándose.

La crisis del marxismo, por otra parte, también forma parte de una crisis generalizada de paradigmas. La teoría de la democracia liberal se encuentra cuestionada; el neoliberalismo hace agua. No existe en este momento ningún cuerpo teórico que la crisis de proyectos civilizatorios no esté poniendo en cuestión.¹⁹

En esta situación es normal que sean más las dudas e incertidumbres que las certezas. ¿Cuáles podrían ser algunas certidumbres? El riesgo de hacer un listado es enorme, pero podríamos señalar las siguientes: el capitalismo, como cualquiera de los órdenes económicos que le precedieron, tiene un carácter histórico, por lo que en algún momento se verá sometido a una crisis terminal; en su reemplazo puede emerger un orden social en donde la libertad positiva y la justicia social alcancen mayores equilibrios sociales, en donde la convivencia del hombre con su entorno natural sea menos depredador y destructivo y exista mayor cooperación y solidaridad entre los hombres.

Esta utopía, dibujada con líneas muy gruesas, tiene poco que ver con las verdades incuestionadas de lo que conocimos hasta ahora con la noción de socialismo. Piezas sueltas de las experiencias del socialismo real es posible que puedan recogerse. Pero vistas en su globalidad, lo más seguro es que se necesite pensar las cosas a partir de un cambio radical.

En todo caso, la doble crisis de proyectos civilizatorios y de paradigmas puede constituir un aliciente para la reflexión, en tanto se rompen fronteras y respuestas conocidas y obliga a formular nuevos interrogantes y problemas.

Paradigmas y política

¿Por qué las ciencias sociales latinoamericanas —a partir de los años ochenta— abandonaron u olvidaron los problemas planteados por las teorías del subdesarrollo y de la dependencia, a pesar de que constituyen en aportes fundamentales al debate y comprensión de nuestra realidad?

Aquí es importante señalar que cuando se producen cambios de paradigmas, se asiste a una verdadera reconstrucción teórica en donde si bien

19 Un lúcido análisis de estos problemas puede verse en E. Hobsbawm, "Crisis de las ideologías: liberalismo y socialismo", en revista *Memoria*, núm. 41, abril de 1992, México.

aparecen nuevos problemas, nuevos conceptos y categorías, al mismo tiempo se dejan en el camino muchos problemas relevantes, así como conceptos y categorías, por lo que —en momentos de esa naturaleza— así como se producen ganancias, también se sufren pérdidas en el terreno del conocimiento. Esta es una de las razones que aduce Kuhn para desechar la idea de las revoluciones científicas como acumulación de conocimientos.²⁰

Los cambios en materia de paradigma que viven las ciencias sociales latinoamericanas en la segunda mitad de los años setenta y en los ochenta expresan la emergencia de un nuevo horizonte de reflexión en torno a problemas como los de la democratización, los movimientos sociales, la cultura política, el individuo y el ciudadano, todos ellos relevantes. Pero estos nuevos problemas no aparecen ensanchando el horizonte de reflexión que se abrió con los temas del subdesarrollo y la dependencia. No cabe duda que la historia de las ciencias sociales latinoamericanas sería otra si en vez de asumirse como una propuesta teórica alternativa —como en los hechos ocurrió— los nuevos temas hubieran ampliado el campo de la reflexión.

¿Pero por qué fue necesario reemplazar, más que agregar?

Las razones son principalmente políticas, con repercusiones en el campo teórico, aunque también existen elementos propiamente teóricos en el fenómeno.

La teoría de la dependencia había llegado a un punto en donde las consecuencias políticas de su reflexión iban estrechamente ligadas a la idea de ruptura con el orden capitalista. Restringidas a operar en los límites impuestos por el capitalismo, las naciones latinoamericanas no podían esperar otra cosa que la reproducción del subdesarrollo.

Las propuestas alternativas a la dependencia pasaban, por tanto, por la ruptura. El horizonte perfilado era socialismo o dependencia. En este cuadro, las propuestas reformistas tenían sentido en tanto abrieran espacios para la revolución. De lo contrario, sólo servían para ocultar viejas y nuevas modalidades de la condición dependiente.²¹

20 Véase, *La estructura de las revoluciones científicas*, op. cit., pp. 154 y s., 262.

21 En un ensayo crítico, Tomás Moulián señala que los "dependentistas radicales" afirmaron que el "reformismo" se había agotado en América Latina, lo que implicaba que "no se podía pasar del subdesarrollo al desarrollo dentro del capitalismo". Véase "El marxismo en Chile: producción y utilización". *Documento de Trabajo. Serie Estudios Políticos* núm. 7, Flaco, Chile, enero de 1991, p. 61. Aquí cabría una aclaración: la idea del agotamiento no debe entenderse en el sentido de que las políticas reformistas no pueden seguir vivas, como en los hechos ha ocurrido.

El clima político de la época fue un elemento que favoreció la estrecha relación entre dependencia y revolución. La efervescencia teórica y política que produjo la revolución cubana llegó a los más variados rincones del subcontinente. La idea de una posibilidad revolucionaria fue un elemento de la vida política cotidiana. En Chile, un partido político de centro, la Democracia Cristiana, alcanzará el gobierno en 1964 con el lema de “revolución en libertad”, y en 1970 se inician los mil días del gobierno de Salvador Allende, el cual se plantea alcanzar el socialismo.

Fue en Chile justamente, en medio de este clima, en donde se produjeron los principales trabajos en torno al subdesarrollo y la dependencia. La sede principal de la CEPAL se encuentra en Santiago y fue en esa institución y en otros centros académicos en donde se congregaron Prebisch, Pinto, Furtado, Cardoso, Faletto, Quijano, Sunkel, Paz, Dos Santos, Frank, Marini, Bamberger, Vasconi, Vuskovic, Caputo y muchos otros apellidos ilustres en la materia.

El elevado grado de compromiso de los teóricos de la dependencia con la idea de la ruptura es un elemento clave —junto a la represión y la desarticulación de equipos de trabajo— para explicar el caos teórico que sigue a la derrota de la revolución en Chile y a la fase contrarrevolucionaria que gana vida en la mayoría de los países del cono sur latinoamericano.

A poco andar, los procesos en marcha pusieron en evidencia que la contrarrevolución política era la cara de una nueva reorganización societal capitalista, en donde la revolución se esfumó en el horizonte. En pocos años se perdió todo o casi todo.

En medio de la desarticulación de las instituciones en donde se produjeron los principales estudios, la diáspora y el nuevo clima marcado por la derrota política, el eje de la discusión teórica se desplazó a la caracterización de los nuevos regímenes militares: fascismo o dictaduras militares fueron las nuevas coordenadas del debate.²² La preocupación por las características del capitalismo latinoamericano se mantuvo por algún tiempo filtrada por la discusión de los nuevos sistemas de dominación. Posteriormente los propios teóricos de la dependencia abandonan la producción sobre estos temas y dejan el campo abierto para que nuevos paradigmas ganen espacios en la academia y en la política.

22 Una buena síntesis de esas discusiones puede verse en “La cuestión del fascismo en América Latina”, vv. AA., *Cuadernos Políticos*, núm. 18, octubre-diciembre, 1978, Era, México.

Ni el triunfo de la revolución sandinista en Nicaragua, en 1979, ni la efervescencia social que se vivió en Centroamérica a comienzos de la década de los ochenta permitió revertir esta situación. El peso de las sociedades del cono sur en los estudios de la dependencia fue demasiado importante y no es exagerado afirmar que los intelectuales que más aportaron al desarrollo de esta teoría desconocían la situación de las naciones centroamericanas. No es casualidad que en los diversos estudios sobre la situación del capitalismo en Centroamérica y sobre la revolución en esa zona, que se escribieron en los ochenta, no aparezca ninguno de los nombres antes citados.

Entre los factores propiamente teóricos que explican la emergencia de nuevos cuerpos teóricos y nuevos problemas en las ciencias sociales cabría mencionar la poca o nula importancia que se le asigna a la democracia en los estudios de la dependencia y la revolución. También la preponderancia de los factores estructurales en los análisis y el casi total olvido de los sujetos o —cuando éstos son considerados—, la asunción de las clases y dentro de éstas, de las clases “hacedoras” de revoluciones, como los actores privilegiados, dejándose de lado o minimizándose la importancia de estudios referidos a ciudadanos, individuos y movimientos sociales, en donde la impronta clasista no esté en primer plano.

Más en general, lo que comienza a manifestarse es la búsqueda de nuevos referentes teóricos para discutir los nuevos problemas, ante deficiencias reales presentes en ciertas corrientes teóricas marxistas (mecanicismo, reduccionismo, determinismo y muchos otros “ismos”), y otras no tan reales que obedecen a la lógica conservadora de los nuevos tiempos.

El desarrollo como utopía

El desarrollo es una de las metas anheladas por los gobiernos y por los pueblos desde que las sociedades entraron al mundo de la modernización. Después de la Segunda Guerra el tema alcanzó un carácter universal.²³ Para América Latina el desarrollo es una meta inalcanzable. Ya han sido varios los momentos en donde —al igual que los espejismos de agua en el desierto— mientras más nos acercamos, más lejos se nos presenta.

Esto obliga a desechar las ideas fáciles y las fórmulas mágicas. El desarrollo es una originalidad histórica en donde el camino seguido por una

23 Véase de Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo Veintiuno editores, México, 1970.

sociedad nunca se ha vuelto a repetir. Los modelos en ciencias sociales son siempre formalismos; las más de las veces formalismos huecos.

A América Latina le ofrecieron en la segunda mitad de este siglo muchos modelos a seguir. En un tiempo fueron Inglaterra, Estados Unidos, las experiencias históricas clásicas. Más tarde Japón y la imbricación de la racionalidad estatal y empresarial. Hoy algunos "tigres" del sudeste asiático, como Corea del Sur o Taiwán. Últimamente también China.

No cabe duda que la historia y el estudio de diversas experiencias puede darnos algunas pistas y enseñanzas. Tendremos así ciertos denominadores comunes en casos en donde el desarrollo fue posible (como transformaciones agrícolas, ingerencia estatal, capacidad de adaptar y generar tecnologías, desarrollo de una clase empresarial no rentista) y otros en donde el subdesarrollo persiste (carencias de los elementos anteriores, desequilibrios y deformaciones diversas). Pero estos elementos no son más que piezas sueltas de un rompecabezas, descripciones que reclaman pasar al nivel de las articulaciones y explicaciones.

Una teoría del desarrollo y del subdesarrollo, en el marco de la constitución y reproducción del capitalismo como sistema mundial, es vital para enfrentar la empresa de las alternativas de América Latina.

Al mismo tiempo es fundamental contar con una *interpretación de la originalidad de nuestra región*, en donde la reflexión no puede ser asumida como la simple sumatoria de partes, sino que exige una reinterpretación global. En estos puntos reside uno de los aspectos fundamentales a rescatar de las teorías latinoamericanas del subdesarrollo y de la dependencia.

Tras distinguir entre atraso y subdesarrollo, Pipitone señala que el capitalismo ha mostrado capacidad para lograr que economías atrasadas puedan alcanzar el desarrollo. Pero ha sido ineficiente en permitir que las sociedades subdesarrolladas puedan cruzar esa frontera.²⁴ Si esto es así, y la historia parece avalar lo anterior, el desarrollo en América Latina sólo será posible en el contexto de una nueva economía y una nueva sociedad (que a falta de otro nombre seguiremos llamando socialista).

Como ya hemos visto, la teoría de la dependencia puso de manifiesto que el desarrollo latinoamericano sólo es posible a partir de la ruptura. Hablar de dependencia —en último término— es hablar no sólo de recuperar autonomía política y económica frente al mundo exterior. Lleva a considerar la necesidad

²⁴ Véase *La salida del atraso: un estudio histórico comparativo*, op. cit., p. 26 y s.

de modificar las relaciones sociales y las estructuras locales que *internalizan y reproducen* el subdesarrollo.²⁵

El “compromiso” de la dependencia con la ruptura no significa suponer, como ocurrió en los años sesenta y parte de los setenta, por el clima reinante, que el nuevo orden está a la vuelta de la esquina. Por otra parte, ese compromiso no invalida la riqueza teórica y metodológica presente en el paradigma de la dependencia para la comprensión de América Latina, tarea intelectual que en estos tiempos parece más urgente que nunca.

En el actual ordenamiento económico-social no hay espacios en América Latina para el desarrollo, para “economías con rostro humano”, para “transformaciones con equidad”, o cualquier otro nombre que se quiera darle a las utopías de alcanzar sociedades más justas. Esto —dado el “espíritu de época literalmente reaccionario”²⁶ que predomina— es difícil de aceptar. ¿Pero dónde están los referentes para afirmar otra cosa?

Las limitaciones para lograr el desarrollo latinoamericano en las actuales condiciones refuerzan su condición de utopía. Pero parece una constante el que toda reflexión alcance una condición utópica en tanto no aparezcan los puentes que la ligen con actores y le den viabilidad.

Aferrados a un serio esfuerzo reflexivo, al pensamiento crítico le corresponde seguir prefigurando utopías. En esta tarea no se encontrará solo. El propio Raúl Prebisch, hacia sus años finales, después de una larga vida dedicada al esfuerzo teórico de construir una salida para el atraso latinoamericano y de incidir en la definición de políticas para tal efecto, terminó dibujando utopías cuando pensó que la salida del subdesarrollo se encontraba en una sociedad (que sólo existía en su cabeza) que fuese capaz de combinar la libertad del capitalismo con la justicia social del socialismo.²⁷ En el campo

25 Los planteamientos anteriores requieren ser repensados a la luz de los procesos de integración y de globalización, que rebasan los límites de este ensayo.

26 Jürgen Habermas, en *Escritos Políticos*, Editorial Península, España, 1988.

27 Véase de Raúl Prebisch “Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo”, en *Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 5, 1984, México. Allí Prebisch señala que su reflexión se dirige “a una versión del socialismo basada en la libertad del individuo y en nuevas formas de convivencia social”, deseando que esta fórmula pueda ser la socialdemocracia europea. Frente a este planteamiento Hodara se pregunta: “¿Cuál es el sistema innominado que Prebisch propicia? Por supuesto, uno que compatibilice crecimiento dinámico y equitativo con libertad. Más, ¿dónde ha cristalizado empíricamente? Su falta de respuesta reconfirma mi tesis: Prebisch se interesa en la reflexión utópica, juicio que parece ‘sacrilegio’ a alguno de sus devotos seguidores”. Véase de J. Hodara, *Prebisch y la CEMAL*, El Colegio de México, México, 1987, p. 106.

de la filosofía política planteamientos como los de Norberto Bobbio en torno al socialismo liberal caen también en esos territorios.²⁸

¿Y dónde está la viabilidad de un proyecto como el formulado por CEPAL en su propuesta de una “transformación productiva con equidad”²⁹? ¿Dónde están los actores que puedan ponerlo en práctica? ¿No estamos, también en este caso, ante una utopía más?

El problema de la teoría crítica es precisar utopías que se fundan con la racionalidad histórica, lo que demanda un esfuerzo de reflexión que se imbrique a tendencias reales.

Para cualquier utopía sobre el desarrollo desde el pensamiento crítico latinoamericano, así como para dibujar las posibles fronteras de cualquier proyecto alternativo, es fundamental una reflexión sobre las particularidades de América Latina en el marco de su incursión cambiante en la economía mundial, las razones internas del subdesarrollo y la dependencia y por qué seguimos en esa condición, a pesar de los enormes esfuerzos sociales desplegados. En esta tarea, retomar las líneas formuladas por la CEPAL y en especial por la teoría de la dependencia, nuestros clásicos en la materia, aparece como un paso ineludible.

28 Véase los planteamientos de Perry Anderson y el debate que sostiene con Norberto Bobbio al respecto en *Socialismo Liberalismo. Socialismo Liberal*, de Anderson, Bobbio y Cerroni. Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1993.

29 Véase *Transformación productiva con equidad*, Santiago de Chile, 1990 y *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*, Santiago de Chile, 1992.

Neoliberalismo y globalización

Al igual que las monedas, hay palabras que se degastan con el uso. Cuando ello ocurre, los problemas que nombran aparecen opacos. Quizá esto sucede hoy con los términos neoliberalismo y globalización, por más claras que nos parezcan sus consecuencias. En la polifonía de voces que los mencionan no siempre se habla de lo mismo. Como los santos de pueblo, neoliberalismo y globalización son términos que se han desfigurado de tantos milagros reclamados.

Si nos preocupa perfilar un proyecto que le sea alternativo tenemos la necesidad de precisar a qué nos oponemos y frente a qué queremos construir algo diferente. Esta tarea parece justificada cuando se califica como neoliberal a cualquier planteamiento que hable de mercado, globalización, apertura, eficiencia o simplemente democratización. Aquí reside —y este es otro problema que abordamos en el ensayo— uno de los factores que otorgan fuerza al proyecto neoliberal.

Los rostros del neoliberalismo

Existen por lo menos cuatro fenómenos a los que nos referimos cuando hablamos de neoliberalismo. Ellos presentan interrelaciones, pero son procesos distintos, por lo que ameritan respuestas específicas.

En la visión más restringida el neoliberalismo es una política económica, es decir, un conjunto de instrumentos que maneja el Estado para intervenir en la economía.¹ La política económica neoliberal descansa en dos supuestos elementales: el dinamismo intrínseco del sector privado como agente de desarrollo, y la incuestionable eficacia del mercado, en tanto funcione libre de controles estatales.²

1 Hay diversas visiones de qué entender por política económica. Véase, por ejemplo, "Introducción", de Gerardo Aceituno; "Sobre los enfoques de política económica", de Samuel Lichtensztein y "Notas para una discusión sobre política económica y la experiencia latinoamericana" de Pedro Vuskovic, todos ellos en *Lectura de Política Económica*, FE-UNAM, México, 1982.

2 Véase de Joseph Ramos, *Política económica neoliberal en países del Cono Sur de América Latina, 1974-1983*, FCE, México, 1989, p. 21.

Algunas manifestaciones de la puesta en marcha de esta política económica, en las actuales circunstancias, se pueden ver en los procesos de privatización, la desregulación de la economía y la retirada del Estado de los servicios sociales.

En los años cincuenta, en varios países de América Latina se aplicaron planes monetaristas con el fin de controlar la inflación. Las políticas económicas de corte neoliberal ya tenían antecedentes en Chile (1956-58), Argentina (1959-62), Perú (1959), Bolivia (1956) y Uruguay (1959-62). Pero a diferencia de aquellos años, en donde el monetarismo neoliberal tuvo un papel restringido, *en la actual experiencia el neoliberalismo es convocado para provocar cambios estructurales*, a fin de reorganizar la economía en su conjunto. Esto nos remite a una segunda visión.

Es común que se hable del “modelo neoliberal”. ¿A qué se hace referencia en este caso? La noción de modelo en el campo económico es empleada para dar cuenta de la organización estructural de la economía, es decir, a algo distinto de la política económica. Esa organización estructural es definida como modelo de desarrollo, estilo o patrón de desarrollo, patrón de acumulación o patrón de reproducción, dependiendo de diversos enfoques sobre el tema.³

Es cierto que un determinado patrón reproductivo reclama, para constituirse y funcionar, de determinadas políticas económicas. Ciertas políticas son más afines que otras para alcanzar determinados objetivos presentes en un patrón, y su aplicación dependerá, entre otras razones, de fuerza social. Pero la interrelación de políticas económicas y patrón reproductivo no autoriza a confundirlos.

En la actual economía internacional, que se reorganiza, las franjas del capital que encabezan este proceso reclaman una política económica neoliberal para tales efectos. Sólo en este sentido parece pertinente la noción de “modelo neoliberal”: una política económica que se aplica en muchos países y de manera más o menos simultánea, en tanto modelo o recetario, para provocar transformaciones estructurales. Emplearlo para nombrar los patrones reproductivos puede conducir a graves equívocos, porque supondría que

3 Por ejemplo, el estructuralismo cepalino gusta hablar de ‘estilos de desarrollo’, en tanto autores adscritos al marxismo utilizan la idea de ‘patrones de acumulación’ o ‘patrones de reproducción del capital’. Véase de Aníbal Pinto, “Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina”, *Revista de la Cepal*, núm. 1, Santiago, 1976; José Valenzuela, *Qué es un patrón de acumulación?*, FE-UNAM, México, 1990; Ruy Mauro Marini, “Sobre el patrón de reproducción del capital en Chile”, *Cuadernos de Cidamo*, núm. 7, México, s/f.

los que se construyen en Brasil, Inglaterra, Honduras, Nueva Zelanda, El Salvador o Ecuador son similares, cuando son más relevantes las diferencias, además de ayudar a confundir políticas económicas y patrones reproductivos.

En el marco de la crisis de las políticas económicas y los patrones productivos que han sido englobados en la noción de Estado de bienestar, las políticas neoliberales fueron convocadas, en primer lugar, para hacer frente a agudos o crónicos procesos inflacionarios. Su aplicación se hizo en un cuadro de necesidades de cambios estructurales en el campo económico, que se extendió posteriormente al terreno político.

En este terreno, el neoliberalismo es también un proyecto de refundación societal. Aquí, a los aspectos de política económica y modelo, la noción de neoliberalismo asume —a lo menos— las propuestas políticas de lo que se ha dado en llamar el pensamiento neoconservador.⁴

Al igual que en el campo económico, en donde se le atribuyen al mercado racionalidades que emergen de la acción de individuos que buscan optimar beneficios, con resultados positivos para el conjunto de la sociedad, el mercado político termina por generar los mejores resultados en términos sociales, sobre la base de racionalidades individuales que buscan alcanzar “más que menos”, al decir de Buchanan y Tullock.⁵

En este nivel el neoliberalismo pone en discusión desde las alianzas de clase que sostuvieron a los Estados de bienestar o simplemente las democracias liberales, hasta los espacios institucionales para realizar acuerdos y dirimir conflictos.⁶

Por último, está la visión del neoliberalismo como ideología: respuesta única a los problemas actuales. Esto nos remite a la capacidad del neoliberalismo de penetrar los más diversos poros del sentido común de nuestra época y de hacerse fuerte no sólo en los aspectos teóricos y políticos anteriores, sino también en los tejidos que construyen y se construyen en la cotidianeidad.

Veamos algunos elementos que le dan vida a esta visión neoliberal, la que conjugada con las concepciones anteriores conforman un red con un tejido

4 Categoría que agrupa a corrientes teóricas diversas. Véase de George Nash, *La rebelión conservadora en Estados Unidos*. Editorial Gel, Buenos Aires, 1987.

5 Véase, *El cálculo del consenso. Fundamentos lógicos de una democracia constitucional*, Espasa-Calpe, Madrid, 1980, p. 43 y s.

6 Es en esta visión que tiene sentido la afirmación de Atilio Borón en cuanto que “la democracia es el verdadero enemigo, aquello que está en el fondo de la crítica antistatista del neoliberalismo. No es al Estado al que se combate, sino al Estado democrático”. Véase, *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Ediciones Imago-Mundi, Buenos Aires, 1991, p. 140.

denso, que sirve al capital para realizar y justificar la reorganización y reestructuración de economías nacionales y de la economía mundial.

La fuerza del neoliberalismo

Se ha señalado, y con razón, que las políticas económicas neoliberales alcanzan resultados exitosos en el control inflacionario.⁷ También debe destacarse la capacidad del neoliberalismo de reorganizar la economía. Para el caso específico de América Latina, la producción y la distribución en muchos países funcionan sobre nuevas bases luego de las recetas neoliberales. La novedad, sin embargo, no está tanto en el tipo de valores de uso que se producen (caso de Chile que sigue exportando cobre, vinos, maderas, frutas y productos del mar), sino en las formas de organización societal (sociales, económicas y políticas) para producirlos y distribuirlos.

Aquí, en tanto política económica, el neoliberalismo ha acompañado la destrucción de antiguos patrones productivos, para sentar las bases e iniciar la construcción de otros, volcados preferentemente al mercado mundial. Sin embargo, estos nuevos modelos reproductivos⁸ manifiestan escasa capacidad para dinamizarse y crecer. Salvo Chile, en el resto de los países de la zona las tasas de crecimiento manifiestan débiles o erráticos comportamientos.

Frente a tan pobres resultados y a los agudos costos sociales que acompañan al modelo neoliberal cabe preguntarse por qué el neoliberalismo ha ganado tantas posiciones, pudiendo, además, presentarse como la única opción para nuestros tiempos.

Para comenzar a pensar sobre este tema es necesario desechar la idea de que la agudización de problemas que provoca el neoliberalismo se traducirá de inmediato en un debilitamiento de este discurso. Todavía el neoliberalismo presenta un vigor que no debe ser menospreciado.⁹

Hay un evidente desfase entre lo que dice la teoría neoliberal y los resultados en la realidad. Las ideas del mercado como organizador eficiente de equilibrios, de la racionalidad de los agentes económicos, de las derramas de beneficios, por ejemplo, no se compadecen con lo que realmente ocurre. Este

7 Existe consenso al respecto entre Perry Anderson, Goran Therborn, Pierre Salama, Emir Sader y otros autores. Véase Emir Sader (coord.), *Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado democrático*, Paz e Terra, Sao Paulo, 1995.

8 Que para el caso de América Latina han sido calificados como "secundario-exportador" (Valenzuela, *op. cit.*), o de "especialización productiva" (Marini, *op. cit.*), entre otros.

9 Como tampoco debe ser sobreestimado y no reconocer las fisuras que presenta.

desfase existe siempre entre teoría y realidad. Pero la ideología neoliberal tiene la capacidad de salvar esas distancias haciendo que lo negro se presente como blanco. No es, por tanto, solo en su estructura teórica (como tampoco lo fue en el del keynesianismo, por ejemplo), en donde encontraremos explicaciones a la situación.

Pero hay conjugaciones entre necesidades y discursos, en determinados momentos históricos, que convierten a ciertos planteamientos en el sentido común de una época, más allá de la calidad y la veracidad de sus supuestos. ¿Dónde radica entonces la fortaleza del neoliberalismo?

El primer asunto que nos interesa destacar es que el neoliberalismo desarrolló la capacidad de apropiarse de triunfos y éxitos ajenos y de hacer aparecer como responsabilidades de otros las derrotas y fracasos que le pertenecen. Esta capacidad estará presente en muchos de los puntos que abordaremos en lo que sigue.

Allí está la idea de que Japón, junto a Corea y otras naciones de los llamados "tigres" del sudeste asiático constituyen modelos a seguir y que representan la expresión palpable del éxito de las políticas neoliberales. Nada más ajeno a la verdad, como lo demuestran los estudios que destacan el fuerte peso del Estado, de la planificación, del proteccionismo y de la articulación Estado-empresas privadas, como elementos fundamentales para comprender los logros de aquellas economías.¹⁰

Sorprende también la capacidad del neoliberalismo para responsabilizar a los más variados actores o procesos de la agudización de la pobreza, de los costos sociales derivados de las políticas de ajuste neoliberal o de la falta de crecimiento de los sectores productivos. Así, por ejemplo, tras las propuestas del Banco Mundial frente a la pobreza, este organismo, uno de los principales transmisores internacionales de las recetas neoliberales, aparece hoy como una de las instancias más preocupadas por encontrar soluciones al problema.¹¹

El derrumbe del antiguo campo socialista fue capitalizado por la ideología neoliberal. En Europa del Este habría triunfado la economía de mercado (que no es sinónimo de neoliberalismo) frente a la omnipresencia estatal y al aplastamiento de las iniciativas empresariales presentes en la población. Así

10 La fuerte presencia estatal también está presente en los éxitos de la nueva economía chilena, el "puma" del Cono Sur. Véase al respecto de Patricia Olave, *El neoliberalismo en Chile y la construcción de una nueva economía*, Ediciones El Caballito/UNAM, México, 1997.

11 Véase, *Informe sobre el desarrollo mundial 1990. La pobreza, indicadores del desarrollo mundial*, Banco de México, Washington, 1990.

fue vendida por los propagandistas la debacle del socialismo real en Europa del Este, proceso que dio nuevos bríos a la ideología neoliberal. Es más, muchos de los gobernantes en esa región del mundo proclamarán su fe y sus creencias en esa doctrina, incorporando nuevas regiones al reino neoliberal en la tierra.

Siendo el punto anterior un asunto clave, debe considerarse que la fuerza y el empuje del neoliberalismo también hay que buscarlo en la identificación que establece con los procesos de globalización y su apropiación de los imaginarios ligados a las nociones de modernidad, eficiencia y calidad.

Globalización: civilización y barbarie

La globalización remite a una nueva era de la humanidad, a una nueva etapa civilizatoria signada por la enorme circulación de una masa y variedad de mercancías provenientes de los más apartados rincones de la tierra; comunicaciones por redes electrónicas que se multiplican; productos culturales mundializados; señales “en vivo y en directo” de guerras, giras papales o conciertos en cualquier lugar del planeta, fenómenos diversos que han intentado ser aprehendidos bajo las nociones de “aldea global” (Marshall McLuhan), “tercera ola” (Alvin Toffler), “sociedad informática” (Adam Schaff), y otras.¹² Pero también remite –con su actual modalidad– a mayor pobreza, irracionalidad y desigualdad entre países. En definitiva y desde sus actuales parámetros, remite a una forma bárbara de civilizar.

Al apropiarse de la globalización en sus expresiones civilizatorias, el neoliberalismo se muestra como un proyecto transformador. Más aún, alimenta la idea de ser el único proyecto que transforma “hacia adelante”, cargado de novedades.

El mismo efecto produce la imagen neoliberal de generar instituciones, empresas y, en general, países eficientes, productivos y con resultados de calidad, que tienen la capacidad de generar bienes que pueden competir frente a mundos tecnologizados y robotizados.

Podemos discutir qué tan ciertas son estas cuestiones. Pero el papel de las ideologías no es reflejar lo verdadero, sino crear imaginarios que ganan vida y se retroalimentan de aspectos sesgados de la propia realidad.¹³

12 Para una revisión de las diversas “métáforas” en torno a la globalización, véase de Octavio Ianni, *Teorías de la globalización*, Siglo Veintiuno editores/UNAM, México, 1996.

13 Imaginarios que no siempre funcionan, como puede desprenderse, por ejemplo, de los recientes fracasos electorales de algunos gobiernos impulsores de políticas neoliberales en Europa del Este.

Lo anterior pone de manifiesto que en la discusión de alternativas es necesario romper las identidades que el neoliberalismo establece con los procesos de globalización y modernidad y con las nociones de calidad y eficiencia.

Neoliberalismo y globalización

El capitalismo tiene una vocación planetaria. Esa vocación la realiza a saltos y hoy estamos en uno de ellos. La conformación de la economía, como economía mundial, ha dado efectivamente un salto espectacular en los últimos años. A estas transformaciones se les califica como globalización.

El abuso de este término lo ha convertido también en un concepto opaco. O quizá su opacidad viene de sus imprecisiones de siempre. ¿De qué da cuenta realmente la globalización? ¿De una etapa dentro del desarrollo del capitalismo? Y si es así, ¿cuáles son los conceptos que dan cuenta de las etapas anteriores? Entonces, ¿con cuáles conceptos se conjuga?

Hay muchos problemas no resueltos en este terreno. Para los fines de este trabajo recojamos la siguiente visión: en el campo económico la globalización significa un nuevo estadio en la conformación del mercado mundial, tras los grandes avances en materia de transporte y comunicaciones y con los procesos de apertura de diversas economías. Los cambios propiciados por la revolución tecnológica que nos acompaña (en la biotecnología, la microelectrónica, la robótica, los nuevos materiales), junto a los cambios antes señalados, propician una nueva división internacional del trabajo. En esos movimientos nos encontramos hoy en día.

La nueva revolución tecnológica y la globalización se han visto alentadas por los procesos de "acumulación forzada" inherentes a las políticas neoliberales. Apoyadas en estas últimas, aquellos procesos han avanzado más de prisa.

Sin embargo, es necesario distinguir entre la globalización, en tanto nuevo estadio civilizatorio (y de barbarie) y el acento que le imponen a ese proceso el capitalismo y más en particular las políticas neoliberales. Hay una forma neoliberal de participar en la globalización y de orientarla, pero también hay otras formas de participar en ella y de darle un signo.

En otras palabras, el neoliberalismo y los intereses sociales que tras él se esconden, intentan darle una orientación determinada a la globalización. Pero hay otras formas y otros intereses que pueden darle a ésta una orientación distinta.

Así como la globalización es un proceso que rebasa al neoliberalismo, también lo rebasan las ideas de eficiencia y calidad. Se puede ser eficiente y

producir con calidad sin ser neoliberal. Más aún, la forma neoliberal de eficiencia (individual) está preñada de irracionalidades sociales que pueden llevar (y están llevando) a la mayoría de la población a la barbarie y al planeta a su destrucción.¹⁴ Sin embargo, el discurso neoliberal se ha apropiado de estos términos y esto provoca que quien se atreva a hablar de aperturas, globalización o eficiencia, desde cualquier trinchera, tienda a ser catalogado de neoliberal, con lo cual, además de ser una equivocación, permite regalar banderas, de manera gratuita, a un proyecto que dada su fuerza no necesita de mayores concesiones.

La forma neoliberal de aperturas económicas ha provocado que las barreras que ponen topes a la constitución de un gran mercado mundial (o, por lo menos, a mercados regionales más fluidos) sean derrumbadas más de prisa. Pero la forma neoliberal de aperturas no niega la importancia de abrir fronteras, ni hace a toda apertura un signo neoliberal.

Lo mismo se puede señalar respecto al mercado. Existen formas distintas de asumir al mercado como instancia económica. Una cosa es asignarle al mercado el papel central o dominante en una estrategia de desarrollo y otra considerarlo un elemento más dentro de un conjunto de mecanismos para lograr equilibrios o distribuir riqueza.

También es incorrecto suponer que lo neoliberal o no neoliberal se encuentra en la rapidez o lentitud de enfrentar ciertas medidas, con lo que, por ejemplo, se es neoliberal si las aperturas son rápidas y se es otra cosa si son lentas. *La clave está en los contenidos sociales que orientan y le dan sentido a las transformaciones.* Aquí radica el problema central. En pocas palabras, son los intereses sociales que predominen en el Estado y la sociedad los que definirán el curso de esos procesos: cómo nos globalizaremos, cómo asumiremos el mercado, las aperturas, etcétera. Todo esto nos remite al terreno político. Veamos algunos problemas.

La política en tiempos de globalización neoliberal

Hay tres conceptos que tienen un peso significativo entre los valores políticos de este fin de siglo: democracia, individuo y ciudadanía. Los tres forman parte de los actuales proyectos capitalistas (y neoliberales) de reorganización

14 Temas que han sido abordados en diversos trabajos por Franz Hinkelammert. Véase en particular *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*, Editorial DEI, San José, 1995; *Sacrificios humanos y sociedad occidental*, Editorial DEI, San José, 1992, y *Utopía, antiutopía y ética* (mimeo), 1995.

y refundación societal. Los tres deben formar parte central también de cualquier proyecto alternativo.

Es una paradoja que el pensamiento progresista, en este fin de siglo, tenga que recuperar las nociones de democracia, individuo y ciudadanía, disputándolos y debiéndolos arrebatar a los proyectos políticos del capital, que los ganaron y los convirtieron en temas nodales de su ofensiva ideológica y política.

Durante un largo tiempo la izquierda no convivió bien con estos términos (cuando no los rechazó o los mandó al fondo de su bodega ideológica). Allí se encuentra, en parte, la explicación de la paradoja anterior.¹⁵ Así, por ejemplo, si el pensamiento neoconservador (y neoliberal) comete actualmente el error de suponer que la racionalidad individual necesariamente provoca beneficios sociales, el pensamiento progresista (por decirlo de alguna manera) cometió el error de suponer que la búsqueda de metas colectivas necesariamente provocaría beneficios individuales, con lo cual lo individual fue relegado, cuando no estigmatizado.

Las tres nociones arriba mencionadas no son simples juegos conceptuales. Hay tendencias reales en el mundo actual que apuntan hacia la democratización, hacia la individuación y la ciudadanización. Pero también hay tendencias reales que buscan circunscribirlos a espacios reducidos e impedir su expansión y desarrollo.

Esta doble cara de la realidad no la entienden quienes por un lado sólo leen las tendencias que alientan estos procesos y verán, por ejemplo, procesos de transición democrática, olas democratizadoras o procesos de ciudadanización que avanzan de manera inexorable; o quienes sólo pondrán el acento en las contratendencias a esos procesos, que los limitan o los aplastan, negándose a leer los signos reales que presentan, caracterizando su identificación como simples manipulaciones discursivas de sectores dominantes.

El auge de los estudios sobre la llamada sociedad civil, de los “nuevos” movimientos sociales o sobre la democratización, con todas las imprecisiones (y carga política con la que emergieron) han tendido a dar cuenta de fenómenos reales.¹⁶

15 Proceso que hemos analizado en el ensayo “Los nuevos sociólogos”. Véase mi libro *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.

16 En el libro *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, op. cit., realizo un análisis de las condiciones para el surgimiento de este tipo de problemas y el sesgo como han sido tratados en las ciencias sociales.

El pensamiento conservador tuvo la ventaja de leer antes que la reflexión progresista esas tendencias y los hizo parte de su discurso. Pero les dio una lectura y una teorización adecuada a sus intereses. Así, democratización será sinónimo de reglas claras y simples procedimientos para la sana disputa entre élites y grupos de presión; la revalorización del individuo pasará a ser sinónimo de individualismo; las tendencias a la ciudadanización serán reducidas a la capacidad de optar entre ofertas políticas y en la posibilidad de depositar un voto en una urna.¹⁷

Los imaginarios que cada uno de ellos genera y el mundo posible de construir es mucho más rico que las formas mínimas como los entiende el pensamiento neoconservador. Una propuesta alternativa puede encontrar en estos términos –y en la crítica a la visión que de ellos realiza el discurso neoliberal y el propio liberalismo– una buena base para fundamentarse en el campo político. En esa propuesta se debe ponderar tanto lo procedimental como lo sustantivo de la democracia; romper con la visión individualista del individuo y revalorarlo, recuperando los equilibrios con las unidades sociales mayores (llámese sociedad, nación, etc.); la ciudadanía, en fin, entroncándola con las raíces sociales de los individuos y rompiendo con la figura de un mundo político de iguales sobre la base de una economía de desiguales.

Frente a la exclusión que en los campos económico, político y social realiza hoy el capitalismo bajo el manto de una globalización neoliberal, se debe oponer una propuesta inclusiva. Algo así como la necesidad de construir una sociedad en donde quepamos todos.¹⁸

De igual forma, ante la marginación que genera la globalización neoliberal a nivel internacional, es posible construir un mundo distinto, que parta del principio que debemos caber todos. Esto exige pensar en un mundo globalizado que responda a los intereses de las mayorías.

17 Sobre la construcción reducida de ciudadanía que realiza el capitalismo, puede verse el ensayo "Ciudadanía y explotación: la ruptura entre economía y política", incluido en este libro.

18 Esta idea está presente en muchos mensajes del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), de México.

Actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia

Si hay alguna reflexión que las ciencias sociales latinoamericanas pueden presentar –en una historia de las ideas– como algo original y sustantivo son las propuestas teóricas que se gestaron en torno a los problemas del subdesarrollo y la dependencia.

Ambas propuestas constituyen verdaderos paradigmas y a pesar de su riqueza fueron relegadas a lugares secundarios en los debates de los años ochenta, por razones en donde el peso de los cambios políticos ocurridos en América Latina –y su incidencia en el campo intelectual– juegan un papel destacado.¹

Diversos trabajos efectúan una buena síntesis de los principales aportes de las teorías del subdesarrollo y de la dependencia.² Por tal razón, aquí no pretendemos una exposición acabada de ellas. Más bien nos preocupa poner de manifiesto el *horizonte de visibilidad* que ambas teorías abrieron, la actualidad de alguno de sus aportes y el porqué –sin abandonar una visión crítica– siguen siendo una rica cantera para encontrar líneas de reflexión que nos permitan explicar muchos de los problemas que presenta nuestra región.

La exposición la dividiremos en tres apartados. En el primero presentaremos consideraciones generales referidas al campo teórico-metodológico propuesto por las teorías del subdesarrollo y la dependencia. En el

1 En el ensayo “Los nuevos sociólogos” analizo las razones de ese olvido. Véase *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana editores, México, 1995.

2 Sobre las tesis de la CEPAL y de Raúl Prebisch, véase en particular de Octavio Rodríguez *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo Veintiuno editores, México, 1980; de Adolfo Gurrieri, “La economía política de Raúl Prebisch”, en *La obra de Prebisch en la CEPAL*, (selección de A. Gurrieri); *Lecturas del Trimestre Económico*, núm. 46, tomo I, FCE, México, 1982; también *Prebisch y la CEPAL*, Joseph Hodara, El Colegio de México, México, 1987. En el libro *La teoría social latinoamericana*, Tomo II, Subdesarrollo y dependencia, de Ruy Mauro Marini y Mónica Millán (coord.), Ediciones El Caballito, México, 1994, se presentan una serie de ensayos sobre los aportes de la CEPAL y la teoría de la dependencia. Puede consultarse también mi ensayo “El marxismo latinoamericano y la dependencia” en *Las dos caras del espejo*, op. cit.

segundo nos centraremos en algunos de los aspectos que a nuestro juicio constituyen los principales residuos que cada una ha dejado al conocimiento de nuestra región. Por último, haremos una exposición crítica de los límites que presentan.

Cabe advertir que cuando nos referimos al paradigma del subdesarrollo estamos considerando la obra de la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), particularmente la gestada entre fines de los años cuarenta y comienzos de los años sesenta, periodo en donde Raúl Prebisch tuvo un papel destacado en la dirección de ese organismo.³

Se ha discutido sobre los orígenes de las ideas que formula Prebisch.⁴ Aquí habría que señalar que ninguna nueva teoría arranca de cero. Siempre existe un "clima intelectual" que hace posible que ciertas formulaciones, en un momento determinado y en la pluma de determinado autor, alcancen una cristalización que marca de manera clara los cortes con las visiones prevalecientes y abre nuevas perspectivas de análisis. Este papel le cupo a Prebisch respecto a la teoría del subdesarrollo.

Cuando hablamos del paradigma de la dependencia, hacemos especial énfasis a la obra en donde el tema alcanza su mayor madurez, *Dialéctica de la dependencia*,⁵ de Ruy Mauro Marini, autor que —al igual que Prebisch—, recoge una serie de propuestas que flotaban en el ambiente, rearticulándolas, reformulándolas y añadiéndoles la impronta de su original interpretación, amén de gestar nuevas categorías, todo lo cual le permite alcanzar la más elaborada y seria interpretación de las especificidades del capitalismo latinoamericano desde la teoría de la dependencia.

Cuestiones teóricas y metodológicas

Como toda revolución científica, las teorías del subdesarrollo y de la dependencia rompieron con visiones prevalecientes y abrieron un *horizonte de*

3 El periodo aquí considerado corresponde a la segunda y tercera etapa, dentro de las cinco que Prebisch reconoce en su itinerario intelectual. Véase "Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo", en *Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 5, México, mayo, 1987.

4 Hodara atribuye la noción de "periferia" a Ernest Wagemann, economista alemán, formado en Chile, y la tesis sobre "el imperativo de la industrialización" a M. Manoilescu, economista y ministro de hacienda de Rumania en el periodo de la gran depresión. Véase, *Prebisch y la CEPAL, op. cit.*, p. 132-140.

5 Ruy Mauro Marini, *Dialéctica de la dependencia*, Editorial Era, México, 1973; en "El marxismo latinoamericano y la dependencia", en *Las dos caras del espejo, op. cit.*, expongo las distintas corrientes y autores que se ubican dentro de la llamada corriente dependencista y entregamos los argumentos para afirmar que con *Dialéctica de la Dependencia*, cristaliza la teoría marxista de la dependencia.

visibilidad que dará fecundos resultados en el camino de desentrañar las particularidades de América Latina.⁶

En términos generales podemos sintetizar este proceso en cinco puntos. Ellos son los siguientes:

América Latina como problema teórico

En rigor, América Latina —en estudios sobre algunos países o subregiones o en interpretaciones generales— venía siendo pensada desde años anteriores a la emergencia de las teorías del subdesarrollo y la dependencia. Baste considerar la rica producción de José Carlos Mariátegui, Ramiro Guerra, Raúl Haya de la Torre, Caio Prado Junior, Silvio Frondizi o Sergio Bagú.⁷

Pero es entre los años cincuenta y mediados de los años setenta cuando la subregión aparece a los ojos de las ciencias sociales como problema teórico, esto es, como un tema que reclama conceptos y cuerpos teóricos específicos y como un asunto central a resolver.

Son varios los factores que debieron conjugar para que ganara vida un proceso de tal naturaleza: suponía que aparecieran problemas que obligaran a interrogarse sobre la singularidad de la región, un determinado avance de las ciencias sociales, intelectuales con capacidad de responder a los retos planteados, espacios institucionales de investigación que abrieran lugar para reflexiones de nuevo tipo, entre algunos otros.

La demanda de Naciones Unidas de pensar los problemas latinoamericanos desde la perspectiva de su desarrollo fue, sin duda, un factor importante que incidió en varios de los factores antes enunciados: se creó la CEPAL en 1948; se aglutinó a un conjunto de brillantes investigadores (como Celso Furtado, Juan Noyola, Aníbal Pinto) bajo la audaz dirección intelectual de Raúl Prebisch; se obligó a reflexionar sobre América Latina y su desarrollo; se llegará al cuestionamiento de las visiones prevalecientes en la materia y de paso surgirán preguntas sobre las originalidades de la región. La economía

6 En este apartado ponemos énfasis en los puntos de confluencia entre la teoría del subdesarrollo y la teoría de la dependencia. En los siguientes se irán poniendo de manifiesto las diferencias. En todo caso, en el ensayo "El marxismo latinoamericano y la dependencia", *op. cit.*, hemos analizado los puntos de ruptura entre ambos paradigmas.

7 Una recopilación de parte de la obra de estos autores, considerados como los fundadores de un pensamiento latinoamericano crítico y original, se encuentra en *La teoría social latinoamericana*, Tomo I. De los orígenes a la CEPAL, Textos escogidos, compilado por R.M. Marini y Mária Millán. UNAM, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Coordinación de Estudios Latinoamericanos, México, 1994.

política del desarrollo y la sociología del desarrollo latinoamericanas encontrarán así espacios institucionales, problemas y actores para avanzar.

Un efecto parecido, aunque desde otra vertiente teórica —en este caso, el marxismo— jugará el triunfo de la revolución cubana en 1959. Este proceso potenciará de manera geométrica las preocupaciones que en este cuerpo teórico ya estaban presentes sobre las singularidades de América Latina. La recepción del marxismo en la aulas universitarias o en organizaciones políticas que buscan explicarse y repetir la experiencia cubana; la formación de nuevas camadas intelectuales bajo la impronta de una reflexión sobre el marxismo y desde el marxismo; las preguntas planteadas en la búsqueda de los factores estructurales que hicieron posible el triunfo de la revolución en una isla atrasada del Caribe y del porqué del fracaso de las políticas desarrollistas; la integración de equipos de investigación en Chile con intelectuales provenientes de distintos países de la zona; he aquí toda una gama de procesos que alimentan el interés por los estudios que asumen a América Latina como problema teórico y la riqueza que alcanzan.

Si a todo esto se le añaden los agudos debates, al interior y entre ambos paradigmas, debido a las fuertes implicaciones políticas que derivaban de las propuestas teóricas y a la lucha que se establece entre proyectos de nación claramente alternativos, tenemos un cuadro más acabado sobre el tema.

En definitiva, *los teóricos del subdesarrollo y, especialmente, de la dependencia, respondieron afirmativamente a la pregunta si América Latina constituía una región original, del punto de vista de las formas cómo se desarrolla el capitalismo, y se dieron a la tarea de descifrar esas originalidades.* Las diversas respuestas que ofrecieron caminan en esa dirección.

La pregunta anterior —y las respuestas que se formularán— no son un dato menor, mucho más en momentos en que las ciencias sociales de la región nos hablan de las dificultades de avanzar en la democracia, de constituir ciudadanos, de madurar sistemas de partidos, de crecer y conjugar crecimiento con equidad, pero asumiendo, de manera implícita, que todo ello es posible de lograr bajo formas similares a lo que el mundo desarrollado ha alcanzado en la materia. Todo se reduce a un asunto de “falta de madurez” (económica, política, cultural, etc.), o de “estadios más atrasados” (en una nueva edición de las viejas teorías del desarrollo) olvidando el pequeño detalle de que en América Latina no contamos con sociedades capitalista cualesquiera, sino con unas que por ser capitalistas dependientes, “maduran” de una manera diferente.

El análisis de América Latina en el contexto de la economía internacional

Tras la segunda guerra la visión del mundo como una unidad conformada por partes interdependientes gana creciente fuerza. Esta percepción venía haciéndose fuerte en América Latina desde la crisis del llamado modelo primario exportador, afectado por los vaivenes de la economía internacional (primera guerra, crisis de los años treinta, segunda guerra) que provocó una fuerte caída de los precios de los bienes exportables de la región.

Al final del segundo conflicto mundial y bajo el liderazgo de la economía estadounidense, la visión de la interdependencia cristaliza. Es en este marco que se crean organismos que velarán por aspectos de política internacional (como Naciones Unidas); pactos militares regionales [como la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN)], y los organismos que buscan poner orden a la economía internacional bajo los lineamientos de la nueva potencia hegemónica (Fondo Monetario Internacional y Banco Mundial), así como las comisiones regionales, dependientes de Naciones Unidas (la CEPAL en América Latina), que tendrán como tarea hacer propuestas para resolver los problemas del desarrollo.

Los acontecimientos anteriores pusieron en evidencia a los investigadores de la CEPAL y a los intelectuales críticos del desarrollismo y del pensamiento social ortodoxo que *los problemas de la zona reclamaban un marco de referencia que no podía ser otro que el de la economía internacional, vista como unidad*. América Latina estaba inscrita en procesos que la rebasaban, por lo que su estudio requería considerar marcos geográficos mayores.

En algunos estudios (en particular en los de la CEPAL), el énfasis estará puesto en los factores externos, lo que justifica las críticas hacia este enfoque en el sentido de que el subdesarrollo tiende a explicarse como resultado de procesos que escapan a decisiones locales.

En el paradigma de la dependencia esta situación es superada, generando una perspectiva de análisis en donde los elementos externos e internos se conjugan, siendo su articulación la que reproduce el atraso y la dependencia.

Algunos puntos importantes a destacar en esta línea son los siguientes:

— América Latina se fue haciendo capitalista luego de la violenta inserción de la zona en los circuitos que comenzaba a generar un capitalismo incipiente, pero que ya mostraba los inicios de una tendencia que se expresará con fuerza posteriormente: su vocación a reclamar un espacio planetario.

— En esa inserción, la estructura productiva latinoamericana comenzó a generar caminos propios, articulando antiguas formas de producción con formas nuevas, y dando vida a mecanismos internos de reproducción del atraso y la dependencia.

— Para comprender las especificidades de la zona no se puede prescindir de las formas como la región se inscribe en los movimientos del capitalismo a nivel internacional, formas que varían en el tiempo; pero tampoco se puede dejar de considerar las formas como internamente se van recreando los procesos que producen el subdesarrollo. Por tanto, la disputa entre exogenistas y endogenistas es falsa. La solución de esa disputa requiere de un enfoque que integre los elementos externos e internos y que sea capaz de dar cuenta, en el contexto de una América Latina que va modificando sus formas de inserción a un capitalismo internacional —que también se modifica—, la recreación interna de los mecanismos que generan atraso.

Inscrita en espacios económicos regidos por reglas generales, *América Latina presenta una legalidad específica*, misma que requiere ser desentrañada. Ésta será una de las novedosas propuestas abiertas por la teoría del subdesarrollo y, en particular, por la de la dependencia.

Hacia una teoría del capitalismo periférico

Desde los trabajos pioneros de Prebisch en la CEPAL, como en los de la teoría de la dependencia, existe el supuesto de que América Latina presenta originalidades que es necesario descifrar. En versiones más maduras, ello significará entender que estamos frente de un capitalismo *sui generis*, que provoca resultados desconocidos, a pesar de aplicarse políticas económicas conocidas.

Esta percepción abrirá un nuevo horizonte de reflexión. Parte sustantiva de los esfuerzos teóricos se encaminarán a dar cuenta de esas particularidades, desde esquemas meramente descriptivos de las originalidades de la zona, hasta otros más elaborados, que buscarán ofrecer una explicación de dichos aspectos y de la dinámica del capitalismo latinoamericano. ¿Cuál es la especificidad de América Latina? En esta pregunta se encierra parte fundamental de la riqueza teórica producida en esos años.

El desarrollo como preocupación central

En tema del desarrollo ocupa un lugar central en la elaboración teórica de cepalinos y dependencistas.

Constituye una idea-fuerza que cree posible la construcción de economías capaces de repartir los frutos del trabajo hacia el conjunto de la sociedad. Si en los momentos iniciales de la CEPAL se considera que el desarrollo es una consecuencia natural del crecimiento, posteriormente la idea se modifica, enfatizándose que aquél es el resultado de un esfuerzo específico que no deviene simplemente de aumentos en el Producto Interno Bruto.

En el caso de la teoría de la dependencia, si bien no existe una propuesta expresa de cómo acceder al desarrollo, se busca poner en evidencia que bajo los parámetros del actual ordenamiento societal el desarrollo no será posible. Por el contrario, lo que puede esperarse es mayor subdesarrollo.

Esta idea no significa negar la posibilidad del crecimiento de las economías latinoamericanas o el desarrollo *del capitalismo*, como erróneamente se ha señalado. El “desarrollo del subdesarrollo” no es, por tanto, estancamiento, ni caminos cerrados para el avance del capitalismo en América Latina.⁸ *El capitalismo puede avanzar*. Pero como no es un capitalismo en general, sino uno dependiente, esto implica una marcha específica, que tiene como uno de sus rasgos las tensiones y rupturas de la producción con el consumo de las mayorías, expresión del proceso en que reposa la acumulación: la explotación redoblada de los trabajadores. En definitiva, nuestro capitalismo crece y se moderniza, pero lo hace profundizando viejos y nuevos desequilibrios, agudizando en un nuevo estadio los signos de la dependencia y el subdesarrollo.

No es difícil comprender que esta perspectiva, en los nuevos tiempos, debía ser abandonada, máxime cuando volvió a ganar fuerza —ahora bajo el manto de los proyectos neoliberales— la identificación entre crecimiento y desarrollo. Esta identificación olvida que crecimiento y equidad son dos procesos que no van de la mano en América Latina y que cuando se han hecho presente, se han excluido mutuamente, dando origen a lo que autores, ajenos a toda sospecha de análisis radical, como Fernando Fajnzylber, califica como el “casillero vacío”.⁹

8 No desconocemos que hubo autores que se movieron en las fronteras de la tesis del subdesarrollo y la dependencia y que se adscribieron a la tesis del estancamiento, como Celso Furtado. (Véase, por ejemplo, *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Editorial EUDEBA, Buenos Aires, 1966). Pero ni Frank ni Marini, los dos autores que concentran las mayores críticas en contra de las tesis de la dependencia, plantearon ideas en tal sentido.

9 Véase de Fernando Fajnzylber, “Industrialización en América Latina. De la ‘caja negra’ al ‘casillero vacío’”, *Cuadernos de la CEPAL*, núm. 60, Santiago, 1979. Fajnzylber pone en evidencia la dificultad de compatibilizar crecimiento y justicia social en América Latina. De ahí la imagen del casillero que permanece vacío.

La necesidad de una perspectiva interdisciplinaria

Un último aspecto teórico-metodológico que vale la pena rescatar es que los paradigmas del subdesarrollo y de la dependencia entendieron –en grados diversos– que el estudio y comprensión del capitalismo latinoamericano sólo podía realizarse rompiendo con las fronteras disciplinarias.

Los problemas planteados incidieron en estas transgresiones. No podía caminarsse en la explicación de las características estructurales del capitalismo latinoamericano sino era recurriendo a la historia y a la economía. El desarrollo, pronto fue entendido, era mucho más que un problema económico, para entroncarse con estudios de las clases sociales, del Estado y la dinámica social y política.

Frente a las limitaciones en materia de formación interdisciplinaria de los investigadores, se recurrió a la conformación de equipos en donde convivían profesionales de diversas disciplinas. Así ocurrió, por ejemplo, en la CEPAL y en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), y en el Centro de Estudios Socio-económicos (CESO) de la Universidad de Chile, tres de los organismos de mayor peso en la gestación y desarrollo de los paradigmas que comentamos.

Esta apertura en las ciencias sociales se pierde en los años posteriores y será difícil encontrar economistas que incursionen en la sociología o en la historia y sociólogos y politólogos que se adentren en la historia o en la economía. Las fronteras disciplinarias se convirtieron en una verdadera camisa de fuerza que impede una reflexión global sobre la sociedad latinoamericana. Las virtudes que pudieran estar presente en una cierta especialización disciplinaria, se han trastocado en su reverso: verdaderas anteojeras intelectuales que sólo permiten mirar algunos árboles, pero nunca abarcar el bosque.

Residuos sustantivos

Como ya lo hemos señalado, no intentamos hacer una reconstrucción de la teoría del subdesarrollo de la CEPAL ni de la teoría de la dependencia. En este apartado nos preocupa destacar algunos aportes de cada uno de estos paradigmas, aquellos que consideramos fundamentales en la tarea de proseguir la reflexión sobre América Latina.

Los aportes del paradigma del subdesarrollo

En sus años iniciales, el pensamiento de la CEPAL está estrechamente ligado a la producción de Raúl Prebisch. Muchas de las propuestas originales de este autor se modificaron al paso del tiempo, lo que enriqueció la visión cepalina sobre el subdesarrollo. Un proceso similar ocurrió con las propuestas de algunos de los colaboradores más cercanos a Prebisch, como Pinto, Furtado y Loyola.¹⁰ Aquí nos detendremos en las ideas-fuerza que, a pesar de los cambios, atravesaron el itinerario reflexivo de la CEPAL en torno al subdesarrollo.

i) La noción centro-periferia

Si hay alguna noción que sintetice la propuesta cepalina sobre el subdesarrollo ésta es el término centro-periferia. Su formulación puso en evidencia que *la economía internacional es estructuralmente heterogénea* y tiende a reproducir esa heterogeneidad, con resultados negativos para la periferia.

Más allá de los límites que inicialmente el propio Prebisch le puso a estos términos, lo cierto es que la idea de centros y periferias apunta a abrir una caja de pandora de donde emergen visiones que ponen en cuestión la idea de economías diferenciables sólo por los estadios diversos de desarrollo, o que mantienen relaciones que sólo inciden en unas y otras de manera tangencial. Por el contrario, tales economías se encuentran interrelacionadas y, además, de manera asimétrica. Por tal razón, las diferencias que presentan son más profundas: el atraso y el subdesarrollo son expresión de economías que sufren despojos, y el desarrollo, expresión de economías que han creado los instrumentos para despojar.

Por tanto, los dos polos forman parte de la historia del capitalismo, el primer sistema que en la historia de la humanidad tiene la vocación de expandirse hacia los más diversos rincones del planeta, integrándolos en forma desigual a su historia.

La riqueza analítica que se desprende de esta visión es enorme y mantiene fuertes ligazones con algunas propuestas de la teoría del imperialismo.¹¹ Afirmar lo anterior no significa desconocer las debilidades presentes en el

10 Una revisión de los cambios en el paradigma de la CEPAL puede verse en J. Hodara, *Prebisch y la CEPAL*, *op. cit.*; A. Gurrieri, "La economía política de Raúl Prebisch", *op. cit.*; R. Prebisch, "Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo", *op. cit.*; J. Estay Reino, "La concepción inicial de Raúl Prebisch y sus transformaciones", en *La teoría social latinoamericana*, Tomo II, Subdesarrollo y dependencia, de R. M. Marini y M. Millán (coord.), *op. cit.*

11 Marini ve en Prebisch algunas ideas que "hace recordar irresistiblemente a Bujarin". Véase "La crisis del desarrollismo" en *La teoría social latinoamericana*, Tomo II, Subdesarrollo y dependencia, *op. cit.*, p. 142.

paradigma cepalino, como concebir el subdesarrollo como un proceso en donde las responsabilidades mayores recaen en factores externos. Aquí nos interesa destacar matices, y la concepción centro-periferia –frente a los enfoques prevalecientes en los años cincuenta y hoy en los noventa, que conciben desarrollo y subdesarrollo como fenómenos desligados– permite avanzar en una visión global y unitaria de la economía mundial capitalista para comprender procesos en la periferia y el centro.

ii) El deterioro en los términos de intercambio

Con la formulación de su tesis sobre el deterioro de los términos de intercambio, Prebisch y la CEPAL rompieron con los planteamientos de la teoría clásica sobre el comercio internacional y sus posibles efectos en materia de desarrollo.¹² Se dice fácil, pero ello implicó caminar en sentido contrario a las visiones prevalecientes en la academia y en los organismos internacionales.

El deterioro en los términos de intercambio fue la fórmula central para mostrar la transferencia de recursos de la periferia al centro y significó volver a poner en discusión, ahora desde corrientes teóricas no marxistas, el problema de que las historias del desarrollo y del subdesarrollo son una sola, la del capitalismo como sistema mundial.

Vale la pena recordar que la teoría clásica del comercio internacional afirma que dicho comercio –sustentado en la especialización productiva de aquellos bienes sobre los que se tiene ventajas comparativas–, termina por provocar una derrama de beneficios a todas las economías. Para la situación regional, esto implicaba que América Latina debía seguir especializándose en la producción de materias primas y alimentos, en tanto el mundo industrial debía hacerlo en bienes secundarios, ya que a la larga, por los beneficios de una competencia basada en el principio de las ventajas comparativas, todas las economías terminarían alcanzando el desarrollo.

Prebisch se encargó de mostrar la falacia de las tesis anteriores al señalar que el comercio internacional apunta a un deterioro en los precios de las materias primas frente a un incremento del precio de los bienes manufacturados. Más aún, dentro de las normas como se mueve el comercio internacional, los países periféricos “no sólo no han recibido parte del fruto de la mayor productividad industrial, sino que no han podido retener para sí el

12 Esta ruptura, a juicio de Marini, constituye “la contribución más importante de la CEPAL”. Véase, *La teoría social latinoamericana*, Tomo II, *op. cit.*, p. 140.

provecho de su propio progreso técnico".¹³ En otras palabras, las leyes del comercio internacional permiten la transferencia de valores de la periferia al centro.

Esto sucede porque en los periodos de recesión económica, los precios de las materias primas y alimentos tienden a caer más abruptamente que los bienes industriales y de manera más persistente, deterioro que no se logra resolver con las alzas de precios que se producen en los periodos de bonanza, y porque en los periodos de recesión la población obrera de los centros, al estar mejor organizada que la de las periferias, ofrece mayores resistencias al deterioro de sus salarios, por lo cual los empresarios hacen recaer los costos de la situación sobre los trabajadores de la periferia vía precios de los bienes que exportan.¹⁴

Nuevamente habría que señalar aquí que las propuestas del paradigma del subdesarrollo pueden parecer insuficientes e incluso equivocadas, pero —y esto es lo que nos preocupa destacar en este apartado— abren las puertas para una reflexión de vital significación, a lo menos en los siguientes puntos:

— En las relaciones comerciales entre naciones existen mecanismos que permiten la transferencia de recursos de la periferia al centro.

— Esta transferencia se produce porque existen elementos estructurales en el centro y la periferia que lo permiten, más allá de los factores coyunturales que los precipiten.

— Esto remite a la necesidad de urgir en los elementos internos de las economías —y en lo que aquí nos preocupa, de América Latina— para comprender la naturaleza de estos procesos. En otras palabras, no basta con analizar sólo el comercio internacional, sino la estructura y dinámica de las economías que se interrelacionan en el comercio internacional.

El paradigma de la dependencia

Como sucede en toda revolución teórica, el problema de la dependencia fue abordado —con grados diversos de desarrollo— desde mucho antes que alcanzara

13 *Estudio Económico de América Latina 1949*. ONU, Santiago, 1973, (Serie conmemorativa del xxv aniversario de la CEPAL), p. 49. Este material fue escrito por Prebisch.

14 Estas constituyen —a juicio de Octavio Rodríguez—, dos de las versiones cepalinas (la de los ciclos y la contable) sobre el deterioro en los términos de intercambio. Existiría una tercera (versión industrialización), en donde se afirma que la inexistencia en la periferia de un sector industrial limita la oferta de empleos, lo que propicia el aumento de trabajo excedente en los sectores primario y terciario, con efectos negativos en la productividad y en los salarios, todo lo cual deteriora la elevación de la productividad y la expansión del mercado interno. Véase, *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, op. cit.

expresión madura en el ensayo *Dialéctica de la dependencia*,¹⁵ de Ruy Mauro Marini.

Es el olvido de este proceso lo que lleva a muchos analistas de la teoría de la dependencia a no establecer las necesarias diferencias entre los autores y a no calibrar los cortes teóricos y metodológicos que en ese *corpus* existen. Así, pareciera que son lo mismo los análisis de Osvaldo Sunkel, Fernando Henrique Cardoso, André Gunder Frank, Theotonio Dos Santos y Ruy Mauro Marini.

Cuando se buscan algunos matices, se pondrán de manifiesto algunas distancias menores entre ellos, pero en el fondo se asume que constituyen una unidad. Sobre esta línea, las diferencias cualitativas desaparecen, y quedan englobados en el calificativo de "dependentistas". De esta forma, a la hora de la crítica, serán condenados en bloque, al recogerse aspectos de autores específicos que serán atribuidos al conjunto.

Si hubiera que señalar los hitos más importantes en el itinerario de la teoría de la dependencia, podemos indicar que el ensayo "El desarrollo del subdesarrollo capitalista en Chile",¹⁶ de André Gunder Frank, constituye un parteaguas fundamental en la ubicación del problema del subdesarrollo como un fenómeno inscrito en los movimientos de la economía internacional, en la ruptura con las ideas del subdesarrollo como una etapa anterior al desarrollo y con las ilusiones de un capitalismo autónomo, alimentadas por las teorías de la modernización y el desarrollismo.¹⁷

El libro *Dependencia y desarrollo en América Latina*,¹⁸ de Fernando Henrique Cardoso y Enzo Faletto, expresa el mayor avance de las rupturas que se producen al interior del ILPES con el pensamiento clásico de la CEPAL y la aproximación que desde la radicalización del desarrollismo se realiza hacia las propuestas marxistas sobre el tema, combinando vertientes teóricas weberianas y marxistas.

Las corrientes teóricas del marxismo ortodoxo, que manifestaron inicialmente un fuerte rechazo a las tesis de la dependencia, encuentran en el libro de Agustín Cueva, *El desarrollo del capitalismo en América Latina*,¹⁹ su

15 *Op. cit.*

16 Publicado en el libro *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 1970.

17 Que este ensayo constituya un parteaguas fundamental no significa que la producción de Frank logre romper totalmente con el campo intelectual con el que discute. Para un análisis de este problema véase nuestro ensayo "América Latina como problema teórico", en el libro *Las dos caras del espejo... op. cit.*

18 Publicado en Siglo Veintiuno editores, México, 1969.

versión más acabada. Allí se asume la articulación de modos de producción como el concepto clave para entender las particularidades del capitalismo latinoamericano y se producen interesantes acercamientos a la visión metodológica abierta por las teorías del subdesarrollo y de la dependencia, de analizar el subdesarrollo en el contexto de la economía internacional (asunto que las teorías del imperialismo, a comienzos de siglo, habían ya señalado, pero que el marxismo ortodoxo latinoamericano, por su énfasis en arrancar de las relaciones de producción, no podía asumir de manera natural en el análisis de la situación regional), y a propuestas de la teoría de la dependencia, como la asunción del tema de la superexplotación.

Con *Dialéctica de la dependencia*, la teoría marxista de la dependencia alcanza su mejor desarrollo, distinguiéndose en el proceso de tránsito las contribuciones de Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra.²⁰

Por las razones anteriores, los cuatro libros señalados constituyen obras clásicas del pensamiento social latinoamericano. Los tres primeros (los de Frank, Cardoso-Faletto y Marini), en tanto reflejan los puntos más avanzados en diferentes estadios de la teoría de la dependencia y de las principales vertientes teóricas que abordaron la problemática. El de Cueva, por ser la mejor propuesta del marxismo ortodoxo acerca de la caracterización del capitalismo latinoamericano.

Pasemos ahora a lo que consideramos los principales aportes de la teoría de la dependencia:

i) La superexplotación

Si hay algún proceso que define la esencia del capitalismo dependiente éste es la superexplotación, término que da cuenta de los mecanismos de explotación en donde se viola el valor de la fuerza de trabajo. Como veremos más adelante, el concepto conduce a equívocos que podrían haberse evitado. Sin embargo, también ha generado fuertes discusiones por el papel central que se le asigna en la caracterización del capitalismo dependiente: en la propuesta de Marini, la acumulación dependiente reposa en la superexplotación.²¹

19 Publicado por Siglo Veintiuno editores, México, 1977.

20 Del primero debe señalarse sus ensayos "La teoría del desarrollo y su crisis" y "Hacia un concepto de dependencia", incluidos en el libro *Imperialismo y dependencia*, Editorial Era, México, 1978. De Vambirra, véase *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo Veintiuno editores, México, 1974.

21 Marini afirma que "el fundamento de la dependencia es la superexplotación del trabajo", *Dialéctica de la Dependencia*, *op. cit.*, p. 101. Debe llamarse la atención que este tipo de afirmaciones ponen de manifiesto que la dependencia es fundamentalmente un fenómeno interno.

Las formas específicas como América Latina fue inserta en el mercado mundial, en tanto productora de metales preciosos, materias primas y alimentos, permitió la generación de una economía que desde sus orígenes pudo prescindir de los trabajadores como sujetos sustantivos en el proceso de consumo, en tanto esos productos se destinaban a mercados exteriores.

Las formas posteriores que alcanzará la economía latinoamericana, ahora bajo el capitalismo, reproducirán de maneras diversas esta situación, dejando a la población obrera en lugares secundarios en materia de realización, lo cual favorece modalidades de valorización que incorporan parte del fondo de consumo de los obreros al fondo de acumulación del capital.

La superexplotación puede desarrollarse mediante tres formas básicas:

En la compra de la fuerza de trabajo, de manera inmediata, por un salario inferior al monto necesario para que ella se reproduzca en condiciones normales. Este mecanismo se desarrolla en la circulación, por lo que no se debe recurrir a las características de la producción para detectarla. A su vez, es una forma que viola el valor de la fuerza de trabajo a partir de su valor diario. Es, en definitiva, la forma más burda y notoria.

Una segunda forma se realiza por la vía de prolongar la jornada de trabajo. Para entender esta forma (como la siguiente) es importante distinguir entre el valor diario de la fuerza de trabajo y su valor total. Este último se calcula a partir del tiempo de vida útil de los trabajadores en condiciones históricas específicas. Si suponemos que el tiempo de vida útil es de 30 años, es este tiempo el que define el valor diario. Cualquier monto menor a ese valor estará violentando la esperanza de vida como productor de los trabajadores.

Con la prolongación de la jornada, el capital comienza a devorar hoy lo que corresponde a jornadas futuras de trabajo, con lo cual el trabajador, a pesar de que cuente con un salario diario equivalente a un monto necesario para reproducirse en condiciones normales, no lo logrará, ya que el desgaste físico que sufrirá por la horas extras de trabajo se lo impedirán.

En otras palabras, con esta forma, el capital viola el valor de la fuerza de trabajo al apropiarse de años de vida futuros, los cuales no logran ser compensados por un salario diario que equivale a un desgaste normal, o con pagos extraordinarios que, por lo general, no recuperan el desgaste real.

Esta forma de superexplotación sólo es posible percibirla pasando de la circulación (esfera en donde se compra-vende la fuerza de trabajo) a la producción (en donde la fuerza de trabajo es utilizada). Aquí estamos, de

acuerdo con Marx, frente a la forma fundamental de producción de plusvalía absoluta.

La última forma de la superexplotación se da por la vía de la intensificación del trabajo. Al igual que en la forma anterior, se puede suponer que se respeta —al momento de la compra-venta— el valor diario de la fuerza de trabajo. Pero el aumento en la intensidad también provoca mayores desgastes al trabajador y, por tanto, menores años de vida útil, con lo cual el capital aquí también se estará apropiando de años futuros de trabajo.

Con la intensidad del trabajo se viola el valor total de la fuerza de trabajo y es un modalidad de superexplotación que combina formas de extracción de plusvalía relativa y plusvalía absoluta.

Estas tres formas de superexplotación se articulan y generan una estructura específica, tendiendo a predominar una u otra de acuerdo a las condiciones materiales que presenta la producción. Así, por ejemplo, en las industrias más atrasadas tenderán a predominar las dos primeras, en tanto la intensificación del trabajo será la forma fundamental en aquellos sectores con mayores niveles tecnológicos.

Por lo que se ha indicado, la superexplotación no puede asimilarse a la idea de la pauperización absoluta ni exclusivamente con la producción de plusvalía absoluta. La superexplotación da cuenta de procesos de violación del valor diario y total de la fuerza de trabajo, no de la aniquilación física de los trabajadores. El desarrollo social trae aparejado la incorporación de nuevos bienes al consumo normal de los trabajadores, como puede ser el radio, la televisión, refrigeradores, entre otros. El avance tecnológico y de la productividad hace posible que estos bienes puedan convertirse en bienes salarios en la medida que abaratan su precio y multiplican su consumo.

En este sentido, el valor de la fuerza de trabajo se ve permanentemente remecido por un proceso contradictorio. Tiende a aumentar la masa de bienes que lo conforman, y que presionan a su elevación. Por otra parte, la productividad limita su incremento al abaratar el precio de los nuevos bienes salarios. Para que se produzca la superexplotación no es necesario, por tanto, que los trabajadores consuman cada vez menos (idea presente en la pauperización absoluta), sino que consuman una masa de bienes inferior a la que corresponde para reproducir la fuerza de trabajo en condiciones normales en determinado momento histórico.

Por los comentarios que hemos realizado sobre la intensidad del trabajo, se puede entender que la superexplotación tampoco remite exclusivamente a

las formas más atrasadas de explotación. Por el contrario, ella puede ir de la mano con la introducción de los mayores adelantos tecnológicos y con formas avanzadas de organización del trabajo.²²

ii) *La ruptura del ciclo del capital*

Cada economía capitalista genera formas particulares sobre cómo se mueve el capital por las esferas de la producción y de la circulación. Cuando esos movimientos se repiten, el ciclo del capital deja huellas que es posible rastrear y que constituyen información privilegiada para analizar las características de cómo se reproduce.

Una huella estructural del capitalismo latinoamericano es que su ciclo del capital, en los variados momentos por los que ha atravesado, presenta rupturas en donde no terminan de empatar las esferas de la producción con las de la circulación, y más bien apuntan a mantenerse distendidas.

De manera breve, esto quiere decir que tenemos un capitalismo en donde la producción tiene poco que ver con las demandas de los sectores sociales que la producen. Producción y realización corresponden a espacios sociales que sólo se superponen de manera tangencial.

En la etapa del modelo agrominero exportador esta ruptura era incluso geográfica. Las materias primas y alimentos generadas en América Latina iban destinadas a los mercados europeos o de Estados Unidos, lo que permitía a las clases dominantes privilegiar la condición de productores de los trabajadores, más no la de consumidores (lo que favorecía mecanismos de acumulación sustentados en la superexplotación).

Una vez que la industrialización ha madurado, este desfase se produce internamente, al erigirse líneas de producción dinámicas que se orientan a satisfacer a la esfera alta del consumo local, provocando el relegamiento de aquellas ramas o empresas que producen para el mercado constituido por la demanda de los trabajadores.

Con los parámetros del nuevo modelo exportador que gana vida en esta última parte del siglo XX, nuevamente la ruptura del ciclo del capital alcanza expresiones geográficas cuando los mercados exteriores se constituyen en el

22 Para una profundización de estos problemas véase el apartado II del libro *Dialéctica de la dependencia* (op. cit.) (en torno a Dialéctica de la Dependencia); el debate de Marini con Cardoso y José Serra publicado en *Revista Mexicana de Sociología*, año XL, vol. XL, número extraordinario, 1978, México, y nuestro ensayo "Superexplotación y clase obrera: el caso mexicano", en *Cuadernos Políticos*, núm. 6, octubre-diciembre 1975, México.

sector privilegiado de la nueva economía, en desmedro del mercado interno y en particular de la esfera baja de consumo.

La ruptura entre las esferas de la producción y el consumo son uno de los rasgos estructurales de aquellas formas de reproducción del capital sustentadas en la superexplotación, como ocurre en América Latina.

iii) Formas de inserción de América Latina al mercado mundial

El estudio de las formas de cómo los países latinoamericanos se insertan en los circuitos del capitalismo es un punto de partida básico para comprender algunas características que asumirá la economía, el Estado y las clases sociales.

Para los momentos de vigencia del modelo agrominero exportador, Cardoso y Faletto distinguen dos formas de relaciones básicas con el mercado mundial, a partir del tipo de propiedad de los principales rubros de exportación: las economías de enclave, en donde es capital extranjero el propietario de los núcleos exportadores, y economías de control nacional, en donde esos núcleos están en manos de capital local.²³

En las primeras, en tanto la economía nacional sólo retiene una parte muy pequeña del valor de las exportaciones, porque la parte sustancial regresa al país de origen de las inversiones, el desarrollo del resto de la economía tenderá a verse debilitado. Esto tendrá repercusiones en la gestación de las clases, las cuales contarán con menores condiciones para emerger, y las que lo hagan tendrán bases materiales débiles.

El Estado-nación, a su vez, en tanto la sociedad no cuenta con una estructura social compleja, tendrá dificultades para consolidarse y tenderá a operar más como una instancia recaudadora de impuestos del enclave.

Estas tendencias, gruesamente dibujadas, operarán en sentido distinto en las economías en donde los principales rubros de exportación reposan en manos de capital local. La derrama de recursos hacia el interior será mayor, lo que favorecerá el auge de nuevas actividades económicas y con ello la emergencia de nuevos sectores sociales. Todo esto favorecerá la temprana cristalización de los estados nacionales.

Más allá de la condición dependiente del conjunto de las economías latinoamericanas, existen diferencias entre ellas y la tipología anterior apunta a ofrecer puntos de reflexión que permiten explicarlas.

23 Véase *Dependencia y desarrollo en América Latina*, op. cit., p. 39-53.

En la misma línea se ubica la consideración del problema de los valores de uso que producen (y exportan) las diferentes economías latinoamericanas. Así, por ejemplo, existen valores de uso que a pesar de estar dirigidos fundamentalmente hacia el exterior, favorecieron las posibilidades de desarrollo de otros sectores económicos.

Tal fue el caso de la crianza de ganado y la exportación de carne, lo que propició el desarrollo de actividades ligadas a la refrigeración, así como manufacturas derivadas del procesamiento del cuero.

Por otra parte, los valores de uso carne o trigo, (principales rubros de vinculación de Argentina con el mercado mundial bajo el modelo agrominero exportador), propicia que la industria exportadora mantenga mayores grados de ligazón con el mercado interno, en tanto esos productos pueden ser fácilmente incorporados al consumo de los trabajadores.

Distinta es la situación de aquellas economías cuyos valores de uso no estaban en condiciones de ser procesadas internamente (por el atraso industrial y tecnológico) o de generar industrias complementarias, como son el caso del estaño (Bolivia), cobre y salitre (Chile).

Estos bienes, a su vez, tampoco tenían condiciones de pasar a formar parte del consumo interno, y de los trabajadores en particular, lo que agudizaba las tendencias a generar economías desvinculadas del mercado interior del punto de vista de la realización.

El cruce de estos factores (enclave o control nacional, tipo de valor de uso) dará un mosaico de distintos tipos de formas de desarrollo capitalista dependiente, con diferencias en el plano económico, social y estatal.

Estos elementos ayudan también a desentrañar las formas diversas de cómo las crisis afectaron a las economías latinoamericanas. Así, por ejemplo, la economía argentina sufrió en grados menores la crisis de los mercados internacionales provocadas por la primera guerra, la crisis de los años treinta y la segunda guerra, en tanto los valores de uso que exportaban constituían elementos fundamentales de la canasta de consumo de la población del mundo desarrollado, por lo que si bien podía bajar su demanda o el precio de esos bienes, nunca esos deterioros alcanzaron la magnitud que van a presentar valores de uso industrial (salitre, estaño, cobre), o aquellos que hacen parte de los postres del mundo desarrollado (azúcar, banano, cacao, café, etcétera).

Derivado de la situación anterior se puede entender también la sobrevivencia que alcanzó por largo tiempo la oligarquía exportadora argentina. Fue

una clase que no se vio tan golpeada por las crisis del modelo exportador, como otras congéneres en la región. De allí la fuerza que mantuvo para hacer frente a los proyectos de industrialización, situación distinta a otras oligarquías exportadoras latinoamericanas, las que debieron ajustarse más rápidamente a los nuevos modelos de desarrollo.

Los factores que hemos considerado en este punto, aplicados para el periodo agrominero exportador, bien pueden ser asumidos para periodos posteriores y de seguro nos permitirían observar fenómenos de gran interés en la nueva situación de las sociedades latinoamericanas.

Las limitaciones teóricas y metodológicas

Aunque constituyen los aportes teóricos más significativos de las ciencias sociales latinoamericanas en la comprensión de la especificidad regional, los paradigmas del subdesarrollo y de la dependencia presentan limitaciones que es necesario considerar a la hora de su recuperación.

Críticas al paradigma del subdesarrollo

Los aspectos que nos parecen de mayor importancia en la línea de lo que venimos argumentando son los siguientes:

1) Ligazón del paradigma del subdesarrollo con la teoría del desarrollo

A pesar de la crítica, la cual se acrecientan en las obras de Prebisch de mediados de la década de los sesenta y de los setenta, la propuesta cepalina original no termina de romper con ciertos fundamentos de la teoría del desarrollo. Algunas premisas de esta teoría siguen presente de manera explícita, o entre líneas, en el discurso cepalino. De manera sucinta son las siguientes:

i) El subdesarrollo como etapa del proceso de desarrollo

Esta idea supone al desarrollo como un continuo frente al cual se ubican economías en posiciones más avanzadas y más atrasadas. El problema central –para las atrasadas– es remover los obstáculos que impiden avanzar más rápido. Lo divergente entre desarrollo y subdesarrollo sólo son expresiones de momentos diferenciados de una metamorfosis estructural que conduce a un mismo final.

ii) El subdesarrollo como resultado de factores externos

En este caso el énfasis se centra en la presencia de movimientos en el comercio internacional que impiden que los frutos del progreso que genera América

Latina queden en la región. Desde esta visión se privilegia la idea de naciones afectadas por otras naciones y se pone un velo a los factores internos y a las relaciones de clases que favorecen la reproducción del subdesarrollo.²⁴

Es este supuesto el que provoca que en las propuestas iniciales de la CEPAL no existan mayores referencias a la necesidad de realizar reformas en la estructura económica latinoamericana (reforma agraria, reforma distributiva, etcétera). El propio Prebisch se autocriticará al respecto en años posteriores.²⁵

iii) La posibilidad de un capitalismo autónomo

Ésta fue una de las grandes utopías a que se aferró el discurso cepalino original. Al establecer relaciones comerciales internacionales de nuevo tipo se suponía posible alcanzar autonomía. En tanto elemento externo, se concebía la dependencia como un proceso en donde los movimientos de ciertas economías estaban definidos por acontecimientos que son controlados por otras. La idea era, por tanto, ganar en capacidad de decisión y de definir rumbos propios. La industrialización, bajo la dirección del Estado, constituía en el discurso cepalino la piedra angular de este proceso. Los hechos posteriores destruirán esta utopía, ya que arrancaba de puntos de partida que impedían desentrañar los lazos que unían los intereses del capital internacional con el capital local. Así, por ejemplo, a muy poco andar, la burguesía industrial latinoamericana (o, para ser más exactos, su fracción monopólica), terminó asociada con el capital extranjero y esta alianza comenzó a definir el rumbo del proceso industrializador, propiciando nuevas "formas de dependencia", como ocurrió frente a la demanda de capitales, equipos y maquinarias del exterior. La reclamada autonomía terminó por derrumbarse.

24 Una crítica a esta visión, que también se hace extensiva a ciertas propuestas dependencistas, puede verse en el ensayo de Francisco Weffort, "Notas sobre la 'teoría de la dependencia': ¿teoría de clase o ideología nacional?", en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, Santiago de Chile, núm. 1, 1971, p. 391-403.

25 "Hasta esta etapa (la tercera, que cubre fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta, J.O.) no había prestado atención suficiente al problema de las disparidades de ingreso, con excepción del obsoleto sistema de tenencia de la tierra. Tampoco había considerado con detenimiento, en los primeros años de la CEPAL, el hecho de que el crecimiento no había beneficiado a grandes masas de la población de ingresos bajos, mientras que en el otro extremo de la estructura social florecían los ingresos elevados. Es posible que esta actitud fue un vestigio de mi anterior postura neoclásica, donde se suponía que el crecimiento económico corregiría por sí solo las grandes disparidades de ingreso a través de la acción de las fuerzas del mercado". Raúl Prebisch, "Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo", en *Comercio Exterior*, vol 37, núm. 5, México, mayo, 1987, p. 348.

iv) La industrialización como proceso que resolverá el subdesarrollo

La fórmula de solución a los problemas del subdesarrollo latinoamericano se encontraban en la industrialización. Ella iba a permitir elevar la productividad y retener los frutos del progreso técnico, por la vía de elevar el empleo y detener las presiones hacia la baja de los salarios y de los precios de las materias primas. Más aún, permitiría poner fin a la heterogeneidad estructural y desataría las fuerzas que nos llevarían al desarrollo.

Sólo cuando la industrialización ha caminado un trecho sustantivo, algunos autores adscritos a la CEPAL constatarán que la industrialización ni resolvía lo que supuestamente iba a resolver y, además, provocaba nuevos desequilibrios (marginalidad, mayor concentración de la riqueza, etcétera). Así es como surgirán posturas críticas en el seno mismo de la CEPAL, como ocurre con los trabajos que se desarrollan en el ILPES.²⁶

v) El Estado como instancia racionalizadora para alcanzar el desarrollo

Si el mercado mostró limitaciones para enfrentar los retos del subdesarrollo, la CEPAL pasará al extremo opuesto, dando por sentado que el Estado será una pieza fundamental para poner en marcha el nuevo proyecto sustentado en la industrialización. Pero en este reclamo había un aspecto clave: no hay interrogantes ni cuestionamientos sobre los intereses sociales presentes en el Estado, por lo que se lo concibe como una instancia que establecerá una racionalidad que beneficiará necesariamente a toda la nación o a toda la sociedad. La realidad terminó por mostrar que el problema no era simplemente de mayor ingerencia estatal, sino —fundamentalmente— de los contenidos sociales de sus políticas. A la larga, serán sectores sociales reducidos los que terminarán beneficiándose de la supuesta racionalidad estatal neutra.

Críticas al paradigma de la dependencia

1. Equívocos en el concepto superexplotación. El término, propuesto por Marini, no es muy afortunado, porque sugiere la idea de *mayor* explotación, cuando intenta dar cuenta de una explotación que viola el valor de la fuerza

26 Como expresión de la radicalización de ILPES, además del trabajo de Cardoso y Faletto, debe considerarse también el libro de Osvaldo Sunkel y Pedro Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo Veintiuno editores, México, 1970.

de trabajo y de formas que reposan en el desgaste y consumo indebido de la fuerza de trabajo.²⁷

En pocas palabras, puede darse una mayor explotación sin que el capital se apropie de parte del valor de la fuerza de trabajo. Los mecanismos de plusvalía relativa analizados por Marx conducen a esa situación, en tanto aquélla es resultado de una disminución *real* del tiempo de trabajo necesario.

Por esta razón, la tasa de explotación es mayor en los países con mayores niveles tecnológicos, ya que la elevación de la productividad (en las ramas de bienes salarios) reduce el valor de la fuerza de trabajo y eleva la cuota de plusvalía.

2. *Ausencia de estudios que den cuenta de las diferencias dentro del capitalismo dependiente.* Dado el grado de abstracción de *Dialéctica de la dependencia*, no se llegó a aterrizar más precisos para explicar las diferencias dentro de los países latinoamericanos. Este es un punto que también amerita avances, para poder comprender la complejidad de situaciones en la región.

Muchos críticos, al olvidar el nivel de abstracción del análisis, consideran erróneas las tesis presentes en *Dialéctica de la Dependencia*, sin entender que es un punto de explicación global para partir al estudio de situaciones particulares.²⁸

3. *Caminos cerrados en el capitalismo.* El paradigma de la dependencia puso de manifiesto la imposibilidad de alcanzar el desarrollo con parámetros capitalistas para las sociedades latinoamericanas, a lo menos dentro del capitalismo que conocemos. La idea de Frank de que América Latina sólo puede esperar “el desarrollo del subdesarrollo” en tales condiciones, sintetiza bien el problema.

Pero aceptando este planteamiento: ¿qué se puede hacer en tanto este orden político no se modifique? Todo parece indicar que nos encontramos en un callejón sin salida en materia de proyectos alternativos y que sólo cabe esperar que el poder político se modifique para iniciar la resolución de la condición dependiente. Aquí hay un terreno en donde el paradigma de la dependencia debiera ofrecer nuevas respuestas y ahondar en este tema.

27 En la traducción realizada por Wenceslao Roces para la edición del Fondo de Cultura Económica de *El Capital* de Marx, se habla de “explotación redoblada” para dar cuenta de la violación del valor de la fuerza de trabajo. Me parece un término que también conduce a equívocos en relación con los procesos que busca explicar.

28 En *El capitalismo dependiente latinoamericano*, de Vania Bambirra, *op. cit.*, se encuentra el estudio más avanzado, desde la teoría de la dependencia, sobre las diferencias entre los países latinoamericanos.

4. *Deficiencias en la relación entre economía y política.* El paradigma de la dependencia emerge ligado a una teoría del cambio social, y de la política en general, que requiere revisiones y actualizaciones. Por ello, se necesita pensar, cuando menos, en los siguientes problemas:

i) En torno a los actores

Estudios sobre la estructura social y los movimientos sociales y su papel en los procesos de cambio.

ii) En torno a la democracia y la ciudadanía

El clima intelectual en el que emerge la teoría de la dependencia condujo a una subvaloración de estos elementos, lo que reclama una nueva ponderación.

iii) Énfasis por el cambio social y la revolución

Esta postura ha dificultado la comprensión de los procesos de reajuste, readecuación y permanencia que logra el capitalismo.

En general, el paradigma de la dependencia requiere elaborar categorías y conceptos que permitan establecer las mediaciones entre la economía y la política, así como abordar algunos de los problemas específicos recién señalados.

Conclusiones

Los paradigmas del subdesarrollo y de la dependencia ofrecen un punto de partida fundamental para volver a retomar a América Latina como problema teórico y buscar avanzar en la comprensión de su *originalidad*, cuestión que alcanza expresiones en el campo económico, social, político y cultural.

Ambos paradigmas ofrecen propuestas metodológicas y teóricas de gran pertinencia, los que adquieren mayor relevancia en tiempos en donde la discusión sobre las especificidades de la zona vuelven a ganar fuerza. Ello exige un esfuerzo crítico que recoja sus propuestas y que supere las limitaciones —por error o falta de desarrollo— que estos paradigmas presentan.

El gramscianismo en América Latina

En un ensayo escrito en 1977 Perry Anderson afirmó que —a pesar de la enorme profusión de su obra—, Antonio Gramsci era un autor desconocido.¹ A poco más de cinco lustros de esa aseveración no es exagerado señalar que sigue siendo válida. Su producción ha sido objeto de los más variados ordenamientos, por lo general de acuerdo a los intereses políticos en juego. Así, Gramsci comparte en este terreno los mismos problemas de otros grandes del pensamiento marxista, como Lenin, Trotsky, Rosa Luxemburgo y el propio Marx.

Baste un ejemplo para poner de manifiesto lo anterior: Gramsci escribe sus 33 cuadernos de la cárcel entre 1929 y 1937. Éstos son “ordenados” temáticamente por Palmiro Togliatti y un grupo de expertos del Partido Comunista Italiano y se publican seis volúmenes, en italiano, entre fines de los años cuarenta y comienzos de los cincuenta, lo que rompió la secuencia histórica de los escritos.

Recién en 1975 se publican en italiano sus obras completas, respetando el orden histórico de su producción.

En español no es hasta los años sesenta que se publica a Gramsci, y sólo algunos textos, como “Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno” y “El materialismo histórico y la filosofía de Benedetto Croce”.²

Las condiciones en las que fue producida su obra es otro elemento que alimenta su condición de autor desconocido. Gramsci no se propuso escribir textos de ciencia política. Buscaba en general dar respuesta a problemas políticos específicos. Son, por tanto, materiales que presentan una gran dispersión temática y una fragmentación en donde es difícil descubrir el hilo que impida perderse en los laberintos de su reflexión.

1 Véase “Las antinomias de Antonio Gramsci”. *Cuadernos Políticos*, núm. 13, México, julio-septiembre, 1977.

2 En 1950 la Editorial Lautaro, Buenos Aires, publicó *Cartas desde la cárcel*, un material que fue de difícil acceso y que reunía fragmentos de la obra de Gramsci.

A esto se agrega que sus trabajos fundamentales, en número y contenido, fueron redactados en la cárcel, por lo que están escritos con un vocabulario elíptico a fin de vencer la censura que se le imponía.

Por último, y no menos importante, Gramsci está pensando en problemas nuevos y –como todo autor de vanguardia– realiza esa reflexión con el bagaje de un vocabulario viejo, por lo que junto con airear la discusión y abrir nuevos horizontes, su discurso presenta trampas de difícil resolución.

En esta exposición nos interesa destacar dos órdenes de problemas: el primero, el contexto histórico en el cual se divulga y populariza a Gramsci en América Latina; el segundo, indagar sobre el Gramsci que se recupera en esta zona. Vayamos de una vez al primer problema.

Gramsci en América Latina

Es a mediados de los años setenta cuando Gramsci comienza a ser convocado de manera recurrente en el discurso teórico y político en América Latina. No es un dato menor que esto ocurra cuando sólo se cuenta con algunos textos y versiones fragmentadas de su obra en español.

En la década de los setenta confluyen una serie de acontecimientos significativos que nos dan algunas claves para comprender el tipo de recuperación que se hará de Gramsci en América Latina.

En la primera mitad de los años setenta se producen una serie de golpes militares en el cono sur de América Latina (Bolivia, Uruguay, Chile), que se suma a la asonada militar iniciada en 1964 y prolongada en 1968 en Brasil, oleada que alcanza a Argentina en 1976.

Estos golpes militares que –entre otras consecuencias– ponen fin a la marcha de proyectos políticos progresistas, propicia el comienzo de una reflexión “desde la derrota”,³ en donde el cuestionamiento del paradigma marxista, que de alguna manera fue uno de los principales sustentos teóricos e ideológicos de esos proyectos, abre paso a la búsqueda de nuevos horizontes teóricos de reflexión. Gramsci será una de las fuentes de inspiración de esa nueva reflexión en sus momentos iniciales.

3 Dentro de un contexto teórico que hemos criticado en otro ensayo (Véase “La democracia ordenada”, en *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana editores, México, 1995), Lechner señala que uno de los méritos de los intelectuales de izquierda de pensar “a partir de la derrota” fue plantear la democracia “como la tarea central de la sociedad”. Véase *Los patios interiores de la democracia*, FCE, México, 1990, p. 36.

En Europa, por otra parte, se cruzan dos procesos que tendrán repercusiones significativas en América Latina. Uno es el creciente cuestionamiento del socialismo en los países del Este, particularmente en su condición de regímenes burocratizados y antidemocráticos, lo que estimula la búsqueda de propuestas, desde el marxismo, que permitan superar esas deformaciones.

En muchos casos, ligado al proceso anterior, se abre paso otro que busca construir una propuesta de socialismo democrático para el mundo capitalista desarrollado: su expresión más acabada es el llamado eurocomunismo. En Italia, España y Francia es en donde esta corriente política alcanza su mayor desarrollo. La obra de Gramsci sirve de abrevadero.

Son momentos en donde el entusiasmo por este autor lleva a afirmar que Gramsci es el "Lenin de Occidente", y se da por sentado que la reflexión de este último sólo es pertinente para las naciones atrasadas, el llamado Oriente en algunas interpretaciones gramscianas.⁴

La fuerza que gana el eurocomunismo en Europa Occidental camina en sentido inverso a la pérdida de vigor de las organizaciones que reclaman un nuevo orden social en América Latina, a lo menos en la naciones del cono sur. Por ello, no deja de ser paradójico que a pesar de la derrota de una de las propuestas más avanzadas para alcanzar el socialismo por vías legales, como fue el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en Chile, en 1973, vuelva a ganar vida, por algún tiempo, una estrategia que cree posible lograr la hegemonía mediante la lucha electoral.

Esta situación puede explicarse por el fuerte peso intelectual de corrientes europeas sobre la reflexión latinoamericana. Gramsci era la fuente de inspiración de una de las principales corrientes neomarxistas europea y así fue recuperado por partidos políticos y un número considerable de intelectuales latinoamericanos.

4 Es interesante destacar aquí que otros autores —los menos— buscan poner de manifiesto que no existe ruptura entre Gramsci y Lenin, Véase por ejemplo el Prólogo a *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Juan Pablo Editores, México, 1975. Allí, Jose M. Aricó afirma, por ejemplo, que no tiene sentido y constituye una burda deformación "los intentos de algunos revisionistas contemporáneos (...) de hacer aparecer como contradictorios o excluyentes los conceptos de hegemonía y dictadura del proletariado, presentando al primero como inherente a una forma particular de conquista del poder, que corresponde a las sociedades más desarrolladas, a Occidente, y al segundo como más adecuado para aquellas sociedades más retrasadas, por ejemplo, Oriente" (p. 18).

Juan Carlos Portantiero tampoco escapó a la idea de comparar a Gramsci con Lenin. Así afirma que Gramsci es "uno de los jefes socialistas más lúcidos que ha dado el siglo, comparable a Lenin, superior a Lenin en muchos aspectos". *Los usos de Gramsci*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 54, México, 1977, p. 13.

Tras los golpes militares en el cono sur, los centros universitarios mexicanos se convirtieron en el principal receptáculo de la ola migratoria de investigadores de ciencias sociales de aquella zona. Profesores brasileños, argentinos, chilenos, uruguayos, peruanos y bolivianos se congregaron en la hospitalidad que ofreció México a miles de refugiados políticos, en una nueva versión de la cálida acogida que este país ofreció al exilio español a fines de los años treinta y comienzos de los cuarenta.

Para los efectos del tema que aquí nos ocupa, es interesante destacar la presencia de un significativo número de científicos sociales, con grados diversos de adscripción al pensamiento gramsciano, particularmente argentinos, como Juan Carlos Portantiero, José Aricó y Emilio de Ipola.

La sociología y la ciencia política europea tuvo en Argentina hasta los años setenta una enorme influencia y fue en ese país en donde muchos autores del llamado "marxismo olvidado" (como Rosa Luxemburgo, George Lukacs, Nicolai Bujarin, y otros), comenzaron a ser editados en América Latina. Fue en ese país, a su vez, en donde Gramsci era más conocido, por lo que los intelectuales argentinos jugaron un papel destacado en su "descubrimiento" para el resto de la zona.

El gramscianismo ganó enorme audiencia. Nociones como las de sociedad civil, hegemonía, bloque en el poder y guerra de posiciones se convirtieron en lenguaje común en las ciencias sociales y el discurso político. Por algún tiempo, su convocatoria fue de la mano de la preocupación por una nueva idea de revolución y de socialismo.

Propuestas como las de alcanzar hegemonía por vías consensuales, que ponían en cuestión la clásica noción de revolución por la vía de la destrucción del Estado; amplias alianzas de clases y participación de la sociedad civil, frente a la noción de partidos de vanguardia y clasistas, son algunos de los elementos que los autores gramscianos divulgaban a fin de pensar en un nuevo orden social con capacidad de superar los errores que se adjudicaban a la visión leninista de la revolución y de los sujetos de la revolución.

Hacia finales de los años ochenta, la utilización de aquellos conceptos ganará creciente autonomía sobre las fuentes gramscianas que le dieron vida, junto al abandono de los interrogantes sobre la revolución y el socialismo.⁵

5 En el ensayo "Los nuevos sociólogos", hago un análisis más detallado de este punto. Véase *Las dos caras del espejo*, op. cit.

Los “usos de Gramsci”, a pesar de tener por lo general una impronta bastante moderada, perdieron vigencia en América Latina y Europa, siendo relegado este autor, al igual que otras vertientes del marxismo. El derrumbe del muro de Berlín, la desintegración de la Unión Soviética y el retorno del capitalismo en Europa del Este acentuó los cuestionamientos a las utopías planteadas por las diversas corrientes marxistas.

¿Cuál Gramsci?

La pregunta que encabeza este apartado es pertinente si consideramos que hay tantos Gramsci como lecturas e interpretaciones se hacen de su obra.

Aquí nos centraremos en la versión que nos presenta Juan Carlos Portantiero en su libro *Los usos de Gramsci*,⁶ poniendo atención a los problemas del Estado, del poder y de la revolución. La elección de este material se justifica en la medida que su autor es un reconocido especialista en Gramsci y que el texto tuvo una importante difusión e incidencia en las formas predominantes de asumir el pensamiento gramsciano en América Latina.

Comencemos con una breve síntesis del planteamiento de Portantiero. De acuerdo a este autor, la distinción entre Oriente y Occidente en Gramsci no responde a espacios geográficos sino a una “situación histórica”. En Oriente las condiciones generales económico-culturales y sociales de un país son embrionarias y se encuentran desligadas y no pueden, por lo mismo, transformarse en trincheras y fortalezas. En pocas palabras, el Estado es todo y la sociedad civil presenta un desarrollo primitivo.

En Occidente, por el contrario, “la sociedad civil se ha convertido en una estructura compleja y resistente a las irrupciones del elemento económico inmediato”. En este caso existe un justo equilibrio entre Estado y sociedad civil.

La reflexión de Gramsci tiene como trasfondo un cambio en la situación política internacional: de la ofensiva y el triunfo de la revolución rusa, se ha pasado al reflujó, con una doble derrota del movimiento revolucionario: el avance del fascismo y la degradación de la Internacional Comunista.

Este cambio en la correlación de fuerzas fundamenta la tesis gramsciana de un cambio en la estrategia de la revolución, la que no será, a juicio de Portantiero, ni reformista ni insurreccionalista: de la maniobra se pasará al

6 *Op. cit.*

asedio; de la guerra de movimientos a la guerra de posiciones; del asalto al cercamiento.

Desde esta perspectiva, la hegemonía no es más que la estrategia de asedio o guerra de posiciones.

Occidente expresa dos situaciones históricas diferenciadas, de acuerdo a la forma de articulación entre sociedad y Estado. Una, el Occidente puro, sociedades en donde “la articulación entre economía, estructura de clases y Estado asume una forma equilibrada, como anillos entrelazados de una totalidad” (p. 67).

Aquí se produce un proceso creciente de constitución ciudadana, con un sistema nacional de representación en un orden considerado como legítimo, con un justo equilibrio entre economía, sociedad y Estado. Esta es la forma particular del capitalismo sajón.

Otra es el Occidente periférico (que nada tiene que ver con la acepción cepalina del término), en donde a diferencia de Oriente, existe una sociedad civil compleja, pero desarticulada como sistema de representación, “por lo que la sociedad política mantiene frente a ella una capacidad de iniciativa mucho mayor que el modelo occidental puro” (p. 67). En esta categoría se ubican Italia, España, Portugal y Francia, y también los países latinoamericanos de mayor avance urbano e industrial, como Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Colombia y Venezuela.

La estrategia política de Gramsci, a juicio de Portantiero, se refiere especialmente a este tipo de sociedades occidentales. De allí su pertinencia para América Latina.

Portantiero asume que en Gramsci el Estado es la combinación de coerción y consenso, como resultado de la articulación entre sociedad civil y sociedad política. Así señala que “integran el Estado capitalista, como ‘trincheras’ que lo protegen de las ‘irrupciones catastróficas del elemento económico inmediato’, el conjunto de instituciones vulgarmente llamadas ‘privadas’, agrupadas en el concepto de sociedad civil y que corresponden a la función de hegemonía que el grupo dominante ejerce en la sociedad”. Y agrega: “Familia, iglesia, escuelas, sindicatos, partidos, medios de comunicación, son algunos de estos organismos definidos como espacio en el que se estructura la hegemonía de una clase, pero también en donde se expresa el conflicto social”.

Remata su argumentación con lo siguiente: “*las instituciones de la sociedad civil son el escenario de la lucha política de clases, el campo en el que*

las masas deben desarrollar la estrategia de la guerra de posiciones" (p. 57, subrayado J.O.).

Es a partir de esta visión del Estado que para Portantiero se justifica la teoría de la revolución de Gramsci en tanto guerra de posiciones (p. 56). Así indica que "la estrategia de la guerra de posiciones implica una modificación de los instrumentos de la acción política. El supuesto es que *el poder* no se 'toma' a través de un asalto, porque el mismo no está concentrado en una sola institución, el estado-gobierno, sino que *está diseminado en infinidad de trincheras*" (p. 20, subrayado J.O.).

Sobre estas premisas, la ruptura política asume una modalidad específica: "La revolución es así un proceso social, en el que el poder se conquista a través de una sucesión de crisis políticas cada vez más graves, en las que el sistema de dominación se va disgregando, perdiendo apoyos, consenso y legitimidad, mientras las fuerzas revolucionarias concentran crecientemente su hegemonía sobre el pueblo, acumulan fuerzas, ganan aliados, cambian, en fin, las relaciones de fuerza" (p. 20).

Pasemos ahora a comentar la lectura que hace Portantiero de Gramsci y la visión que de esa lectura se desprende en relación al Estado, el poder y la revolución.

Lo primero que destaca es que Portantiero asume de Gramsci una de por lo menos tres visiones que éste realiza del Estado:⁷ en tanto combinación y sumatoria de la sociedad política (o Estado en su sentido restringido) y la sociedad civil.

La más inmediata consecuencia de esta definición es que el Estado pierde sus límites y su centralidad en relación al poder, al extenderse a las instancias de la sociedad civil. El poder político ya no se concentra en el Estado, sino que se encuentra diseminado y atomizado en las diversas instituciones y relaciones presentes en la sociedad política y la sociedad civil.

Es esta fragmentación del poder y la extensión de la noción de Estado lo que sustenta que la lucha por el poder se debe desarrollar fundamentalmente en las instituciones de la sociedad civil, en tanto toma de posesión gradual de las diversas trincheras en donde se atomiza el poder.

7 Véase al respecto el artículo de Perry Anderson "Las antinomias de Antonio Gramsci", *op. cit.* También nuestro ensayo "La dilución del poder y del Estado en Gramsci", en *Acerca del Estado y la democracia*. Breviarios de Investigación, núm. 15, Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco, México, 1990.

La revolución, por su parte, se convierte en un proceso imperceptible.⁸ Se va acumulando poder y de pronto, en algún punto, que no se especifica, se produce un cambio en la correlación de fuerzas de la sociedad y se conforma una nueva hegemonía.

La necesidad de concebir el Estado en las sociedades democráticas no sólo como coerción, sino también como una instancia que gana consenso, está en el origen de la visión gramsciana que asume Portantiero. El Estado, en este tipo de regímenes, efectivamente gana legitimidad. Pero para entender esto no es necesario "agregarle" las instituciones de la sociedad civil. Basta comprender que la función política de la ciudadanía, entre otras cosas, le permite al Estado jugar con la idea de que el gobierno que se elige es un representante de toda la sociedad, resultado de la decisión de individuos cuyo voto vale lo mismo. Ideas de que la sociedad se rige por un autogobierno y que los individuos forman parte de una comunidad, son algunos de los imaginarios que despierta la democracia en las sociedades capitalistas. Estos imaginarios legitiman al Estado y refuerzan su capacidad de alcanzar consensos.

Esta función de la política en los regímenes democráticos esconde a su vez las diferencias que ocurren en la economía en donde ya no tenemos simples ciudadanos, sino individuos dueños de fábricas, tierras y bancos, frente a individuos que sólo poseen su capacidad de trabajo para subsistir. Cuando se entra a este terreno, la idea de un gobierno de todos comienza a perder vigencia. La política en el capitalismo democrático entraba el que se levante el velo sobre estos temas.⁹

En definitiva, no es necesario sumarle al Estado las instituciones de la sociedad civil para entender su capacidad de ganar consensos. Esta sumatoria, por el contrario, trae como consecuencia que se pierda la centralidad del Estado en tanto concentración del poder político, del dominio de una clase sobre otras. Así, se supone que la fuerza y poder que se ganan en la sociedad civil son fuerza y poder que se proyectan de inmediato sobre el Estado, al fin y al cabo éste incluye a aquélla.

Además de la indeterminación de los límites entre Estado y sociedad civil, en este tipo de razonamientos también existe una clara confusión respecto a

8 En el ensayo "La sociedad civil y el asunto del poder" abordé el tema de la revolución como un proceso 'imperceptible'. Véase *Las dos caras del espejo, op. cit.*

9 En el ensayo "Ciudadanía y explotación: la ruptura entre economía y política", incluido en este libro, analizo con mayor detención este problema.

la noción de poder. Se da por supuesto que el poder o fuerza en y de la sociedad civil es de la misma naturaleza que el poder en y del Estado.

Habría que señalar que no hay una línea de continuidad entre ambos tipos de poder o fuerza. Son de calidad distinta, por lo que se hace necesario establecer conceptualmente las diferencias.

En otras palabras, el poder (sin más) que se ejerce en la familia, en los medios de comunicación o en la escuela (esto es, en las instituciones de la sociedad civil), es de naturaleza distinta al poder (político) que se gana y se expresa en el Estado. El primero no tiene como fundamento una impronta clasista, aunque estas también se expresen allí. Al segundo, lo que lo define es su condición de ejercicio de dominación de una(s) clase(s) sobre otra(s).

De esta forma, se puede acumular fuerza o poder en la sociedad civil, pero siempre habrá un salto o una ruptura para alcanzar el poder del Estado (que llamamos poder *político*, para diferenciarlo del anterior) y ese paso se llama revolución, la cual, desde esta perspectiva, nunca podrá ser un proceso imperceptible.

La idea de adscribir la sociedad civil al Estado tiene antecedentes en la obra de Gramsci, pero ha sido revitalizada en los últimos tiempos por dos nuevas versiones. Por un lado, está la idea althusseriana de "aparatos ideológicos *de Estado*", entendiendo por éstos a la familia, los medios, de comunicación, la escuela, las iglesias, entre otros, esto es, a las instancias que conforman la sociedad civil. Aquí lo que tenemos también es una ampliación de la esfera del Estado, el cual pasa a ser identificado como la sumatoria de sociedad política y sociedad civil.

Lo mismo ocurre con la versión foucaultiana de poder, el cual está presente en todos los ámbitos de la sociedad. Pero al no diferenciar entre poder y poder político, tiende a derivarse del análisis la idea de que si la mujer va rompiendo el dominio que ejerce el hombre en la familia, o que si los educandos van modificando las relaciones de poder en la escuela, lo que se está haciendo es modificar el poder *del Estado*.

Es indudable que la liquidación de los ámbitos de dominio en la sociedad civil es sumamente importante. Pero la acumulación de cambios en esa esfera no resuelve la transformación de las relaciones de poder político y de dominio en el Estado. Esto requiere una acción específica en relación al Estado y cualquiera que sea el nombre de esa ruptura, supone algo diferente a la que se realiza en las otras instancias de la sociedad.

Consideraciones finales

Aquí —no está demás subrayarlo— no hemos analizado la obra de Gramsci, sino tan sólo algunas lecturas e interpretaciones de sus escritos. Pero es pertinente señalar que más allá de las ambigüedades y asuntos no resueltos en su obra, por las razones inicialmente señaladas en este ensayo, cabe afirmar que este autor abrió a la reflexión una serie de problemas de particular relevancia, que se acrecientan en el último tiempo ante la urgencia de construir una nueva utopía socialista.

Las vías para la ruptura en sociedades con una sociedad civil desarrollada y con Estados que tienen grados importantes de legitimidad; la importancia de la lucha política en las diversas instancias de la sociedad civil; la necesidad de ganar voluntades para proyectos populares; fórmulas que permitan una relación desburocratizada entre dirigentes y sociedad; la necesidad de construir un socialismo democrático, etcétera, son algunos de los puntos que encuentran en la obra de Gramsci importantes filones para una rica reflexión.

Estado, poder, democracia y revolución: viejos problemas y nuevos debates

•
1. Pensar sobre el Estado es reflexionar sobre tres temas teóricos y políticos claves de nuestro tiempo: el poder, la revolución, y la democracia. Lo que digamos del Estado, de sus características, de sus perfiles, de sus relaciones con la sociedad, tiene directa incidencia en las concepciones del poder, la revolución y la democracia.

2. En el marxismo no existe una única visión sobre el Estado. Existen tantas como escuelas se han desarrollado en su interior. Por ello es que hablamos de “los marxismos” y el Estado. Aquí, como es obvio, no hablaremos de todos los marxismos. Sólo nos detendremos a dibujar algunos problemas planteados por algunos autores que, para los efectos de la discusión actual, tienen, a nuestro juicio, importancia.

El Estado como centro del poder

3. En el marxismo clásico, el de Marx, Engels y Lenin, el Estado está asociado a la idea de poder. Más aún, el Estado es concebido como el centro del poder. La lucha por el poder es, en primer lugar, la lucha por el Estado, para conquistarlo y transformarlo. Para esta visión, quién detente el Estado, detenta el poder.

El poder, en tanto capacidad de las clases sociales de realizar sus intereses, es esencialmente fuerza y coerción. Conquistar el Estado supone un arduo proceso de acumulación de fuerzas para destruir el poder de las clases que dominan. La revolución, que en su visión restringida no es más que el proceso de destrucción del viejo poder, tiende a ser un proceso violento, ya que quienes detentan el control estatal y el poder se negarán a cederlo de manera gratuita.

4. Esta visión, que es asumida por muchos marxistas como una premisa sin discusión, olvida preguntarse por las condiciones históricas que llevaron a los clásicos del marxismo a formularla. Vale la pena destacar en este sentido que Marx y Engels conocieron a una Europa en donde el poder efectivamente

funcionaba de la manera más descarnada, siendo la violencia un recurso permanente de las clases gobernantes.

Sólo hacia mediados de la segunda parte del siglo pasado comienzan a tomar forma nuevos procesos, como las elecciones, que harán morigerar los rasgos coercitivos del Estado y de la dominación. Engels, para esas fechas, llegará incluso a hablar de la importancia de participar en procesos electorales como un camino para ganar el control del Estado.

5. Los escritos de Lenin sobre el Estado recogen el legado de Marx y Engels al respecto. Pero también se alimentan de la realidad de la Rusia zarista, un régimen despótico en donde la represión era pan de cada día y en donde la coerción y la violencia eran medios cotidianos de ejercicio del poder.

La revolución rusa, para triunfar, no tenía otro camino que enfrentar un Estado violento y represivo, recurriendo a la violencia. Pensar que los cambios podían desarrollarse de otra manera era imposible, ya que el marco conceptual y la realidad apuntaban a concebir las transformaciones como resultado de un agudo proceso de enfrentamientos llevado a su máxima expresión: la guerra civil entre clases. No hay que olvidar que la democracia era una flor que no brotaba en esas tierras.

6. El triunfo de la revolución bolchevique en Rusia, graficado en el asalto al Palacio de Invierno, vino a confirmar las tesis clásicas sobre el Estado, el poder y la revolución. El poder armado de soldados, obreros y campesinos había logrado triunfar. Hablar de revolución era hablar de violencia. La lucha política era prepararse para la guerra civil y el partido para el asalto al poder. Las peculiaridades de la revolución rusa, los aspectos históricos específicos que hicieron necesario y posible que se actuara de una determinada manera, pasaron a convertirse en modelo universal de cómo hacer la revolución y alcanzar el poder.

Este fue uno más de los discutibles legados que dejó Stalin.

Fronteras difusas entre el Estado y la sociedad civil

7. Estos asuntos preocuparon enormemente a Antonio Gramsci, político y teórico italiano, nacido en Cerdeña, quien produjo sus principales obras en los años treinta (*Cuadernos de la cárcel*) y quien permaneció en prisión desde 1926 hasta 1938, falleció a los meses de su liberación. Su primera virtud fue poner en discusión verdades que pocos, dentro del movimiento comunista de su época, se atrevían a cuestionar. Por ello, la incomprensión de sus propios correligionarios fue un resultado natural a sus interrogantes y respuestas.

8. Sin conocer la democracia en toda su extensión, Gramsci intuye, sin embargo, que el poder puede ser ejercido de maneras más sutiles que las formas conocidas en la Rusia zarista, o en la Europa de mediados del siglo pasado. Y si el poder puede ser ejercido de otra manera, el Estado asume otras formas y la revolución o la lucha por el poder puede y debe desarrollarse de otras maneras.

9. Es en esta línea de reflexión que llega a señalar que existen sociedades en donde el dominio se realiza por medio de un sistema mucho más complejo que el simple Estado o el simple ejercicio de la coerción. Que existen casos en donde el Estado forma parte de un sistema de dominación en donde junto a él (la sociedad política) se desarrolla una sociedad civil, esto es, un conjunto de instituciones como la escuela, las iglesias, los medios de comunicación, entre otros, que le permiten a las clases en el poder ejercer su dominio por vías también consensuales y ganar el acuerdo de las clases subalternas a sus políticas. De esta forma, en estas sociedades el consenso es el instrumento clave del dominio, y la represión más bien un arma que se utilizaría en momentos especiales.

10. Para Gramsci, en las formaciones sociales en donde la sociedad civil se ha desarrollado y mantiene independencia frente al Estado, la conquista del poder asume características distintas a aquéllas en donde sólo existe el Estado o en donde el Estado logra subordinar o asimilar a la sociedad civil. Si en estas últimas la guerra de movimientos, o enfrentamientos directos al Estado (caso de la revolución rusa) es la fórmula que parece apropiada, en aquellas otras –en donde la dominación se ejerce no sólo a través de la coerción del Estado, sino también por medio del consenso–, la lucha por el poder se lleva adelante en una guerra de posiciones, esto es, por la vía de conquistas de “territorios” políticos parciales y en periodos de tiempo prolongados.

11. Ya no se trata de un asalto al poder, como en el caso en donde “el Estado es todo”, sino de un acosamiento y cercamiento del poder, para una vez rendidas las últimas defensas del Estado, luego de un proceso largo, éste se vea copado.

12. La guerra de posiciones implica una política de desgaste de las políticas y posiciones de las clases dominantes. No hay que olvidar que estamos hablando de sociedades en donde estas clases ejercen su dominio con el acuerdo de los dominados. Por tal razón, la guerra de posiciones exige que los dominados rompan con el predominio ideológico, cultural y político de los dominantes, por la vía de levantar proyectos ideológicos y políticos

alternativos. Ésta será una de las vías para ganar hegemonía, esto es, dirección ideológica y cultural sobre sectores sociales cada vez mayores, lo que redundará en mayores cuotas de poder y en posibilidades de ir arrinconando a los que detentan el poder.

13. Todo autor ofrece múltiples interpretaciones. Esta afirmación es particularmente válida para la obra de Gramsci debido a muchas razones entre las que destacan: a) la dificultad de dar cuenta con un vocabulario viejo de problemas nuevos ; b) las dificultades reales de Gramsci de esclarecer puntos para nada simples, y c) el hecho que parte sustantiva de su obra la escribió en la cárcel, por lo que el mismo debió censurarse a fin de que sus trabajos pudieran romper con el cerco impuesto por el control fascista.

14. Esta situación ha hecho que surjan diversas “lecturas” de la obra de Gramsci y las más variadas interpretaciones de sus concepciones políticas. Por ello es posible distinguir a seguidores del Gramsci que ponen énfasis en la autonomía de la clase obrera y en la fuerza de los sindicatos como fórmulas para pensar el quehacer político y el cambio (aspecto que destaca en las obras juveniles de Gramsci), frente a otros que conciben a Gramsci como un propagandista de las fórmulas puramente electorales como camino para acceder al poder y que ven en la conquista de parcelas de poder y en las reformas la vía para el cambio del Estado.

15. En Gramsci –por las razones más arriba expuestas– existe una gran confusión respecto a la delimitación de los espacios específicos del poder político y del Estado en las sociedades capitalistas. Así, en ciertos momentos el Estado se identifica con la sociedad política; en otros, con la sociedad civil; así como en ciertos momentos el Estado es entendido como la suma de la sociedad política y la sociedad civil.

Estas indefiniciones traen como consecuencia que a la hora de querer precisar una estrategia de poder, los planteamientos gramscianos puedan ser leídos de acuerdo al gusto político del lector.

16. Por otra parte, existe un problema no resuelto respecto a cómo la estrategia de guerra de posiciones permite alcanzar el poder. Una cierta lectura de Gramsci entiende que el poder se alcanza con la simple sumatoria de posiciones ganadas en la sociedad civil, lo que a la larga se convertirá en un cambio de calidad respecto a los intereses sociales que se representan en el Estado. De esta forma la idea de revolución desaparece y se tiende a privilegiar una estrategia de simple acumulación de posiciones en la sociedad civil

y de copamiento de la sociedad política, como plantea el pensamiento socialdemócrata.

17. Se puede estar de acuerdo con la idea de que en sociedades complejas (con una sociedad civil desarrollada), el poder no se alcanza simplemente con un asalto. Pero de allí no se puede pasar a la idea en donde el socialismo simplemente aparece como la acumulación de conquistas democráticas en el capitalismo, con lo que la idea de ruptura desaparece. Entre las posiciones ganadas en la sociedad civil y las posiciones de poder en la sociedad política hay un salto de calidad que obliga aún a pensar en la idea de ruptura. El problema actual es resolver qué forma asume esa ruptura.

18. Si existen zonas grises en la teoría de la revolución en Gramsci, sus propuestas son más claras (aunque menos desarrolladas) a la hora de pensar la nueva sociedad. Lo cierto es que Gramsci ofrece un sinnúmero de claves para pensar en la posibilidad de un socialismo de nuevo tipo, democrático y desburocratizado, revalorizadas luego de las experiencias fracasadas del llamado socialismo real.

19. Uno de los problemas del porqué las sociedades del llamado socialismo real crearon modelos políticos autoritarios tiene que ver con las características que presentaba el sistema de dominio antes de que se diera la revolución y la toma del poder. En esas sociedades, por lo general, no existía una sociedad civil desarrollada, y que además funcionara con independencia del Estado. Esto, en lo que aquí nos preocupa, significaba que antes de la revolución, las clases dominadas no conocieron un sistema político con varios partidos políticos compitiendo, de medios de comunicación independientes, de elecciones reales, etcétera. Es decir, no conocieron lo que son los aspectos positivos de la democracia en manos de la burguesía. Esto favoreció, con posterioridad a la revolución, la creación de sistemas políticos autoritarios, que se vieron alimentados a su vez por concepciones "socialistas" de partido único, de Estados omnipresentes en todas las esferas de la sociedad, etcétera.

20. El nuevo socialismo no puede pensarse sino como uno en donde exista una gran desarrollo e independencia de la sociedad civil, con una elevada cuota de pluralismo y en donde las clases hasta ahora subordinadas ganen en capacidad de incidir de manera efectiva en las decisiones públicas y en capacidad de incidir en los derroteros políticos y culturales de la sociedad, esto es, en hegemonía, al decir de Gramsci.

La dilución del poder

21. La visión del poder diluido en distintas instituciones y relaciones de la sociedad alcanza en Michel Foucault su máxima expresión. La inclusión de Michel Foucault en esta exposición no obedece a la diáfana adscripción al marxismo de este autor, sino a que su discurso ha tenido un fuerte impacto en el mundo intelectual de esta corriente, y porque sus planteamientos ofrecen puntos de vista que se contraponen –o complementan– con aspectos centrales considerados por otros autores, lo que ayuda a la exposición de los problemas que aquí nos ocupan. Para Foucault –pensador francés que produce sus principales obras en los años sesenta-setenta, y que fallece en 1984– el poder no se concentra en una institución, el Estado, sino que, por el contrario, se encuentra fragmentado en las más variadas instituciones y relaciones de la sociedad: la escuela, los medios de comunicación, la familia, la relación de pareja, la relación padre-hijo, etc. En todos estos ámbitos se ejerce el poder y está el poder.

22. Dice Foucault: “El poder está en todas partes: no es que lo englobe todo, sino que viene de todas partes” (*Historia de la sexualidad*, vol. 1, La voluntad de saber. Siglo Veintiuno editores, México, 1977, p. 113). Unas líneas más adelante Foucault agrega que

... el poder viene de abajo; es decir, que no hay, en el principio de las relaciones de poder, y como matriz general, una oposición binaria y global entre dominadores y dominados, reflejándose esa dualidad de arriba abajo y en grupos cada vez más restringidos, hasta las profundidades del cuerpo social. Más bien hay que suponer que las relaciones de fuerza múltiples que se forman y actúan en los aparatos de producción, las familias, los grupos restringidos y las instituciones, sirven de soporte a amplios efectos de escisión que recorren el conjunto del cuerpo social. (p. 114 y s.).

23. En medio de este poder que viene de todas partes, una de las características de la sociedad moderna (la sociedad burguesa) es que crea una dominación disciplinaria en donde el poder se concentra en los cuerpos humanos y sus operaciones. El hombre moderno tiene vigilancia incesante. Se ha creado una sociedad carcelaria.

24. Esta maquinaria disciplinaria al final termina de engullir a todos, a gobernantes y gobernados. El poder se convierte así en un mecanismo que engloba todos los actos y todos los personajes. Todo mundo pasa a ser presa de esta situación.

25. La propuesta analítica del poder de Foucault trastoca los planteamientos clásicos. El poder debe ser analizado desde una perspectiva ascendente. No se debe partir de su centro “más alto” (el Estado, que supone un análisis descendente), sino que debe partirse de su base, de sus aspectos regionales y locales e incluso de aquellas instancias mínimas en donde el poder se vuelve capilar.

26. La crítica más seria a estos planteamientos es que presentan una idea muy atomizada del poder. Éste está en todas partes, y al mismo tiempo no está en ninguna. La sobreampliación del concepto termina por hacer que pierda en especificidad y profundidad. Todo es poder, por lo que a la larga nada es poder.

27. Otra crítica apunta a señalar que el poder foucaultiano “pierde todo contenido explicatorio porque no tiene nada determinado a lo que pueda oponerse” (Peter Daws). Está en todas partes, pero a la hora de querer asirlo para poder definir una estrategia, ya sea para alcanzarlo o para combatirlo, se diluye entre las manos. Por ello, cabe preguntarse: ¿Los cambios en la relación de dominio hombre-mujer o padre-hijo, o psicoanalista-paciente tendrán en la sociedad las mismas implicaciones que las de modificar el dominio entre clases dominantes y clases dominadas?

28. Es indudable que en la relación hombre-mujer hay relaciones de poder y de dominio, lo mismo que en la relación padre-hijo. Pero éstas son de un naturaleza distinta que las relaciones de poder entre clases dominantes y dominadas. Lo que existe en Foucault es una confusión entre poder en tanto dominio cualquiera y poder *político*, que tiene que ver con el dominio *político* y con el dominio desde el Estado.

29. Los planteamientos de Foucault conducen a pensar la revolución como un movimiento que se inicia por la base de la sociedad, con cambios en las relaciones de poder que allí se reproducen, para luego culminar con transformaciones en la cúspide y en el Estado. Esta visión tiende a modificar de manera radical el planteamiento clásico al respecto, que supone como paso inicial el cambio en el Estado, para luego proponerse modificaciones en el resto de la sociedad.

30. A pesar de las confusiones entre el poder político y el poder a secas, que conducen a oscurecer los problemas referidos a la transformación de la sociedad, y si los cambios se inician desde abajo o desde arriba, existen en los planteamientos de Foucault aspectos que son importantes de considerar. De ellos destaco que si bien es fundamental alcanzar el poder político por parte de los sectores dominados, este cambio no resuelve las injusticias y

mecanismos de dominio que existen en otros ámbitos de la sociedad y que son necesarios de modificar, como las relaciones hombre-mujer, el autoritarismo en las fábricas, en las esferas del trabajo en general, etcétera. La revolución del Estado no resuelve la necesidad de revolucionar el conjunto de la sociedad y cada uno de los tejidos en donde se produce y reproduce dominio. Estos aspectos, en un proyecto socialista democrático, tienen que ser repensados y modificados.

La autonomía del Estado y su extensión

31. Nicos Poulantzas es otro de los marxistas que ha reflexionado sobre los temas que aquí nos ocupan. Discípulo de Louis Althusser, Poulantzas produjo una gran cantidad de libros en donde analiza las clases sociales, el poder, la revolución y el socialismo. Su muerte prematura fue un signo de su tiempo: la crisis política y teórica del marxismo (o más específicamente, al decir de Perry Anderson, la crisis política y teórica del marxismo "latino"). Existe una crítica que pone el acento en el excesivo estructuralismo presente en su reflexión. Los hombres aparecen como simples portavoces de relaciones estructurales, con lo cual son las estructuras y no los individuos los puntos en donde debe ponerse la atención.

32. En su análisis de las clases Poulantzas señala que es necesario distinguir en el seno del bloque dominante a las diversas fracciones y sectores que lo conforman y los grados diversos de fuerza que cada uno posee, a fin de aproximarnos a la comprensión de los proyectos que dirigen al Estado y las fricciones y contradicciones que se generan en su interior.

33. Las clases y fracciones dominantes ejercen el poder estableciendo alianzas políticas, todo lo cual permite configurar un bloque en el poder. En este bloque, que no es más que una forma específica, en un momento determinado, de cómo se establecen las alianzas entre las diversas clases y fracciones dominantes, existen liderazgos que definen una determinada orientación a los proyectos de estos sectores.

34. Esto supone que no existe un solo proyecto político, ni económico, ni cultural entre las clases dominantes y que en un momento determinado es uno de ellos el que se impone, convirtiéndose en el proyecto que busca revestirse en proyecto de nación. Estos proyectos pueden generar fisuras, porque pueden no atender las necesidades de todos los sectores dominantes, lo cual crea quiebres que a la hora de una estrategia política de los sectores dominados, son importantes de considerar.

35. Otro punto significativo en Poulantzas tiene relación con sus ideas sobre la representación política. Para este autor no existe una relación directa entre clases sociales y Estado (o entre clases y partidos políticos, clases y sindicatos, etcétera). Hay de por medio un problema de representación. Así, por ejemplo, existen diferencias entre clases dominantes y clases reinantes. El sector social que en algún momento ocupa las principales posiciones del aparato de Estado, esto es, la clase reinante, puede ser distinto socialmente a las clases o fracciones que realmente detentan el poder (clases dominantes), esto es, las que logran imponer sus intereses.

36. En razón de esta distancia entre clases y mecanismos de representación se puede pensar al Estado como una instancia con autonomía relativa frente a las clases que detentan el poder. El Estado ya no es un simple instrumento de estas últimas, sino que puede jugar posiciones propias, en aras de mantener el dominio, desarrollando políticas que pueden permitir beneficios a distintas clases o fracciones, incluso del campo de las clases dominadas. De esta forma, la defensa de los intereses de las clases o fracciones que detentan el poder se hace por líneas quebradas y rara vez por caminos en línea recta.

37. Esta distancia o autonomía que mantiene el Estado frente a las clases dominantes permite mirar varios problemas.

Por de pronto, permite superar una visión puramente instrumental del Estado y una relación mecánica entre clases dominantes y el Estado, como ya lo señalábamos.

También permite comprender que en muchos momentos las clases reinantes pueden ganar tanta autonomía, que tengan poco que ver con los intereses de quienes dicen representar.

38. El problema de la representación política es de la mayor importancia en el análisis político porque supone preguntarse en cada momento por los intereses que están presentes en un discurso o acción cualquiera. Los medios de comunicación, por ejemplo, son un espacio en donde se hacen presente intereses sociales y políticos diversos y el análisis debe ser capaz de desentrañarlos.

39. Otro importante problema referido a la representación política se refiere a la correspondencia o no correspondencia entre el instrumento que representa y los sectores sociales representados. Muchas veces es posible encontramos que un partido político dice representar a un determinado sector social y sin embargo percibir que ese sector social camina en una dirección contraria a la que se dirige su supuesta representación. Esto provoca

representaciones que en la realidad están vacías de los contenidos sociales que supuestamente tienen.

40. Cuando esta situación se generaliza en la sociedad, esto es, que la mayoría de las organizaciones políticas no representan a lo que creen representar, tenemos lo que se llama una crisis de representación. En esos momentos las clases sociales, fracciones y sectores sociales buscan a través de nuevos instrumentos los canales adecuados de representación, que pueden ser partidos políticos u otras formas.

41. También debe considerarse que las formas de representación de las clases van asociadas a los momentos políticos que se viven, a la adecuación del instrumento a las tareas que ese momento requiere. Así, por ejemplo, en muchas ocasiones en América Latina, sectores de las clases dominantes han buscado en sectores de las Fuerzas Armadas o en éstas como institución una forma de representación, porque los conflictos políticos han llegado a un punto en donde los partidos políticos no les aseguran la defensa de sus posiciones. Así es como pueden producirse golpes militares, en donde sectores militares pasarán a ocupar el escenario político y las posiciones cúspides del aparato estatal.

42. Es evidente que cambios en la representación como los recién señalados provocan cambios a su vez en el sistema político. No es lo mismo tener partidos políticos que a las Fuerzas Armadas en el campo de la representación. El sistema político, con estas últimas, tiende a hacerse más rígido, por ejemplo, para sólo mencionar un aspecto que ponga en evidencia las diferencias. Los instrumentos de representación inciden por tanto en las formas y modalidades de un sistema político.

43. La democracia es un sistema de representación, por lo que es clave conocer de qué modo la ciudadanía se representa. En la democracia representativa siempre los ciudadanos delegan responsabilidades a otras personas e instituciones. Por tal motivo siempre sus intereses y lo que quieren alcanzar se encuentra mediatizado por el uso de esta especie de intermediarios, en donde los partidos políticos son la forma fundamental.

44. Esto es motivo de fuertes discusiones en la teoría política. Algunos autores, que se alimentan de los planteamientos de Juan Jacobo Rousseau, por ejemplo, formulan la aplicación de la democracia directa, esto es, en donde sin la mediación de instrumentos de representación, la ciudadanía decide sobre lo que le interesa. Frente a este planteamiento, otros autores, como Norberto Bobbio, sostienen que ese camino es inviable, por las dificultades que

implica consultar de manera directa a la población, por lo que se manifiestan a favor de las formas de democracia representativa.

45. Otro punto de significación en Poulantzas en relación con los temas de la democracia, el socialismo y la revolución es el que se refiere a su noción de que el sistema educativo, los medios de comunicación, las iglesias, esto es, aquellos espacios que al decir de Gramsci constituyen a la sociedad civil, constituyen “aparatos ideológicos *de Estado*” (En rigor, fue Althusser el que planteó inicialmente este término. Pero Poulantzas terminó de darle forma). Subrayo el aspecto *de Estado* porque junto con reconocer que estas instituciones juegan un papel significativo en un sistema de dominación, se las adscribe como instancias pertenecientes al Estado.

46. El problema de una formulación de este tipo es la siguiente: si siempre y en todo momento se parte de la idea que esas instituciones son parte del Estado, la noción misma de Estado se ensancha. Esto trae aparejado el problema de suponer que las luchas sociales en esos espacios son luchas que golpean o afectan al Estado mismo, con lo cual una estrategia de poder puede caer en confusiones, al no poder diferenciar entre lo que es propio del Estado y lo que por naturaleza no le pertenece, si bien en situaciones coyunturales puede estar bajo su control (como ocurre cuando los Estados autoritarios se apropian de diversas instancias de la sociedad civil —medios de comunicación, iglesias, educación, etc.— y las mantienen en férreo control).

47. Pero además se asume que la sociedad civil nunca puede mantener autonomía con el Estado, ya que siempre le pertenece por definición. De esta manera se hace difícil comprender los movimientos que en los medios de comunicación, el sistema educativo, las iglesias, etcétera, se producen en aras de reducir el papel del Estado en la sociedad y en general las acciones contestatarias que en estos espacios se generan.

48. Podríamos afirmar que en general una sociedad es más democrática en tanto las instituciones de la sociedad civil mantienen mayor autonomía frente al Estado. Por el contrario, el avance del Estado sobre estas instituciones nos da una pauta de su grado de autoritarismo.

49. En sus últimos trabajos (particularmente en *Estado, poder y socialismo*, Siglo Veintiuno editores, México, 1979), Poulantzas hace un serio esfuerzo por morigerar la visión estructuralista e instrumentalista del Estado, al tiempo que formula ideas valiosas en aras de concebir un socialismo democrático.

Referencias

Una versión inicial del ensayo “La despolitización de la política y de la ciudadanía” fue presentado en la Primera Conferencia de Filósofos y Científicos Sociales de México, Estados Unidos y Canadá, realizada en Puebla, del 26 al 28 de junio de 1997. Para esta edición fue ampliada y revisada.

El ensayo “Lo gobernable e ingobernable de la democracia en América Latina. Una crítica al modelo de la gobernabilidad democrática” se presentó como ponencia, en octubre de 1996, en la mesa Perspectivas teóricas en América Latina, del Seminario de Investigación Perspectivas Teóricas Contemporáneas de las Ciencias Sociales, organizado por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

El ensayo “La construcción (o desconstrucción) de América Latina como problema teórico” fue escrito para la revista *Política y Cultura* (y publicado en su número 8, agosto 1997), como parte del trabajo en el área de Investigación sobre América Latina en el Departamento de Política y Cultura de la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM), unidad Xochimilco.

Una primera versión del ensayo “Ciudadanía y explotación: la ruptura entre economía y política” fue presentado como ponencia en el XX Congreso de la Asociación Latinoamericana de Sociología, realizado en México en octubre de 1996, en tanto “El desarrollo como utopía y los dilemas de un proyecto alternativo” fue publicado por la revista *Problemas del desarrollo* del Instituto de Investigaciones Económicas (IIEc) de la UNAM, en su número 103, octubre-diciembre, 1995.

Las primeras ideas de “Neoliberalismo y globalización: notas para una demarcación de fronteras” se presentaron en el taller Alternativas de izquierda al neoliberalismo, realizado en La Habana, Cuba, en febrero de 1996 y fueron publicadas en el libro que con el mismo título coordinaron H. Dilla, M. Monereo y J. Valdés Paz, publicado en Madrid en 1996 por la Fundación de Investigaciones Marxistas y el Centro de Estudios América.

El ensayo “La actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia: una visión crítica” fue publicado en el libro *La teoría social latinoamericana*, Tomo IV, coordinado por Ruy Mauro Marini y Mária Millán, editado por El Caballito/UNAM, México, 1996. En esta misma colección, pero en su tomo III, apareció publicado en 1995 el ensayo “El gramscianismo en América Latina”.

Una primera versión del ensayo “Estado, poder, democracia y revolución: viejos problemas y nuevos debates” salió publicado bajo el título “Los marxismos y el Estado” en el libro *Política y Estado en el pensamiento moderno*, coordinado por Gerardo Ávalos Tenorio y María Dolores París y editado por la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, en la colección La Llave, núm. 10, 1996.

Todos los ensayos se revisaron para esta edición, tanto para actualizarlos como para evitar repeticiones. A todos se les incluye la bibliografía que muchos de ellos, en su primera versión, no contaban.

Bibliografía

□ *La despolitización de la política y de la ciudadanía*

Bobbio, N., "Marx, el Estado y los clásicos" en José Fernández Santillán (comp.), *Norberto Bobbio: el filósofo y la política*, FCE, México, 1996.

—————, *Thomas Hobbes*, FCE, México, 1992.

Bovero, M., "Lugares clásicos y perspectivas contemporáneas sobre política y poder" en N. Bobbio y M. Bovero, *Origen y fundamentos del poder político*, Grijalbo, México, 1985.

Buchanan, J. y G. Tullock, *El cálculo del consenso*. Planeta-Agostini, Barcelona, 1993.

Calderón, F. y E. Jelín, "Clases sociales y movimientos sociales en América Latina", en *Proposiciones*, núm. 14, Sur ediciones, Santiago, 1987.

Clausewitz, K. Von, *De la guerra*, Libro I, Editorial Diógenes, México, 1972.

Cueva, A., (comp.), *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina*, Conaculta, México, 1994.

Fernández Santillán, J., *Norberto Bobbio: el filósofo y la política*, Antología, FCE, México, 1996.

Hirsch, Joachim, *Globalización, capital y Estado*, DRS-UAM-X, México, 1996.

Hirschman, A., *Retóricas de la intransigencia*, FCE, México, 1991.

Hobbes, T., *Leviatán*, FCE, México, 1994.

Huntington, S., *La tercera ola. La democratización a finales del siglo XX*. Paidós, Buenos Aires, 1994.

Kliksberg, B., *El rediseño del Estado*, FCE-LAR, México, 1994.

Lechner, N., *Los patios interiores de la democracia*, FCE, Chile, 1990.

—————, *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1986.

- , *¿Qué significa hacer política?*, Desco, Lima, 1982.
- , “La reforma del Estado y el problema de la conducción política”, en *Perfiles latinoamericanos*, núm. 7, Flacso-México, diciembre, 1995.
- Meyer, L., y J. L. Reyna (coord.), *Los sistemas políticos en América Latina*, Siglo Veintiuno editores/Universidad de las Naciones Unidas, México, 1989.
- O’Donnell, G., “Estado, democratización y ciudadanía”, en *Nueva Sociedad*, núm. 128, Caracas, noviembre-diciembre, 1993.
- , “Ilusiones sobre la consolidación”, en *Nueva Sociedad*, núm. 144, Caracas, julio-agosto, 1996.
- Osorio, J., “La sociedad civil y el asunto del poder” en *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana editores, México, 1995.
- Przeworzky, A., *Sustanaible Democracy*,
- Sartori, G., *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*. FCE, México, 1992.
- Torres-Rivas, E., “Centroamérica: democracias de baja intensidad”, en Agustín Cueva (comp.), *Ensayos sobre una polémica inconclusa. La transición a la democracia en América Latina*, Conaculta, México, 1994.
- , “La democracia latinoamericana en la fragua”, en *Modernización económica, democracia política y democracia social*, Centro de Estudios Sociológicos, El Colegio de México, 1993.
- Touraine, a., *El regreso del actor*, Eudeba, Buenos Aires, 1987.
- Vilas, C., “La reforma del Estado como cuestión política” en *Política y Cultura*, núm. 8, Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco, México, 1997.
- *Lo gobernable e ingobernable de la democracia en América Latina*
- Aguilar Camín, H., “Lectura de la democracia mexicana. Una entrevista”, en *Nexos*, núm. 137, México, 1989.
- Alcántara Sáez, M., *Gobernabilidad, crisis y cambio*, FCE, México, 1995.
- Anderson, P., “Balanco do neoliberalismo”, en E. Sader (organizador) *Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado Democrático*, Editora Paz e Terra, Sao Paulo, 1995.

- Arcos, X. y S. Giner, *La gobernabilidad. Ciudadanía y democracia en la encrucijada mundial*, Siglo Veintiuno editores, España, 1993.
- Bobbio, N., *Liberalismo y democracia*, Breviarios, FCE, México, 1989.
- , *Thomas Hobbes*, FCE, México, 1992.
- Borón, A., “La transición hacia la democracia en América Latina: problemas y perspectivas”, en *Modernización económica, democracia política y democracia social*. CES- El Colegio de México, 1993.
- Camou, A., “Gobernabilidad y democracia en México. Avatares de una transición incierta”, en *Nueva Sociedad*, núm. 128, Caracas, noviembre-diciembre, 1993.
- , “Gobernabilidad y Democracia”, en *Cuadernos de divulgación de la cultura democrática*, núm. 6, IFE, México, septiembre, 1995.
- Centro de Estudios Sociológicos, *Modernización económica, democracia política y democracia social*, El Colegio de México, 1993.
- CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Santiago, 1990.
- , *Balance preliminar de la economía latinoamericana 1995*, Santiago, 1995.
- , *Panorama de la economía de América Latina 1996*, Santiago, 1996.
- Crozier, M., *Estado modesto, Estado moderno. Estrategia para el cambio*, FCE, México 1992 .
- , S. Huntington y J. Watanuki, “La gobernabilidad de la democracia. Informe del Grupo Trilateral sobre la gobernabilidad de la democracia al Comité Ejecutivo de la Comisión Trilateral”, en *Cuadernos Semestrales Estados Unidos*, núm. 2-3, CIDE, México, 1977.
- Degregori, C. I., “Etnicidad, modernidad y ciudadanía. El aprendiz de brujo y el curandero chino” en *Modernización económica, democracia política y democracia social*, CES-El Colegio de México, 1993.
- Farfán, R., “Del paradigma político de la transición. Estudio crítico de un modelo de análisis político”, en *Sociológica*, núm. 30, UAM-Azcapotzalco, México, enero-abril, 1996.
- Garretón, M. A., “Aprendizaje y gobernabilidad en la redemocratización chilena”, en *Nueva Sociedad*, núm. 128, Caracas, noviembre-diciembre, 1993.
- Lechner, N., “La reforma del Estado y el problema de la conducción política”, en *Perfiles Latinoamericanos*, núm. 7, Flacso-México, diciembre, 1995.

- , “Las transformaciones de la política”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 1, 1996.
- , *Cultura política y gobernabilidad democrática*, IFE, México, 1995.
- Macpherson, C.B., *La teoría política del individualismo posesivo*, Fontanella, España, 1970.
- O’Donnell, G., “Estado, democratización, ciudadanía”, en *Nueva Sociedad*, núm. 128, Caracas, noviembre-diciembre, 1993.
- Osorio, J., *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana editores, México, 1995.
- Pereira, C., *Sobre la democracia*, Cal y arena, México, 1990.
- Sartori, G., *La política. Lógica y método en las ciencias sociales*, FCE, México, 1984.
- , *Teoría de la democracia*, 2 tomos, Alianza Universidad, Madrid, 1988.
- Tomassini, L., *Estado, gobernabilidad y desarrollo*, Serie de monografías del BID, Washington, D.C., 1993.
- Torres Rivas, E., “La democracia latinoamericana en la fragua”, en *Modernización económica, democracia política y democracia social*, El Colegio de México, 1993.
- Vergara, R., “Nuevos modelos de crecimiento: una revisión de la literatura y algunos elementos para una estrategia de desarrollo”, *Estudios Públicos*, núm. 43, Santiago, 1991.
- *La construcción (o desconstrucción) de América Latina como problema teórico*
- Aguirre, C., “Dimensiones y alcances de la obra de Fernand Braudel”, en *Primeras Jornadas Braudelianas*, de C. Aguirre, et al. Instituto Mora-UNAM-IFAL, México, 1993.
- , “La larga duración: *in illo tempore et nunc*”, en *Segundas Jornadas Braudelianas* de C. Aguirre, et al. Instituto Mora-UAM, México, 1995.
- , “Entrevista a Fernand Braudel en sus ochenta años de vida”. *Ensayos* núm. 122, 1990. División de Estudios de Posgrado, Facultad de Economía, UNAM, México.

- Assadourian, C.S., "Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo", en *Modos de producción en América Latina*, de Assadourian, et al, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 40, Córdoba, 1973.
- Bambirra V., *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo Veintiuno editores, México, 1974.
- Banco Mundial, *The Challenge of Development: World Development Report 1991*. Oxford University Press, New York, 1991.
- Braudel, F., *Civilización material, economía y capitalismo. Siglos XV-XVIII*, Alianza Editorial, Madrid, 1984.
- , *La dinámica del capitalismo*. Breviarios del FCE, México, 1986.
- , *La historia y las ciencias sociales*. Alianza Editorial, México, 1989.
- Cardoso, F. H., y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo Veintiuno editores, México, 1969.
- Cueva, A., *El desarrollo del capitalismo en América Latina*. Siglo Veintiuno editores, México, 1977.- Chesnaux, J., *¿Hacemos tabla rasa del pasado?* Siglo Veintiuno Editores, México, 1977.
- CLACSO, *¿Hacia un nuevo orden estatal en América Latina?*, Biblioteca de Ciencias Sociales, Tres tomos, Buenos Aires, 1990.
- De Ipola, E., "Estructura y coyuntura: las 'mediaciones'", en *Teoría y política de América Latina*, Juan Enrique Vega (coordinador), Libros del CIDE, México, 1983.
- Dos Santos, T., *Imperialismo y dependencia*, Editorial Era, México, 1978.
- Fanelli, J. M., R. Frenkel y L. Taylor, "Informe acerca del desarrollo mundial 1991. Evaluación crítica", en *El Trimestre económico*, núm. 234, México, 1992.
- Frank, A. G., *América Latina: subdesarrollo o revolución*. Editorial Era, México, 1973.
- , *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 1970.
- Freund, J., *Sociología de Max Weber*, Colección Península, Barcelona, 1967.
- Kay, C., "Un reto para las teorías latinoamericanas del desarrollo y subdesarrollo". *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre, 1989.
- Kosik, K., *Dialéctica de lo concreto*, Editorial Grijalbo, México, 1967.

- Laclau, E., "Feudalismo y capitalismo en América Latina" en *Modos de producción en América Latina*, de Assadourian, et al., Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 40, Córdoba, 1973.
- Marini, R. M., *Dialéctica de la dependencia*. Editorial Era, México, 1974.
- Meadows, et al., *Los límites del crecimiento*, FCE, México, 1972.
- Osoorio, J., *El análisis de coyuntura*, CIDAMO, México, 1987.
- , *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.
- , *Raíces de la democracia en Chile*, Editorial Era/UAM, México, 1990.
- Prebisch, R., *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, FCE, México, 1981.
- Rostow, W. W., *Las etapas del crecimiento económico*, FCE, México, 1961.
- Stern, S. J., "Todavía más solitarios", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 3, julio-septiembre 1989, México.
- Sunkel, O. y P. Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo Veintiuno Editores, México, 1970.
- Valenzuela F. J., *Crítica del modelo neoliberal*, Facultad de Economía, UNAM, México, 1991.
- Vidal-Villa, J. M., "Mundialización de la economía vs. Estado-nación: cambio tecnológico y migraciones", en *Investigación Económica*, núm. 205, UNAM, México, julio-septiembre, 1993.
- Wolf, E. R., *Europa y la gente sin historia*, FCE, México, 1987.
- Wallerstein, I., "Análisis de los sistemas mundiales" en A. Giddens, J. Turner y otros, *La teoría social, hoy*, Alianza Editorial/CONACULTA, México, 1991.
- , *El moderno sistema mundial*, Tomo I, Siglo Veintiuno editores, México, 1979.
- , "Comentarios sobre las pruebas críticas de Stern", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm.3, México, julio-septiembre, 1989.
- *Ciudadanía y explotación: la ruptura entre economía y política*
- Anderson, Perry, N. Bobbio, et al., *Socialismo, liberalismo, socialismo liberal*, Nueva Sociedad, Caracas, 1993.

- Anderson, Perry, *Teoría, política e historia. Un debate con E.P. Thompson*, Siglo Veintiuno editores, España, 1985.
- Bobbio, N., *Liberalismo y democracia*, FCE, México, 1989.
- , M. Bovero, *Sociedad y estado en la filosofía moderna*, FCE, México, 1986.
- Borón, Atilio, *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Ediciones Imago-Mundi, Buenos Aires, 1991.
- Dobb, M., *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo Veintiuno editores, México, 1971.
- Hirschman, Albert, *Retóricas de la intransigencia*, FCE, México, 1991.
- Crozier, M., Huntington, S. y Watanaki, J., *The Crisis of democracy*, New York University Press, New York, 1975.
- Lechner, N., *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*, Centro de Investigaciones Sociológicas/Siglo Veintiuno editores, España, 1986.
- , “La (problemática) invocación de la sociedad civil”, en *Perfiles Latinoamericanos* núm. 5, Flacso, México, 1994.
- Macpherson, C. B., *La teoría política del individualismo posesivo*, Editorial Fontanella, Barcelona, 1970.
- Marcuse, Herbert, *Razón y revolución*, Alianza Editorial, Madrid, 1971.
- Marini, Ruy Mauro, “Razón y sinrazón de la sociología marxista”, en *Teoría Marxista de las clases sociales*, de S. Bagú, et al. *Cuadernos Teoría y Sociedad*, núm. 2, UAM-Iztapalapa, México, 1983.
- Marx, C., *Teorías sobre la plusvalía*, FCE, México, 1980.
- , *El Capital*, FCE, México, 1946.
- Meiksins Wood, Ellen, “Capitalismo y emancipación humana”, en *El cielo por asalto* núm. 4, año II, otoño-invierno, Buenos Aires, 1992.
- Merquior, J. G., *Liberalismo viejo y nuevo*, FCE, México, 1993.
- Osorio, J., “La sociedad civil y el asunto del poder” en *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.

- Schumpeter, J., *Capitalismo, socialismo y democracia*, Aguilar Ediciones, Madrid, 1968.
- Therborn, G., *Ciencia, clase y sociedad. Sobre la formación de la sociología y del materialismo histórico*, Siglo Veintiuno editores, Madrid, 1980.
- *El desarrollo como utopía y los dilemas de un proyecto alternativo*
CEPAL, *Transformación productiva con equidad*, Santiago, 1990.
- , *Equidad y transformación productiva: un enfoque integrado*, Santiago, 1992.
- Frank, A.G., *El subdesarrollo del desarrollo*, Nueva Sociedad, Caracas, 1991.
- Furtado, C., *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Eudeba, Buenos Aires, 1966.
- Hettne, B., *Development Theory and the Three Worlds*, London, Logman, 1990.
- Hobsbawqñ, E., "Crisis de las ideologías: liberalismo y socialismo", en *Memoria*, núm. 41, abril, 1992, México.
- Hodara, J., *Prebisch y la CEPAL*, El Colegio de México, México, 1987.
- Hunt, D., *Economic Theories of Development. An Analysis of Competing Paradigms*, Hemel Hempstead, UK, Harvester Wheatsheaf, 1989.
- Ianni, O., "La crisis de paradigmas en la sociología", en *Acta Sociológica*, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, México, vol. IV, núm. 1, enero-abril, 1991.
- Kay, C., *Latin American Theories of Development and Underdevelopment*, London and New York, Routledge, 1989.
- Khun, T., *La estructura de las revoluciones científicas*, FCE, México, 1994.
- Lakatos, I., A. Musgrave (eds), *La crítica y el desarrollo del conocimiento*, Ediciones Grijalbo, Barcelona, 1975.
- Larraín, C., y G. Rivas, "Problemas y opciones del desarrollo latinoamericano: análisis crítico y criterios para una propuesta alternativa", en *Investigación Económica*, núm. 115, enero-marzo, 1991. Escuela de Economía, UNAM, México.
- Larraín, J., *Theories of Development: Capitalism, Colonialism and Dependency*, London, Polity Press, 1989.

- Lehmann, D., *Democracy and Development in Latin America*, London, Polity Press, 1990.
- Marini, R.M. y M. Millán, *La teoría social latinoamericana*, Tomos I a IX, Ediciones El Caballito/UNAM, México, 1994, 1996.
- Merton, R. K., *On theoretical Sociology*, The Free Press, New York, 1967.
- Moulián, T., "El marxismo en Chile: producción y utilización", Documento de Trabajo. Serie Estudios Políticos, núm. 7, Flacso, Santiago, 1991.
- Osorio, J., *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.
- Pipitone, U., *La salida del atraso: un estudio histórico comparativo*, FCE, México, 1994.
- Prebisch, R., *Capitalismo periférico. Crisis y transformación*, FCE, México, 1981.
- , "Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo", en *Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 5, 1984, México.
- Rodríguez, O., *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo Veintiuno editores, México, 1980.
- Sunkel, O. y P. Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo Veintiuno editores, México, 1970.
- Valenzuela, J., Anibal Pinto, *América Latina: una visión estructuralista*, Selección y prólogo, FE-UNAM, México, 1991.
- Vergara, R., "Nuevos modelos de crecimiento: una revisión de la literatura y algunos elementos para una estrategia de desarrollo", en *Estudios Públicos*, núm. 43. Centro de Estudios Públicos, Santiago, invierno, 1991.
- *Neoliberalismo y globalización*
- Aceituno, G., et al., "Introducción", en *Lectura de Política Económica*, FE-UNAM, México, 1982.
- Banco Mundial, *Informe sobre el desarrollo mundial 1990. La pobreza, indicadores del desarrollo mundial*, Washington, 1990.
- Borón, A., *Estado, capitalismo y democracia en América Latina*, Ediciones Imago-Mundi, Buenos Aires, 1991.

- Buchanan, J., y G. Tullock, *El cálculo del consenso. Fundamentos lógicos de una democracia constitucional*, Espasa-Calpe, Madrid, 1980.
- Estay, J. (comp.), "América Latina ante el cambio mundial: notas para la discusión", en *La reestructuración mundial y América Latina*, Cuadernos de Economía, IIEc-UNAM, México, 1993.
- Hinkelammert, F., *Cultura de la esperanza y sociedad sin exclusión*, Editorial DEI, San José, 1995.
- , *Utopía, antiutopía y ética*, Mimeo., 1997.
- Ianni, O., *Teorías de la globalización*, Siglo Veintiuno editores/UNAM, México, 1996.
- Lichtensztejn, S., "Sobre los enfoques de política económica", en G. Aceituno *et al.* *Lectura de Política económica*, FE-UNAM, México, 1982.
- Marini, R. M., "Sobre el patrón de reproducción de capital en Chile", *Cuadernos de CIDAMO*, núm. 7, México, s/f.
- , *Democracia e integración*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1993.
- Nash, G., *La rebelión conservadora en Estados Unidos*, Editorial GEL, Buenos Aires, 1987.
- Osorio, J., "Los nuevos sociólogos", en *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana editores, México, 1995.
- Pinto, A., "Notas sobre estilos de desarrollo en América Latina", en *Revista de la CEPAL*, núm. 1, CEPAL, Santiago, 1976.
- Ramos, J., *Política económica neoliberal en países del Cono Sur de América Latina, 1974-1983*, FCE, México, 1989.
- Sader, E. (coord.), *Pós-neoliberalismo. As políticas sociais e o Estado democrático*, Editorial Paz e Terra, Sao Paulo, 1995.
- Saxe-Fernández, J., "Globalización: procesos de integración y desintegración", en J. Estay (comp.), *La reestructuración mundial y América Latina*, Cuadernos de Economía, IIEc-UNAM, México, 1993.
- Valenzuela, J., *¿Que es un patrón de acumulación?*, FE-UNAM, México, 1990.
- , *Crítica del modelo neoliberal*, FE-UNAM, México, 1991.

Vuskovic, P., "Notas para una discusión sobre política económica y la experiencia latinoamericana", en G. Aceituno *et al.*, *Lectura de Política económica*, FE-UNAM, México, 1982.

□ *Actualidad de la reflexión sobre el subdesarrollo y la dependencia*

Bambirra, V., *El capitalismo dependiente latinoamericano*, Siglo Veintiuno editores, México, 1974.

Cardoso, F. H., y E. Faletto, *Dependencia y desarrollo en América Latina*, Siglo Veintiuno editores, México, 1969.

———, y J. Serra, "Las desventuras de la dialéctica de la dependencia", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. extraordinario, IIS-UNAM, México, 1978.

CEPAL, *Estudio Económico de América Latina 1949*, Santiago, 1973.

Cueva, A., *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo Veintiuno editores, México, 1977.

Dos Santos, T., *Imperialismo y dependencia*, Era, México, 1978.

Estay, J., "La concepción inicial de Raúl Prebisch y sus transformaciones", en R. M. Marini y M. Millán, *La teoría social latinoamericana*, Tomo II, *op. cit.*

Fajnzylber, F., "Industrialización en América Latina. De la 'caja negra' al 'casillero vacío'", *Cuadernos de la CEPAL* núm. 60, Santiago, 1979.

Frank, A. G., *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, Siglo Veintiuno editores, Buenos Aires, 1970.

Furtado, C., *Subdesarrollo y estancamiento en América Latina*, Editorial Eudeba, Buenos Aires, 1966.

Gurrieri, A., "La economía política de Raúl Prebisch", en *La obra de Prebisch en la CEPAL* (selección de A. Gurrieri), *Lecturas del Trimestre Económico*, núm. 46, Tomo I, FCE, México, 1982.

Hodara, J., *Prebisch y la CEPAL*, El Colegio de México, México, 1987.

Marini, R. M., *Dialéctica de la dependencia*, Editorial Era, México, 1973.

———, "Las razones del neodesarrollismo. Respuesta a F.H. Cardoso y J. Serra", en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. extraordinario, IIS-UNAM, México, 1978.

- y M. Millán, *La teoría social latinoamericana*. Textos escogidos, Tomo I, De los orígenes a la CEPAL, FCPyS, CELA-UNAM, México, 1994.
- , —————, *La teoría social latinoamericana*, Tomo II, Subdesarrollo y Dependencia, Ediciones El Caballito, México, 1994.
- Osorio, J., *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.
- , “El marxismo latinoamericano y la dependencia” en *Las dos caras del espejo*, *op. cit.*
- , “Los nuevos sociólogos” en *Las dos caras del espejo*, *op. cit.*
- , “Superexplotación y clase obrera: el caso mexicano”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 6, octubre-diciembre, México, 1975.
- Prebisch, R., “Cinco etapas de mi pensamiento sobre el desarrollo”, en *Comercio Exterior*, vol. 37, núm. 5, México, mayo, 1987.
- Rodríguez. O., *La teoría del subdesarrollo de la CEPAL*, Siglo Veintiuno editores, México, 1980.
- Sunkel, O., y P. Paz, *El subdesarrollo latinoamericano y la teoría del desarrollo*, Siglo Veintiuno editores, México, 1970.
- Weffort, F., “Notas sobre la ‘teoría de la dependencia’: ¿teoría de clase o ideología nacional?”, en *Revista Latinoamericana de Ciencia Política*, Santiago, núm. 1, 1971.
- *El gramscianismo en América Latina*
- Althusser, L., *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1975.
- Anderson, P., “Las antinomias de Antonio Gramsci”, en *Cuadernos Políticos*, núm. 13, México, julio-septiembre, 1977.
- Aricó, J., *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1988.
- Bobbio, N., “Gramsci y la concepción de la sociedad civil”, en *Estudios de historia de la filosofía: De Hobbes a Gramsci*, Editorial Debate, Madrid, 1985.
- Borón, A., y O. Cuéllar, “Apuntes críticos sobre la concepción idealista de la hegemonía”, en *Revista Mexicana de Sociología*, núm. 4, octubre-diciembre, 1983.

- Buci-Glucksmann, C., *Gramsci y el Estado*, Siglo Veintiuno editores, México, 1978.
- Coutinho, C. N., "Brasil y Gramsci. Variadas lecturas de un pensamiento", en *Nueva Sociedad*, núm. 115, Caracas, septiembre-octubre, 1991.
- Díaz-Salazar, R., *Gramsci y la construcción del socialismo*, UCA Editores, San Salvador, 1993.
- Faletto, E., *¿Qué pasó con Gramsci?*, Serie Estudios Políticos, núm. 13, FLACSO, Santiago, agosto, 1991.
- Gramsci, A., *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Juan Pablos editores, México, 1975.
- , *Cartas desde la cárcel*, Editorial Lautaro, Buenos Aires, 1950.
- Hobsbawm, E., et al., *Revolución y democracia en Gramsci*, Editorial Fontamara, Barcelona, 1981.
- Pizzorno, A., et al., *Gramsci y las ciencias sociales*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 19, Córdoba, Argentina, 1970.
- Portelli, H., *Gramsci y el bloque histórico*, Siglo Veintiuno editores, México, 1973.
- Osorio, J., "La dilución del poder y del Estado en Gramsci", en *Acerca del Estado y la democracia*, Breviarios de Investigación, núm. 15, UAM-Xochimilco, México, 1989.
- , "La sociedad civil y el asunto del poder", en *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana*, Triana Editores, México, 1995.
- Portantiero, J.C., *Los usos de Gramsci*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 54, México, 1977.
- *Estado, poder, democracia y revolución: viejos problemas y nuevos debates*
- Althusser, L., *Ideología y aparatos ideológicos de Estado*. Escuela Nacional de Antropología e Historia, México, 1975.
- Anderson, P., "Las antinomias de Antonio Gramsci", en *Cuadernos Políticos* núm. 13, Editorial Era, México, julio-diciembre, 1977.
- Engels, F., "Introducción" a la edición de 1895 en *Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850*, de K. Marx, *op. cit.*

- , “El origen de la familia, la propiedad privada y el Estado”, en *Obras escogidas*, tres tomos, Tomo III, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Foucault, M., *Historia de la sexualidad*. 1. La voluntad de saber, Siglo Veintiuno editores, México, 1977.
- , *Vigilar y castigar*, Siglo Veintiuno editores, México, 1976.
- Gramsci, A., *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el estado moderno*, Juan Pablo editor, México, 1975.
- Lenin, V. I., “El Estado y la revolución”, *Obras escogidas* en 2 tomos, Tomo 2, Editorial Progreso, Moscú, 1960.
- Marx, K., Las luchas de clases en Francia de 1848 a 1850, en *Obras escogidas*, tres tomos, Tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- , “El dieciocho Brumario de Luis Bonaparte”, en *Obras Escogidas*, tres tomos, tomo I, Editorial Progreso, Moscú, 1966.
- Merquior, J. M., *Foucault o el nihilismo de la cátedra*, Breviarios, FCE, México, 1988.
- Osorio, J., *Acerca del Estado y la democracia*, Breviarios de investigación, núm. 15, UAM-Xochimilco, México, 1989.
- Portantiero, J. C., *Los usos de Gramsci*, Cuadernos de Pasado y Presente, núm. 54, Siglo Veintiuno editores, México, 1977.
- Poulantzas, N., *Poder Político y clases sociales en el estado capitalista*. Siglo Veintiuno editores, México, 1969.
- , *Las clases sociales en el capitalismo actual*, Siglo Veintiuno editores, México, 1976.
- , *Estado Poder y socialismo*, Siglo Veintiuno editores, México, 1979.

DESPOLITIZACIÓN DE LA CIUDADANÍA Y
GOBERNABILIDAD, SE TERMINÓ DE IMPRIMIR
EL TREINTA Y UNO DE OCTUBRE DE MIL
NOVECIENTOS NOVENTA Y SIETE, EN TÉCNICA
EN IMPRESIÓN, TELÉFONO 758 71 36. EL TIRO
CONSTA DE QUINIENTOS EJEMPLARES.

Jaime Osorio

Graduado en sociología en la Universidad de Chile, realizó estudios de filosofía en la Universidad Católica y se doctoró en El Colegio de México. Ha sido profesor invitado en diversos posgrados de América Latina y España, y es miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

Es autor de los libros *El análisis de coyuntura* (CIDAMO, 1987); *Raíces de la democracia en Chile* (Era/UAM, 1990); *Acerca del Estado y la democracia* (UAM, 1990); *Las dos caras del espejo. Ruptura y continuidad en la sociología latinoamericana* (Triana editores, 1995); entre otros.

Actualmente es profesor-investigador adscrito al Departamento de Relaciones Sociales e imparte docencia en el Doctorado en Ciencias Sociales y en la Licenciatura en Sociología de la Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco.

Al igual que la democracia, la política presenta en su haber una larga lista de promesas incumplidas en este fin de siglo en América Latina.

Frente a las tendencias que buscan ampliar y profundizar la condición ciudadana, se hacen presente otras que en sentido contrario apuntan a despolitizar la política y a devaluar la ciudadanía.

Uno de los signos de este último proceso es el desplazamiento de las decisiones políticas sustantivas, del ámbito de la consulta electoral, a restringidos círculos de gabinete, con lo cual, más que a una societalización de la política, se asiste a su estatalización.

En este escenario, los llamados a ciudadanías “responsables”, como fórmula para alcanzar una gobernabilidad democrática, se constituyen en trabas a la democratización, en una región que presenta un enorme déficit en materia de ciudadanización.

El libro es un llamado a asumir con espíritu crítico conceptos –como los de globalización y gobernabilidad– que se hacen lenguaje común en las ciencias sociales. A su vez, pone en la palestra la necesidad de reflexionar sobre los problemas políticos y económicos desde las particularidades teóricas de América Latina.